



*El*  
*Orgullo del*  
*Mac Gregor*

JANE MACKENNA

# **El Orgullo del MacGregor**



**Jane Mackenna**

**Título original: El Orgullo del MacGregor.**  
**© Nombre autor y año publicación: Jane Mackenna 2026**  
**Diseño de portada: Leydy García**  
**Correctora: Noni García.**

**Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.**

# Sinopsis

En las salvajes y hermosas Tierras Altas de Escocia, el orgullo puede ser la mayor de las cadenas..., o la llave de la libertad.

Cedric MacGregor ha crecido marcado por el peso de su origen y los secretos de su familia. Su corazón, endurecido por el resentimiento, se resiste a cualquier atisbo de esperanza. Pero cuando Gillian Sinclair, su prima y amor de la infancia, regresa a Dunmara, ambos se verán arrastrados por una pasión prohibida que desafía las normas y el honor de su clan.

Una promesa rota, una noche de tormenta y un destino sellado por la sangre y el deseo. Entre luchas familiares, traiciones y la amenaza de guerra, Cedric y Gillian deberán decidir si el amor puede vencer al orgullo y si están dispuestos a arriesgarlo todo por una segunda oportunidad.

Sumérgete en una historia de pasión, redención y segundas oportunidades, donde el amor y el honor se enfrentan en el corazón de las Highlands escocesas. ¿Te atreves a descubrir si el orgullo puede ser derrotado por el verdadero amor?

# Prólogo



*Dunmara, Tierras Altas de Escocia, 1467*

***E**l sol se filtra entre las ramas del bosque como si el cielo quisiera jugar a esconderse. Corro tras Gillian, esquivando raíces y risas, con los pies descalzos y el corazón ligero. Tiene casi trece primaveras y yo ya cuento con quince años, el mundo todavía no le ha enseñado a temerlo, y aunque no debería estar junto a ella, es algo que no puedo evitar.*

*—¡No puedes atraparme, MacGregor! —grita, girando la cabeza con una sonrisa que me desarma. Acelero, no por ganar, sino por estar cerca. Gillian es mi refugio, mi risa favorita, mi promesa silenciosa de que algún día todo el rencor que guardo dentro pueda desaparecer por arte de magia.*

*Nos detenemos junto al arroyo, jadeando. Gillian se sienta en una roca y me mira con esa intensidad que solo los niños tienen cuando aún creen que el amor es eterno.*

*—Cuando seamos grandes..., ¿me protegerás?*

*No respondo de inmediato. Miro el agua, luego mis manos, luego a ella.*

*—Siempre —digo al fin, sin saber que esa palabra me ataría más fuerte que cualquier juramento de sangre.*

*Ella sonríe, satisfecha. No sabía que esa promesa sería lo único que me mantendría en pie cuando todo lo demás se derrumbara.*

*A lo lejos, Dunmara se alza como un castillo de cuento. Dentro, esperan los adultos, los secretos, las heridas que aún no tienen nombre. Pero, en ese instante, solo existimos nosotros dos. Y el amor, aunque aún no lo llamamos así.*

\*\*\*

Aquel recuerdo mientras entreno no me deja la conciencia tranquila, le juré que la protegería y ahora tendré que romper esa promesa. Cuando la hice, jamás imaginé que lo que sentía por ella chocaría con lo que le he prometido a Brenda.

—Maldito estúpido —mascullo, limpiando el sudor de mi frente.

—¿Hablando solo? —cuestiona una voz tras de mí, Ethan nunca me deja mucho tiempo solo, es como si creyera que, si lo hace, la oscuridad que amenaza con engullirme lo consiga del todo, sin embargo, hay cosas que él desconoce—. ¿Por qué has tratado mal a Gillian? —Sabía que lo preguntaría y, aun así, no tengo una buena respuesta, al menos, una que no despierte sospechas—. Siempre os habéis llevado bien.

—Por el amor de Dios —mascullo—. Cuando éramos niños, ahora no tengo por qué hacer de niñera, Ethan. Encárgate tú, es tu prima.

—Y tuya también —rebate—. No empieces con que no lleváis la misma sangre —mascullo molesto, lo que él no sabe es que nunca la he visto de ese modo—. ¿Cuándo te hemos hecho sentir diferente? —parece dolido, es una pregunta que a lo largo de los años su madre también me ha repetido hasta la saciedad.

—Basta, Ethan —sentencio con firmeza—. Déjame solo.

—Siempre quieres estar solo —recrimina, se acerca a mí en el momento en el que me giro para encararlo, me empuja, retrocedo, pero solo un poco. Él es fuerte, pero yo lo soy más—. Estoy harto —añade entre dientes y puedo ver lo furioso que está—. Durante años, te he dejado ir a tu propio ritmo porque madre así me lo pedía.

—Pues sigue haciéndolo —escupo con ganas de golpearlo.

—He tenido que soportar tus desplantes para con ella —continúa, apretando los puños—. La he visto llorar mientras padre la consolaba sin comprender por qué su hijo había cambiado tanto. Y he callado por ellos, sin embargo, ya no voy a seguir haciéndolo.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo? —me burlo, gruñe y se abalanza sobre mí. Caemos al suelo mientras me carcajeo tras el primer puñetazo—. ¿Es todo lo que sabes hacer? —Lo cierto es que siento que merezco estos golpes por cada lágrima que con tanto fervor me ha recriminado.

—Estás loco —sisea—. Defiéndete —ordena cuando vuelve a golpearme sin que yo responda—. ¡Vamos! —brama—. Maldito cobarde.

Nadie me ha llamado cobarde y ha vivido para contarlo. Le asesto un puñetazo que me lo quita de encima, gruñe, pero se levanta igual de rápido que yo; después de todo, aprendimos juntos a pelear. Ninguno de los dos da tregua al otro, reconozco que es mi forma de desquitarme de años de silencio, de rumiar mi rabia porque no me sentía preparado para destrozar la familia con la que había crecido.

—¿Qué hacéis? —el grito de Gillian nos sorprende, más a Ethan que a mí—. Parad, malditos idiotas —ordena enfurecida.

Obviamente, no hacemos caso a su orden, seguimos enfrascados en una pelea encarnizada. Me duele todo, la cara de Ethan está ensangrentada, imagino que la mía no está mucho mejor y, aun así, no me detengo. Solo puedo escuchar cada una de las cosas que Brenda me contó llorando en muchas ocasiones, las veces que no hice nada por ella, que no moví un dedo para vengar a mi madre.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —el bramido de mi padre tampoco nos interrumpe, pero si lo hacen él y Connor, que se encarga de mi hermano—. ¿Cómo habéis llegado a esto? —recrimina en cuanto me aleja de su hijo legítimo, cómo no...

—Pregúntale a tu hijo mayor —masculla Ethan, mirándome furioso, pero tras esa rabia puedo ver le dolido que está por lo sucedido—. Suéltame, Connor —ordena, revolviéndose mientras me limpio la sangre del labio con el dorso de la mano.

Mi padre me mira a la espera de una respuesta, por mi parte solo me encojo de hombros y sonrío con ironía, antes de asestar otro golpe esta vez dirigido a él.

—A mí no me mires, padre —replico—. Solo soy el bastardo.

La bofetada que me gira el rostro duele más que los puñetazos de mi hermano menor. Escucho varios jadeos, después alguien corre hacia mí.

—¿Cómo has podido hacerlo, Donnan? —Maeve MacGregor llega hasta mí y coge mi rostro entre sus pequeñas manos—. Cedric...

Me revuelvo con saña, no quiero que me toque, no quiero su compasión y mucho menos su amor fingido.

—Si esto lo hubiera hecho hace una década... —gruñe mi padre—. No te metas, Maeve —me sorprende la frialdad con la que le habla, él no suele hacerlo jamás.

—No —exclama—. No vas a pegarle —se posiciona delante de mí como si creyera que así puede protegerme, en otro momento este gesto hubiera significado todo para mí, ahora solo puedo reírme llamando la atención de todos—. ¿Cedric?

—No necesito que me protejas de mi padre, Maeve —replico sin mirarla—. Que haga lo que crea conveniente, ¿verdad, padre?

—¿Crees que es normal que os peleéis de este modo? —brama enfurecido—. Sois hermanos, debéis cuidar el uno del otro.

Los miro a todos, uno a uno. Mi padre, que me observa como si lo hubiera traicionado; mi hermano, decepcionado, mientras que Connor me mira enfurecido. Maeve llora en silencio consolada por Gillian, ha sido ella quien ha alertado a los demás, y la única que parece preocupada y dividida entre si consolar a la mujer de mi padre o correr hacia mí. Incluso yo espero que lo haga, pero cuando eso no sucede, algo dentro de mí termina de romperse, escupo la sangre que se ha acumulado en mi boca y salgo raudo para escapar de todos ellos.

—Pueden irse al infierno —mascullo, intentando comprender por qué duele tanto el hecho de que Gillian no haya venido hacia mí cuando horas antes he sido yo quien la ha alejado de malos modos—. Puede que tenga razón y me esté volviendo loco...

Sigo caminando hasta que llego al lago, me deshago de mi ropa y me sumerjo en el agua helada intentando olvidar.

# Capítulo 1



*Gillian Sinclair*

—  
iC edric! —lo llamo al verlo salir furioso, pero Connor me detiene.

Observo a mi hermano, que simplemente niega con la cabeza, sin necesidad de palabras me está diciendo que no lo siga, que no es la mejor idea, sin embargo, siento que no estoy haciendo lo correcto.

La forma en la que me ha mirado...

Cierro los ojos mientras una lágrima solitaria recorre mi mejilla porque me duele, me ha mirado con tanta desilusión como si esperara de mí algo que no le he dado. ¿Es una locura? Teniendo en cuenta cómo me ha recibido hace unas horas cuando yo he soñado con ese encuentro durante años, puede que la única estúpida sea yo y esté viendo cosas donde no las hay.

—Deja que se tranquilice, niña —aconseja mi tía—. Ahora está demasiado furioso y puede hacerte daño.

—Él nunca me pondría las manos encima —rebato con fervor.

—Ya no lo conoces, Gillian —miro a mi primo, que intenta limpiarse el rostro destrozado—. No es aquel niño que jugaba contigo.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto con tristeza, miro a todos a mi alrededor sin que ninguno de ellos me dé una respuesta, alzo el mentón tomando una decisión y no pienso permitir que nadie me disuada—. Le preguntaré a él, entonces.

—No vas a ir —grita mi hermano enfadado—. No me obligues a tener que golpearlo también.

—Deja que vaya, muchacho. —Todos miramos a mi tío, que ha permanecido en silencio, parece destrozado—. Tal vez ella sea la única a la que permita acercarse lo suficiente como para que baje la guardia. Siento que he perdido a mi hijo hace años y no sé por qué...

Me suelto del agarre de Connor y salgo decidida, dejo que mi instinto me guíe, ese que siempre ha estado presente cuando de Cedric se trata. ¡El lago! Siempre que visitábamos Dunmara, él nos llevaba allí, aunque hiciera frío. Corro todo lo rápido que puedo rezando por recordar e ir por el camino correcto.

—¡Cedric! —grito al llegar al claro y no verlo, el agua parece moverse—. Dios mío, no puede ser... —me lanzo sin pensarlo, a pesar del frío y de que mi vestido al mojarse pesa más que yo.

Lucho por nadar, sin embargo, comienzo a hundirme, y al hacerlo, unas manos se aferran a mi cintura, llevándome a la superficie. Cuando abro los ojos mientras intento recuperar el aliento, me encuentro con los de Cedric encolerizados.

—¿Se puede saber qué demonios crees que estás haciendo? —brama, mirándome como si hubiera perdido el juicio—. ¿En qué estabas pensando, estúpida?

—No me insultes —jadeo—. Pensaba que estabas...

—¿Creíste que me había arrojado al agua? —pregunta incrédulo para después comenzar a reírse sin dejar de mover sus piernas para mantenernos a flote, golpeo su pecho desnudo por la rabia y el miedo que he pasado—. ¿Me has golpeado? —pregunta, deteniendo sus carcajadas.

—Te estás burlando —replico, alzando el mentón—. Estaba asustada y tú solo sabes reírte de mí.

—Así que te preocupa lo que me suceda... —dice como si fuera algo que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza—. Me sorprendes, Sinclair.

—Tú, por el contrario, me decepcionas —musito—. Ahora, suéltame.

Me observa por lo que me parece una eternidad, maldice cuando comienza a llover con furia, nada rápido y llegamos a la orilla

mientras los truenos parecen tambores de guerra y los relámpagos rompen el cielo.

—Corre. —Coge mi mano y tira de mí, le sigo porque no sé qué más puedo hacer, o al menos, lo intento, ya que mi ropa mojada pesa mucho como para poder seguir su ritmo.

Llegamos a lo que parece una cueva, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que ha sido utilizada en más de una ocasión. Lo confirmo cuando Cedric saca de detrás de unas rocas dos viejos mantos y me tiende uno.

—Quítate la ropa mientras enciendo el fuego, o morirás congelada —masculla.

—No voy a desnudarme delante de ti —exclamo—. Prefiero pescar un resfriado.

—No tienes nada que no haya visto antes —escupe, mirándome de reojo mientras intenta encender la hoguera improvisada—. No temas que vaya a abalanzarme sobre ti, me gustan las mujeres dispuestas y con más carne en el cuerpo.

Agacho la mirada avergonzada, sabiendo que tiene razón. Soy menuda y demasiado delgada, no tengo las curvas que le gustan a muchos hombres. Eso nunca me había importado, ya que solo quería gustar a uno en concreto, pero parece que este jamás sentirá por mí lo mismo que siento por él.

—Hazlo de una maldita vez —ordena entre dientes—. Me estás poniendo nervioso.

Me castañean los dientes y me duele cada parte del cuerpo por los temblores, así que decido que, ya que no va a sentirse atraído por mi desnudez, bien puedo asegurarme de al menos no morirme por intentar salvar a alguien que no quiere ser salvado.

Me alejo todo lo que puedo y le doy la espalda, me cubro con el manto y me quito la ropa lo más rápido posible sin que nada quede visible. Cuando me giro, descubro que él ha hecho lo mismo y se ha anudado la tela en la cintura sin molestarse en cubrir su pecho, se me seca la boca, mi lengua intenta humedecer mis labios sin mucho éxito.

Supongo que esto que siento es el deseo del que todos hablan. La sensación de calor recorriéndome el cuerpo helado hasta hace un

momento. El extraño tirón en el bajo vientre, la humedad entre mis piernas y la necesidad casi dolorosa de querer que me toque, que me mire al menos.

—Acércate al fuego —ordena de nuevo—. En cuanto deje de llover, volveremos al castillo. Tu padre va a matarme...

—¿Tienes miedo? —me burlo, intentando romper la tensión que soy capaz de palpar entre nosotros, por fin alza sus ojos para encontrar los míos.

—Yo no tengo miedo a nada —masculla—. Si vas a decir tonterías, mejor cierra la boca.

—No me des órdenes —replico harta de que se crea con el derecho de decirme lo que puedo o no hacer—. No eres nadie para hacerlo.

—Soy el que te ha salvado tu miserable vida —se levanta con lentitud—. ¿O crees que hubieras sido capaz de salir del lago tú sola?

—Si tanto me odias, ¿por qué no has dejado que me ahogara? —pregunto dolida, me dejo llevar por mis emociones y golpeo su pecho desnudo con mi mano, una y otra vez—. No te he pedido nada, maldito asno arrogante.

Detiene mis golpes, ambos nos miramos durante lo que me parece una eternidad. Cuando vuelve a hablar, su voz me parece más ronca de lo normal.

—No vuelvas a pegarme, Gillian —sisea temblando, me suelta como si el simple contacto fuera demasiado para él.

—¿O qué? —no sé muy bien que es lo que me lleva a desafiarlo, pero cierro el puño y le golpeo de nuevo—. ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? —le reto, escucho cómo rechina los dientes antes de que su mano aferre mi nuca y sus labios se estampen contra los míos.

Gimo por la sorpresa y el ramalazo de placer que el simple contacto me proporciona. La mano que tengo libre se aferra a su cuello, mientras que con la otra sigo sujetando el manto que me cubre. Sus brazos, por el contrario, me aprietan contra su cuerpo, jadeo cuando me doy cuenta de que nuestros pechos solo están separados por una fina tela. Mis pechos los siento pesados, mis

pezones doloridos, me remuevo inquieta mientras él no deja de besarme, nuestras lenguas buscándose como viejas conocidas.

—Me vuelves loco —espeta contra mi cuello, mientras su lengua hace un recorrido que me deja la piel en llamas—. ¿Por qué me retas? ¿Por qué sigues buscándome?

—Porque te amo —musito la confesión sin que me cueste lo más mínimo, se detiene durante un instante, me mira con una intensidad que me hace estremecer—. Sé que tú no sientes lo mismo, pero...

Me acalla de nuevo con su boca, esta vez no se detiene y yo no se lo pido. Termino tumbada sobre el suelo al lado del fuego y con Cedric sobre mí. Gimo cuando nuestras pieles se sienten por primera vez sin ninguna barrera, me besa, me acaricia, y cuando al fin me hace suya, solo grito por la sorpresa y el dolor. Se mantiene quieto hasta que me acostumbro a su tamaño, después todo se vuelve un torbellino de sensaciones en las cuales termino sumergiéndome entre gemidos de placer.

Lo siento temblar sobre mí mientras se vacía en mi interior. Sollozo por el placer tan sublime que me acaba de proporcionar. Por el mundo nuevo que ha descubierto para mí, y porque, durante unos instantes, he sentido que le pertenecía en cuerpo y alma.

# Capítulo 2



*Cedric*

**N**o lo he hecho para vengarme, lo he hecho porque ya no podía soportarlo más. Porque mantenerla alejada ya no era una opción desde el momento en el que se ha metido en el lago arriesgando su vida creyendo que salvaba la mía. Puede que sea la única persona que me ame realmente, y me aterra y asquea el pensamiento de que descubra que en mi interior no hay nada que amar, que soy un ser despreciable consumido por la oscuridad y el resentimiento.

Sentirla entre mis brazos estremeciéndose y gimiendo de placer no es algo que vaya a olvidar con facilidad. No soy capaz de alejarme, de salir de su interior, porque sé que, cuando lo haga, la realidad se impondrá y deberé volver a mi plan original donde ella, por desgracia, no tiene cabida.

—No hagas eso —mascullo entre dientes, vuelvo a desearla, me alejo de su cuerpo sintiendo un frío que cala hasta lo más profundo de mi ser—. Ha dejado de llover, tenemos que regresar, o enviarán a alguien para buscarnos.

Siento su mirada mientras me visto, finalmente comienza a hacer lo mismo, sé lo que está pensando. Que soy un miserable que acaba de aprovecharse de ella, y puede que lo sea, pero lo cierto es que no podía seguir conteniéndome, la deseo desde hace mucho y ese fue uno de los motivos por el cual no regresé a Girnigoe, a pesar de que Ethan iba cada año como era costumbre desde niños.

—Ya estoy vestida —el susurro me devuelve a la realidad, me giro para mirarla, sus labios hinchados dan buena cuenta de lo que hemos hecho—. Podemos regresar.

—Gillian... —pasa por mi lado como si nada, la detengo.

—No hace falta que digas nada —musita sin mirarme; yo, por el contrario, no puedo dejar de hacerlo—. No voy a contar a nadie lo que ha sucedido aquí. Sé que no me quieres, y mucho menos deseas verte atado a mí, por lo que no tienes nada de lo que preocuparte.

Sigue su camino, me siento como un maldito bastardo, pero a la vez me enfurece que parezca tan indiferente después de lo que hemos vivido juntos. Puede que ella no lo entienda porque no tiene experiencia, cierro los ojos al recordar lo que he sentido al llegar a la barrera de su inocencia y saber que ningún hombre la había tocado hasta ahora, que yo era el primero y...

—No me digas cómo debo sentir. —Vuelvo a detenerla, alza sus ojos, en ellos veo tristeza, la suelto como si me hubiera golpeado—. Regresemos, olvidemos lo que ha pasado y sigamos con nuestras vidas.

—Por supuesto —asiente.

Ninguno de los dos vuelve a hablar, y cuando llegamos al castillo, nuestros padres nos regañan por lo preocupados que estaban por nosotros, ella les miente y les dice que la he salvado y que hemos tenido que guarecernos de la lluvia, pero siento la mirada de mi padre sobre mí, creo que él es capaz de ver lo que oculto en lo más profundo de mi alma, que siempre lo ha sabido y, aun así, ha guardado silencio.

—Vamos, querida —dice su madre—. Toma un baño para entrar en calor.

La veo marcharse sin que mire ni una sola vez hacia atrás. El silencio se instala en el salón, me marchó porque no puedo permanecer con ellos mucho tiempo si no quiero que me descubran. Sin embargo, mi padre parece tener otros planes.

—Cedric —me llama una vez estoy en el pasillo dispuesto a subir a mi alcoba—. Ven aquí.

Podría desobedecerle, pero sigue siendo mi laird. Puede que como padre me haya defraudado, a pesar de que a su lado jamás me haya faltado de nada, ni su amor ni nada material, sin embargo, sé lo que hizo y lo que sus acciones ocasionaron a dos mujeres inocentes.

—¿Qué es lo que pretendes? —Le miro sorprendido, mi corazón golpea con fuerza en mi pecho ante el temor de haber sido descubierto, ipero ¿cómo? Siempre he sido muy cuidadoso, nadie sabe que conozco la existencia de Brenda y lo que esta ha significado en mi vida a lo largo de los años.

—No sé a qué te refieres —replico con mis manos a la espalda convertidas en puños.

—Lo sabes bien —espetea de vuelta mientras no deja de mirarme—. ¿Crees que no reconozco esa mirada? —me tenso—. Eres igual que yo, no solo físicamente, sino en carácter.

Bufo y ruedo los ojos porque no nos parecemos en nada. Puede que muchos me digan que soy la viva imagen de mi padre cuando era joven, sin embargo, yo no me veo así, y desde luego no nos parecemos en la forma ni de pensar y mucho menos de sentir.

—Yo una vez también fui joven y estuve lleno de un resentimiento que no me dejaba pensar ni ver las cosas con claridad. —No le miro, no puedo—. Hice daño a los que estaban a mi alrededor, y he pagado por eso desde entonces. ¿Quieres vivir cometiendo los mismos errores que yo?

—No soy como tú —escupo con rabia—. ¿Qué es lo que temes, padre? —cuestiono, acercándome para que solo él pueda escucharme—. ¿Que llene Dunmara de bastardos como hiciste tú? —Veo que mis palabras le han hecho daño.

—¿Lo harás? —devuelve tras un breve silencio—. Cedric, ¿qué sucede? Dime que es lo que pasa y lo arreglaremos, hijo. He dejado que durante años te alejes, y ya no puedo alcanzarte...

—No quiero que lo hagas —interrumpo con un nudo en la garganta porque el niño inocente que fui hubiera corrido a sus brazos—. ¿Puedo retirarme?

Veo la lucha interna en sus ojos tan parecidos a los míos. Finalmente, asiente y me alejo, pero cuando subo las escaleras, veo a Maeve en lo alto, no me cabe la menor duda de que ha escuchado nuestra conversación por la forma en la que me mira.

Odio su maldita compasión, esa que ha hecho que me críe como si fuera su hijo cuando me odió incluso antes de nacer. Paso por su

lado, escucho cómo susurra mi nombre, percibo su dolor y, aun así, no me detengo.

Me encierro en mi alcoba buscando la tan ansiada soledad, pero me veo interrumpido de nuevo cuando la puerta se abre con brusquedad, golpeando la pared. Ethan se encuentra frente a mí, su rostro tan golpeado como el mío, mis heridas no me han dolido mientras me perdía en la neblina del placer entre los brazos de la única mujer que puede hacerme perder el norte.

—Creía que te había dejado claro que no iba a permitir que hicieras llorar a madre una vez más —masculla con los puños apretados y el cuerpo tembloroso por la furia que apenas puede contener—. ¿Debo molerte a golpes una vez más, Cedric?

—Yo que tú no lo intentarías —me encojo de hombros—. Antes he sido demasiado indulgente. Si vuelves a tocarme, te mataré.

Palidece porque se da cuenta de que no es una amenaza vacía, de que soy capaz de hacerlo, a pesar de que compartamos el mismo padre.

—¿Lo harías? —Esa voz... Ambos miramos hacia el pasillo, al no haber cerrado la puerta Nessa, nuestra hermana pequeña, lo ha escuchado y la forma en la que me mira me desarma—. ¿Serías capaz de matar a tu hermano, Cedric? —Su pregunta me mata, la forma en la que sus ojos se humedecen—. ¿Sabiendo cuánto os amo y lo infeliz que me haría que alguno de vosotros ya no estuviera a mi lado?

—Nessa, no te metas —espetea Ethan.

—No le hables así. —Ambos me miran sorprendidos ante mi cambio de humor, puede que realmente me esté volviendo loco—. Nessa...

—No hace falta que me contestes —interrumpe, entrando en la alcoba—. Sé que no lo harías. No importa lo que te empeñes en creer, no importa cuánto luches por hacerlo desaparecer, pero amas a Ethan igual que me amas a mí.

—No me hagas reír. —Miro a mi hermano—. Nunca me ha querido como a ti, a pesar de que tenemos la misma madre. Tal vez algún día quiera compartir sus motivos...

Se marcha dejándonos solos. Mi hermana me observa, veo la dulzura en su mirada, esos ojos tan parecidos a los de su madre y a los de Ethan y que me recuerdan una vez más que no soy uno de ellos.

—¿Qué te aflige, hermano? —se acerca y acaricia mi rostro, es la única a la que permito que me toque—. Puedes hablar conmigo, guardaré tu secreto.

—¿Aunque eso suponga traicionar a tus padres? —pregunto de golpe, sorprendiéndola a ella y a mí mismo—. Nessa, no puedes ayudarme porque no puedes cambiar lo que soy.

—Eres Cedric MacGregor —rebate, agacho la cabeza sabiendo que no, en el fondo no—. Hijo de Donnan y Maeve MacGregor, mi hermano, mi amigo, mi protector...

—Basta —exclamo, si dejo que continúe, volveré a ser débil, y ya no hay tiempo para serlo—. Tu amor por mí no cambia mi nacimiento. Y cuando crezcas, serás capaz de entenderlo.

—No soy estúpida —replica airada—. Deja de tratarme como una niña —acusa molesta—. He crecido sabiendo muy bien cuál es tu origen, porque ni padre ni madre se han molestado en ocultarlo como si fuera un sucio secreto.

# Capítulo 3



*Gillian*

**H**e insistido en tomar el baño sola, y menos mal que lo he hecho, o mi madre hubiera descubierto lo que tanto deseo ocultar, aunque me encantaría gritarlo a los cuatro vientos. Mis muslos estaban manchados de sangre, y verlo ha sido toda una revelación, darme cuenta de que de verdad había sucedido, que me he entregado a Cedric MacGregor sabiendo que jamás será mío.

Camino ensimismada por el pasillo penando ante esa certeza cuando escucho la voz de la pequeña de los MacGregor. Y habla con Cedric. No parecen estar discutiendo, pero puedo percibir la tristeza y la molestia en su voz, por lo que imagino que están hablando de lo de siempre.

He llegado a pensar que él lo utiliza como escudo, es su forma de mantener a toda la familia alejada, como si nos estuviera castigando por un motivo que desconozco y que no parece tener ganas de compartir, al menos, no conmigo.

—Odio ver vuestros rostros heridos porque no sois capaces de hablar como adultos. —Está enfadada—. Detesto que mi hermano se aleje cada vez más, hasta el punto de que no estoy segura de conocerte, ya no, y eso me hace llorar cada noche, Cedric.

—Nessa, yo... —guarda silencio—. No merezco tus lágrimas, pequeña —le habla con tanta ternura que siento celos incluso de su hermana, de mi prima—. Te quiero, puede que seas a la única que soy capaz de amar, pero no me pidas más.

Limpio una lágrima traicionera al escuchar sus palabras confirmando mis peores temores. No importa lo que haya sucedido entre nosotros, para él solo he sido una mujer más con la que pasar

un buen rato y saciar su deseo, y yo he sido tan estúpida como para ofrecerme de buena gana.

Me alejo cuando me doy cuenta de que en breve saldrán de la alcoba y no quiero que me descubran, mucho menos que él sepa que he escuchado lo que jamás hubiera querido escuchar. Me duele el corazón y el alma, y entiendo que esta será la última vez que venga a Dunmara, no volveré como tantas veces he hecho con la esperanza de que Cedric me vea, que vea a la mujer que lo ama más que a su propia vida.

—¿Estás mejor, querida? —Mi tía Maeve aparece ante mí sorprendiéndome—. ¿Qué sucede, pequeña? ¿Por qué veo tristeza y desolación en tus hermosos ojos?

—No pasa nada, tía —intento sonreír—. El baño me ha venido muy bien para templar mi cuerpo —bromeo, intentando desviar el tema, que no me mire como lo está haciendo ahora mismo.

—He tenido tu edad —comienza a decir mientras acaricia mi cabello todavía húmedo—. Y he sentido que mi vida no tenía sentido y que mis mayores deseos jamás se cumplirían. Sin embargo, la vida me premió con una familia maravillosa y con un amor tan inmenso que ha curado las heridas del pasado.

—Lo sé —asiento, sin estar muy segura de a dónde quiere ir a parar con sus palabras—. Y me alegro mucho, tía.

—No cambies de tema, jovencita —reprende con cariño y una sonrisa en sus labios—. ¿Crees que no me he dado cuenta? —me tenso—. Siempre le has seguido allá donde iba, y tus ojos lo encuentran esté donde esté...

—No es... —niega con la cabeza—. Lo siento.

—No te disculpes nunca por amar —reprende, cogiéndome de los hombros—. No te rindas, no permitas que te haga rendirte.

Guardamos silencio cuando Cedric pasa a nuestro lado sin siquiera mirarnos, no estoy segura de si nos ve. Mi cuerpo reacciona a su cercanía y después siente el frío calar hasta los huesos cuando se aleja sin ninguna dificultad.

—Nessa... —Me doy cuenta de que su hermana iba detrás porque se detiene junto a nosotras.

—Madre, lo estoy perdiendo —se lamenta—. Ya no me deja llegar hasta él.

—Cuando sea el momento, regresará —resuelve la señora de Dunmara—. No me cabe la menor duda. Bajemos al salón, los demás nos están esperando para la cena.

Puedo sentir la mirada de Nessa mientras camina a mi lado. Me pregunto qué es lo que está pensando, o qué busca encontrar; puede que sea mi prima, pero no comparto todo con ella, sobre todo, en lo que a Cedric respecta.

No me pasa desapercibido la mirada de mis padres, en especial, la de mi madre. Sé que está preocupada, me conoce y sabe que algo sucede. Pero no hablamos nada relacionado con cómo me siento, los hombres solo lo hacen sobre la guerra que creen que deberán enfrentar, las mujeres sobre sus quehaceres o sobre gente que conocen. Mientras tanto, me mantengo al margen, recordando lo sucedido esta tarde, me remuevo en mi asiento y la molestia entre mis piernas me recuerda que todo ha sido real.

—¿Cuándo debéis regresar a Girnigoe? —pregunta mi tía.

—Dentro de dos días —responde mi padre—. Debemos recibir varios invitados, ya que estoy buscando un buen marido para Gillian.

El estruendo de una jarra rompiéndose me sobresalta, todos miramos hacia el sitio de donde proviene el ruido. Cedric se encuentra en el lugar de su mesa que hasta hace poco estaba vacío, al menos, la última vez que miré así era.

—Parece que me ha tocado la que estaba rota —masculla con ironía—. Si me traen otra, podré unirme al brindis por tan maravillosa noticia.

—Cedric... —advierte su padre.

—No he dicho nada —se defiende mientras una criada le trae una jarra nueva, él le guiña un ojo, la muchacha se sonroja complacida mientras yo me tensó y siento náuseas ante tal escena—. ¿No puedo alegrarme por la próxima unión de mi prima?

Si pudiera, me levantaría de esta maldita mesa para correr hasta él y golpearlo hasta el cansancio. Hace apenas unas horas estaba en mi interior tomando de mí lo único valioso que tiene una mujer, y ahora parece que no le importa nada que mi padre comience a

buscarme candidatos para casarme. Sabía que este día llegaría, de hecho, no me niego a unirme en matrimonio, lo que detesto es hacerlo con alguien a quien no amo.

—Eso es maravilloso —exclama mi tía, intentando romper la tensión del ambiente—. Una boda.

—No entiendo por qué tengo que casarme antes que Connor. — Todos me miran—. Él es mayor que yo.

—Muérdete la lengua, Gillian —exclama horrorizado el aludido—. Yo soy un hombre.

—Eres imbécil —escupo furiosa con él y con todos en general.

—Gillian Sinclair —brama mi padre enfadado ante el insulto hacia su primogénito—. No te hemos educado para que hables de ese modo, mucho menos a tu hermano.

—¿Puedo retirarme? —pregunto entre dientes—. No me encuentro bien.

—¿Qué sucede, hija? —Mi madre se levanta preocupada—. ¿Llamamos a la curandera?

—No es necesario. —Hago lo mismo, quiero abandonar el salón y poder llegar a mi alcoba para curar mis heridas, aunque deba compartirla con Nessa—. Solo necesito descansar.

—Por supuesto —dice mi padre, mirándome ceñudo, me despido de todos y salgo lo más rápido posible que me permiten mis temblorosas piernas.

Recorro el pasillo y subo las escaleras mientras pienso en todo lo que acaba de pasar y en cómo he reaccionado con mi familia, los cuales no tienen culpa de nada.

—¿Huyendo? —Me detengo, pero no me giro para mirarlo—. ¿Por qué no me has dicho que vas a casarte? —acusa, es entonces cuando lo hago, lo enfrento enfurecida.

—¿Cuándo? —inquiero con rabia—. ¿Cuando estaba ahogándome por salvarte, o cuando estabas poseyéndome?

—No grites —ordena, mirando a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie nos esté escuchando—. ¿Te has vuelto loca?

—Sí, debo estar loca para amar a un cerdo como tú —escupo, veo cómo el musculo de su barbilla tiembla y sus manos se aprietan

en un par de puños—. ¿No tienes nada más que decir? ¿Vas a dejar que me case después de...?

—No es mi problema que te hayas abierto de piernas, Gillian — interrumpe, dejándome sin habla, el sabor de la bilis subiendo por mi garganta casi me ahoga—. Que lidie el pobre diablo con el que te cases con ese problema —se burla, siento cómo mis ojos se humedecen, y a pesar de la visión borrosa, me parece ver un poco de arrepentimiento en su mirada—. Yo no...

—No vuelvas a hablarme —musito temblorosa—. No me mires, haz como que no existo. Cuando me marche de Dunmara, no volveremos a vernos, Cedric. Si pudiera arrancarme el corazón para olvidarte, lo haría —añado con rabia—. Te odio con la misma intensidad con la que te amo y me detesto por ello.

# Capítulo 4



*Cedric*

**D**a media vuelta y se marcha tras sus últimas palabras, que han sido como puñales clavándose en mi pecho. Cierra la puerta de la alcoba que comparte con mi hermana, y me doy cuenta de que acabo de conseguir lo que tanto quería. Si me odia, en algún momento logrará olvidarme.

La única persona que me quiere y acabo de destrozarla, esto me confirma que ya no queda ni un solo rastro de humanidad en mí. Que he dejado que la oscuridad me envuelva por completo, a pesar del dolor sordo que siento en mi pecho como si me hubieran arrancado mi propio corazón en el proceso.

—Jamás pensé que llegarías a decepcionarme tanto, hermano. — De nuevo, la voz de Nessa me impide seguir regodeándome en mi propia miseria—. Dime que no he escuchado bien, dime que no lo has hecho... —implora, cierro los ojos—. ¿Cómo has podido? Sabes que ella te ama desde que erais unos niños y...

La escucho sollozar, mi alma se parte en dos, a pesar de ser negra como la noche. Ya que acabo de hacer llorar a las dos únicas mujeres que he querido en algún momento de mi vida, a las que sin duda entregaría cualquier cosa si todo fuera diferente.

—No está bien escuchar conversaciones ajenas, Nessa — reprendo, intentando continuar comportándome como se espera de mí, con la esperanza de poder seguir ocultando esa pequeña parte que sigue siendo débil.

—¿Solo vas a decirme eso? —acusa mientras me rodea y se planta frente a mí—. ¿La has tomado? ¿Vas a dejar que se case con otro?

—No es de tu incumbencia —ladro, es la primera vez que le hablo así, retrocede como si la hubiera golpeado—. Nessa... —suspiro—. No tengo nada que ofrecerle, ¿crees que sus padres aprobarían que se case con el bastardo MacGregor?

—¿Ese es el único motivo por el cual la acabas de destrozar? —cuestiona, cruzándose de brazos—. ¿La amas?

Me tenso, le miro desafiante a la espera de que mi silencio la haga marcharse, que no siga insistiendo, ni hurgando en la herida que sigue abierta y no creo que cierre jamás.

—Yo no sé amar, Nessa —replico e intento marcharme, pero me detiene, bufo hastiado—. Suéltame —ordeno con firmeza, por supuesto, no obedece.

—No me mientas, a mí no —rebate sin amilanarse—. Claro que puedes amar, a mí me quieres. —La miro, contemplo su rostro ahora diferente pero tan parecido a la niña que solía ser.

—Eres mi hermana —digo como si eso significara todo y nada al mismo tiempo.

—Y ella es alguien que ha crecido contigo —replica—. Os he visto a lo largo de los años y hay algo que os une. Mucho más grande que todo lo demás, no permitas que desaparezca —implora—. Temo que, si lo haces, te pierdas para siempre en esa espiral de odio y resentimiento en la que te obligas a vivir.

—¿Me obligo? —me carcajeo—. No hables de lo que no sabes —espeto furioso—. Ni siquiera habías nacido.

—Pero he crecido junto a ti, en el mismo castillo —inquieta con fiereza—. Compartimos la misma sangre y los mismos padres y...

—Pareces olvidar que no es así —exclamo, alzando la voz de nuevo—. Deja que me vaya y no vuelvas a meterte en mis asuntos. Puede que seas mi hermana, sin embargo, eso no te da derecho a darme lecciones que nadie te ha pedido.

Me suelto y me marchó. Me alejo de ella, de Gillian y de todo lo que representan porque ella son mi única debilidad.

\*\*\*

No duermo en el castillo. Lo hago en la pequeña cabaña de Brenda, guardo sus pocas pertenencias, en ellas encuentro un diario que me niego a quemar. Al alba, prendo fuego a todo para hacerlo

desaparecer y me llevo solo el pequeño libro donde espero encontrar más respuestas.

Al regresar al castillo, siento algo extraño, como un mal presentimiento. Al entrar, veo a Maeve intentando consolar a Rowenna, mi corazón comienza a golpear con fuerza en mi pecho.

—¿Qué sucede? —murmuro, pero me escuchan, ambas parecen desoladas.

—Gillian ha enfermado —responde la mujer que me ha criado—. Tiene fiebre muy alta y una tos que no le gusta nada a la curandera.

Corro escaleras arriba y entro en la alcoba de Nessa para verla junto a Gillian, la cual yace en el lecho, pálida como un cadáver, sudorosa y su respiración se escucha antinatural.

—Abre las malditas ventanas —siseo aterrado por el olor de la muerte—. ¿Pretendes acabar con ella con este calor?

—Es lo que ha dicho la vieja curandera —se defiende mi hermana dudosa mientras yo contradigo las órdenes de esa vieja chocha.

—Me da igual —llego al lado de Gillian, no parece estar consciente, Nessa continúa mojando su frente y cuello con un paño—. Déjame a mí —le pido.

—¿Dónde estabas? —pregunta alterada—. ¿Dónde estabas cuándo ha comenzado a llamarte? —solloza—. Me han despertado sus ruegos y me he dado cuenta de que estaba ardiendo, temblaba y no podía hacer nada por ella.

—Ahora estoy aquí —replico—. Dame el maldito paño.

Me lo entrega y comienzo hacer lo mismo que ella estaba haciendo hasta hace unos instantes. Solo que yo bajo más hacia el pecho, incluso su estómago, a pesar de sus protestas ahogadas. Necesito que la fiebre baje, porque si no lo hace...

Esto me recuerda demasiado a la muerte de Brenda, cómo fue consumiéndose, cómo no lo consiguió y tuve que verla morir frente a mis ojos.

—Déjanos solos —le pido, alzo mis ojos para que vea que no es una orden, sino una súplica; en el caso de que Gillian vaya a morir, necesito despedirme, necesito estar con ella hasta el final, dejando de lado todas mis corazas.

Cuando se marcha, me permito sentir el terror ante la idea de que la muchacha tumbada en esta cama esté muriendo frente a mis ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Mientras no dejo de mojar su frente, rostro, cuello y vientre, le pido una y otra vez que no se marche, que utilice ese odio que dice sentir por mí para vivir, si es que el amor que sentía ya ha desaparecido. No me importa si debo soportar sus desprecios siempre y cuando la sepa a salvo.

—Eres demasiado joven —le digo—. Tienes toda una vida por delante. Siempre te he imaginado rodeada de un muchos niños. Serás una madre estupenda, por ello tienes que vivir —termino con fervor.

Acaricio su mejilla sonrojada, que todavía indica que la calentura no ha desaparecido. No abre los ojos, no se mueve, solo sé que sigue viva porque su pecho sube y baja, despacio a mi parecer, y eso es lo que más me aterra.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —susurro en su oído, estremeciéndome—. Si fuera alguien digno de ti yo... —cierro los ojos con fuerza para contener el dolor—, con la única que me casaría sería contigo, con ninguna otra.

Contengo el aliento a la espera de que mi confesión la haga reaccionar, con la esperanza de que sí me escuche, pero no lo hace y a mí se me cae el mundo al suelo al pensar que no hay nada que pueda hacer para salvarla.

—Cedric —alzo la mirada, Rowenna Sinclair entra en la alcoba, demacrada pero decidida—. Gracias por cuidar de ella, querido —intenta sonreír sin mucho éxito—. Estoy segura de que le gustará saber que has estado a su lado.

Miro a la mujer que me ha visto crecer, recuerdo las veces que pasé semanas en su hogar, en el cariño que siempre me mostró, y no logro comprender por qué mi mente olvida todo eso. ¿Por qué?

# Capítulo 5



*Gillian*

**N**o quiero despertar... Volver a la realidad dolería más que permanecer en el limbo donde me encuentro, aquí al menos me parece escuchar la voz de Cedric hablándome con una ternura que hace mucho no siento por mí.

¿Qué me espera si regreso? Una vida de soledad, o peor aún, compartirla con alguien que no amo y que puede hacer de mi existencia un maldito infierno. Nunca he imaginado un futuro donde Cedric no estuviera a mi lado. Con el paso de los años y conforme más se alejaba, ese sueño se hacía más difuso y, aun así, me negaba a verlo, a perder la esperanza de que un milagro ocurriera y me devolviera al niño de diez años que se le iluminaban los ojos al verme.

—Hazlo, maldita seas —vuelvo a escucharlo, esas palabras tiran de mí, me hacen luchar por permanecer en un lugar donde ahora mismo me siento segura.

—Regresa, hija mía —mi padre suplica, se me parte el alma al escucharlo y me hace flaquear—. Por favor...

Abro los ojos por el amor que siento por el hombre que me dio la vida, lo hago poco a poco porque siento que pesan, me cuesta enfocar la mirada, pero cuando lo hago, veo a mis padres a mi lado, ni rastro de Cedric. ¿Lo habré soñado?

—¿Gillian? —mi madre solloza, intento sonreír para tranquilizarla, pero me siento muy cansada—. Gracias a Dios —exclama abrazándome, su aroma me envuelve, ¿de verdad quería dejar esto

atrás? ¿Por él?, ¿por alguien que ni siquiera está a mi lado en momentos como estos?

—Nos has dado un susto de muerte, jovencita —la voz temblorosa de mi padre encoge mi corazón—. No comprendíamos por qué no despertabas si la calentura había desaparecido.

—Lo siento —mi garganta quema—. Agua —pido susurrando con la esperanza de aliviar la molestia—. Por favor.

Mi padre me incorpora y mi madre me da de beber con infinita ternura. Ambos me observan como si fuera un milagro que haya regresado con ellos y ahora mismo me siento muy culpable por haber sido tan egoísta como para solo pensar en mi dolor y no en el que les causaría si los dejaba atrás.

—¿Cuánto tiempo he pasado dormida? —pregunto.

—Dos semanas. —Abro los ojos muy sorprendida—. Muchos ya te daban por muerta.

—Pero debíais volver a Girnigoe —me lamento, agachando la mirada.

—¿Cómo íbamos a dejarte estando enferma? —cuestiona mi padre como si la simple idea fuera lo más descabellado del mundo—. ¿Sabes lo asustados que estábamos? Por el amor de Dios, si hasta Cedric ha cuidado de ti y...

—¿Qué? —interrumpo, incorporándome, me siento algo mareada—. ¿Es cierto, padre?

—Sí —asiente mi madre—. El chico parecía muy preocupado, incluso culpable.

—Él no tiene la culpa de que enfermara —musito, recordando el agua helada del lago y—. Podría haberme pasado en cualquier momento.

—Cierto —concuerta mi padre—. Y ahora que has despertado podemos regresar a casa.

—Malcom —replica mi madre—. Lo mejor sería que la viera la curandera. Puede que no esté lista para un viaje por corto que sea.

—Mujer, llevo demasiado tiempo lejos —dice contrariado.

—Puedo quedarme y regresar más tarde —interrumpo, ambos me miran pensativos.

—No voy a dejar que regreses sola —espeta mi padre—. Si Connor accede a quedarse, unos días más... —añade, rascando su barbilla—. Voy a hablar con él, a buscar a la vieja curandera y a dar la buena nueva.

Se marcha dejándome sola con mi madre, puedo sentir su mirada sobre mí, finalmente alzo mis ojos para encontrar los suyos. Frunzo el ceño sin comprender a que viene su silencio y su forma de observarme.

—¿Qué sucede? —pregunto nerviosa—. Madre, ya no tienes por qué preocuparte, voy a ponerme bien.

—Lo sé —musita—. Pero han sido unos días muy duros, he sentido que te perdía y que no podía hacer nada por evitarlo. Me desgarraba el alma cada vez que entraba en esta alcoba y descubría que no habías abierto los ojos, que no importaba quién implorara tu regreso, tú no volvías.

—Lamento el sufrimiento que os he causado —cojo su mano temblorosa.

—Cada vez que Cedric se quedaba contigo, tenía la esperanza de que fuera él quien te trajera de regreso —susurra, siento cómo mis mejillas se enrojecen—. Y creo que él también —añade, niego despacio, ella no sabe todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Supongo que el sentimiento de culpa no lo dejaba tranquilo —intento bromear—. Sabes que Cedric no es capaz de sentir nada por nadie.

—¿Ni siquiera por ti? —cuestiona con cautela—. Sé que en los últimos tiempos ha sido esquivo, incluso cruel, pero eso me recuerda a mis comienzos con tu padre, y míranos ahora.

—No todos son Malcom Sinclair —replico con tristeza—. Cedric jamás me amará de esa forma ni de ninguna otra. Lo ha dejado bastante claro, por lo que es el momento de que siga adelante, no puedo vivir eternamente soñando.

—Cielo... —susurra afligida—. No quiero que seas infeliz. He intentado retrasar el asunto del matrimonio todo lo posible, pero tu padre... —niega frustrada—. Ya sabes cómo es de cabezota.

—Me casaré —sentencia—. No pienso esperar por un milagro nunca más.

La puerta se abre y aparece Cedric, que, aunque intenta aparentar normalidad, puedo ver que respira con rapidez y que sus ojos me buscan de inmediato. Lo acompaña la curandera y me centro en ella mientras me revisa y hace preguntas que me cuesta responder al sentir la penetrante mirada de el joven que se ha negado a salir de la alcoba.

—Está muy delgada y débil, mi señora —le dice a mi madre, que me observa preocupada mientras aprieta sus manos en su regazo en señal de nerviosismo—. He visto a su marido y me ha dicho que quieren marcharse cuanto antes —mi madre asiente—. No lo aconsejo. La muchacha necesita reposo al menos dos semanas más, engordar y reponer fuerzas; si recae, no sobrevivirá.

—Dios mío —jadea a punto de llorar—. Haremos lo que haga falta.

—Vieja, no las asustes —reprende Cedric—. También dijiste que no despertaría y lo ha hecho.

—Es joven —se excusa—. Y cabezota, de eso no hay duda. —Río bajito—. Pero su cuerpo no responderá bien ante el viaje, ante el frío, yo no lo aconsejo. La última decisión es vuestra, mi señora.

—Madre —intervengo, todos los ojos puestos sobre mí—. Marchad a Girnigoe, ni siquiera hace falta que Connor se quede. Cuando me recupere, regresaré y podremos continuar con los preparativos para mi boda.

De reojo veo cómo Cedric se tensa, pero me niego a dirigirle ni un solo pensamiento.

—No me parece bien cargar con tu cuidado a tu tía y... —comienza a decir.

—No sigas, Rowenna Sinclair. —Todos miramos hacia la puerta—. Cuidaré de tu hija como si fuera mía. Marchad tranquilos.

# Capítulo 6



*Cedric*

**C**reo que no he pasado más miedo en mi vida que en las dos semanas en las cuales creíamos que Gillian no iba a salir con vida de su enfermedad.

Y ahora la veo ahí tumbada con los ojos abiertos y que se niegan a mirarme. El alivio me invade, pero también la rabia ante su indiferencia cuando yo he sentido que moría un poco cada vez que no conseguía que despertara, a pesar de mis ruegos.

La aparición de Maeve me obliga a permanecer en silencio cuando lo único que quiero es dejarle bien claro que no va a marcharse a ningún lugar, al menos, hasta que se recupere. Mi voz interior grita que no permita que se vaya jamás, pero eso no es algo a lo que me vaya a rendir fácilmente, lucho contra mis sentimientos a cada paso que doy, y cuando siento que flaqueo, solo debo recordar a la moribunda Brenda.

—Informaré a mi esposo —besa la frente de su hija y sale de la alcoba, la curandera hace lo mismo después de dar instrucciones para su recuperación.

—No te preocupes, querida. —Mi madre sonríe—. Vamos a cuidarte muy bien, en nada de tiempo volverás a ser la misma de antes. No sabes lo contentos que estamos de que hayas despertado. ¿Verdad, Cedric?

—Sí —mascullo, ella me mira por primera vez y no veo nada—. Ya era hora.

—Lamento haberte incomodado —se burla, intentando ocultar el dolor que ha ocasionado mi ataque—. No es necesario que estés aquí si tanto te molesta mi presencia...

Aprieto los dientes con fuerza para no decirle unas cuantas cosas, no pienso hacerlo delante de Maeve, y no porque le tenga miedo a ninguna de las dos, sino porque no tengo tiempo para más problemas. Doy media vuelta y salgo de la habitación como alma que lleva el diablo, mi hombro choca con el de Ethan, que llega en compañía de Connor y Nessa.

—¿Es verdad? —pregunta mi hermana ansiosa—. ¿Ha despertado?

Los miro durante un instante, después, sin responder, me alejo. Escucho cómo Nessa pregunta qué demonios me sucede, Ethan le dice que lo olvide y Connor me maldice. En otro momento, seguramente hubiera dado media vuelta y encarado por tal insulto, hoy no porque mis sentimientos son demasiado contradictorios.

Utilizo el entrenamiento cuerpo a cuerpo para descargar mis frustraciones, mi oponente se lleva todos los golpes y me tienen que detener entre varios más para que deje de machacarlo.

—Cedric —brama mi padre, imagino que alguien le ha advertido de mi comportamiento—. Detente —detesto que me dé órdenes, a pesar de que es mi laird.

Intento recuperar el aliento mientras me deshago del agarre de los dos hombres que me han detenido con brusquedad. Mis manos destrozadas y llenas de sangre, los nudillos en carne viva y yo soy incapaz de sentir dolor.

—Acompáñame. —No puedo decirle que no, al menos, no delante de los demás, que están muy pendientes de mi reacción—. Ahora —brama.

Le sigo hasta el lago en completo silencio. Se detiene en la orilla sin mirarme, con las manos tras la espalda, a la espera de que diga o haga algo. Me agacho y limpio mis manos, el agua helada haciéndome sentir de golpe el dolor, pero nada que no pueda soportar.

—¿Qué tengo que hacer? —Me detengo ante esa pregunta—. ¿Qué necesitas para dejar toda esa rabia atrás? ¿No te das cuenta de que te está arrastrando a un punto de no retorno? Sé que es culpa mía, he esperado demasiado, he dejado que los años pasaran

con la esperanza de que al crecer todo se solucionará, pero no es así.

—No hay nada que puedas hacer —mascullo, me guardo lo que pienso, ahora las dos personas a las que hizo daño están muertas, por lo que no puede cambiar el pasado.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —me tenso—. ¿Vivir como lo haces? ¿Alejar a todos los que te aman de tu lado para castigarnos? Si debes hacerlo, que sea yo el único que pague. Ni tus hermanos, ni Maeve, ni Gillian.

Le miro enfurecido, ¿cómo se atreve a nombrarla? Y peor aún..., ¿qué sabe? Hace mucho que dejé de hacerle confidencias, por lo que es casi imposible que logre comprender los sentimientos que me unen a la muchacha con la que crecí y que debería haber visto como una prima más.

—Tú no sabes nada —siseo incorporándome—. No vuelvas a preguntarme estupideces; si tanto te molesta mi presencia, bien puedes desterrarme de Dunmara —doy media vuelta dispuesto a marcharme, pero su voz me detiene.

—¿Crees que le haría algo así a mi hijo? —esa pregunta duele, y mucho más el temblor en su voz, ya que no he conocido un hombre más fuerte y decidido que mi padre.

—Siempre te quedarán Ethan y Nessa —replico sin mirarle, sigo mi camino dejándolo atrás.

Al regresar al castillo, no me sorprende encontrar a Ethan y Connor en el patio, hablan con un grupo de hombres. Al verme llegar, mi medio hermano camina hacia mí decidido, me tenso preparado para una nueva pelea.

—Tienes que parar —sentencia entre dientes, Connor lo sigue de cerca—. Si no puedes contener tu maldito carácter, no volverás a entrenar con los demás.

—Te recuerdo que esa es una de mis obligaciones —espeto—. ¿No te gustan mis métodos? ¿Te parecen demasiado agresivos? Te recuerdo que, en una batalla, nadie va dando palmadas en la espalda. Si no pueden soportar los golpes, tal vez deberían ser herreros —me encojo de hombros—. ¿No crees? —me burlo para enfurecerlo.

—Estás perdiendo el norte —exclama—. Si padre no te para los pies, lo haré yo —alza el mentón—. Parece que soy el único que no teme tus reacciones.

—Qué valiente —sigo burlándome—. Claro que sí, ve practicando esa valentía para cuando seas el laird de los MacGregor —escupo.

—¿Es eso lo que te molesta, Cedric? —Miro a Connor con ganas de borrarles esa sonrisa de imbécil de su rostro—. ¿Qué Ethan, siendo menor que tú, sea el laird?

—Sé muy bien cuál es mi lugar, Sinclair. —Doy varios pasos hacia él, mi hermano se interpone, río ante su protección para con su primo. Sin embargo, para mí solo hay reproches y acusaciones—. Harías bien en recordar cuál es el tuyo.

—Futuro laird de los Sinclair —añade con orgullo—. Harás bien en recordarlo, primo —replica con sorna.

—Basta. —Los tres miramos hacia la entrada del castillo donde Maeve y Rowenna nos observan de brazos cruzados y ceños fruncidos, dejando claro que han escuchado más de lo que deberían—. Ethan, no te he criado para que creas que tu posición es diferente a la de tu hermano —reprende, y por mi parte, lejos de sentirme defendido, me siento agraviado—. Jamás vuelvas a decir algo así.

—Madre, no es lo que piensas —intenta defenderse—. Ya nadie puede controlarlo —me señala enfurecido—. Casi mata a golpes a uno de nuestros hombres.

Las mujeres me miran con lástima, aprieto mis puños heridos. No bajo la vista, no me disculpo. No pienso hacerlo y mucho menos con ellos, puede que no haya sabido controlarme, pero reconocerlo sería darle demasiado poder a todos.

—Estoy segura de que tu padre ya ha hablado con tu hermano y no volverá a suceder. —Su confianza en mí es casi una locura—. Ahora, dejadle en paz.

—¿Por qué siempre lo defiendes? —cuestiona herido y enfadado—. ¿Por qué sigues protegiéndolo cuando él te odia? ¿Acaso no recuerdas las veces que te ha hecho llorar con sus desplantes y humillaciones? Padre no hace nada, pero no pienso continuar de brazos cruzados.

—No podemos obligar a los demás a amarnos —responde, descendiendo las escaleras con toda la elegancia que la caracteriza—. Cedric no tiene por qué amarme.

—Pero sí respetarte —grita—. Eres la esposa de padre, la señora de Dunmara, mereces que te respete.

—Basta, Ethan —suplica, mirándome de reojo—. No compliques más las cosas. ¿Por qué no podéis llevaros bien? Siempre ha sido así...

—Hace años que no —escupe, mirándome con odio—. Y si lo parecía, es porque hacía como tú. Callar ante sus desprecios, pero ya me he cansado.

—Sois hermanos —implora—. Por favor...

—Para él no —interrumpe—. Solo aprecia a Nessa y ahora hasta eso está cambiando. No tengo por qué mendigar amor, que se vaya al infierno.

Se marcha, a pesar de que su madre lo llama, Connor lo sigue como siempre, escucho el sollozo de la mujer que me ha criado y algo se rompe por dentro.

# Capítulo 7



*Gillian*

**H**a pasado una semana desde que mis padres se fueron y nos dejaron a Connor y a mí en Girnigoe para completar mi recuperación. Me siento demasiado ansiosa por levantarme de esta maldita cama, pero hasta yo debo reconocer que las fuerzas no regresan con la rapidez que esperaba.

Nessa me hace mucha compañía, de hecho, duerme conmigo muchas de las noches que se me hacen interminables porque el sueño suele abandonarme a altas horas y mi mente no descansa. No he vuelto a tener calentura, y a pesar de tener buen apetito me descubro en ocasiones con náuseas, que no he comentado con nadie porque mi mayor deseo es marcharme de aquí para no regresar.

No por mis tíos o primos, sino por Cedric. No ha vuelto a visitarme desde hace días, aún recuerdo esa última vez, la forma en la que me miraba, lo que me dijo...

\*\*\*

—¿Has visto lo que tu imprudencia ha causado? —pregunta en cuanto abro los ojos al sentir una presencia, todo está en penumbra, solo el fuego da un poco de luz a la estancia.

—Lamento que el temor a perderte te haya importunado tanto —mascullo—. La próxima vez dejaré que te mueras.

—No habrá próxima —replica acercándose—. Procura no volver a acercarte a mí, Gillian.

—Tranquilo —sonríó—. En cuanto me recupere me marcharé y no volveremos a vernos.

Aprieta su mandíbula, en sus ojos ese debate interno que siempre parece tener cuando está conmigo. Guardamos silencio, yo sigo contemplándolo porque sé que llegará un día que no podré hacerlo más y quiero grabar cada rasgo o gesto en mi memoria porque quiero que sea Cedric lo último que veo o recuerde hasta mi último aliento.

—Deja de mirarme —ordena molesto, se remueve en su asiento—. Ni siquiera sé por qué estoy aquí...

—Pues márchate —siseo enfurecida, todo lo sucedido entre nosotros regresa a mí como una avalancha—. No te he llamado, no te necesito así que lárgate...

Su boca se apodera de la mía, gimo contrariada no solo por su acción sino por cómo reacciona mi cuerpo ante su contacto. Mis manos golpean su pecho para alejarlo, pero finalmente me rindo y me aferro a su cabello estirando con fuerza, ahora es él quien gruñe por el dolor de mi agarre.

—No me des órdenes, Sinclair —musita sobre mis labios, abro los párpados.

—Vete al infierno —mascullo rabiosa al verlo tan tranquilo cuando yo me siento arder—. No vuelvas a tocarme.

—¿O qué? —se burla—. Mírate, estás deseando que haga mucho más que besarte.

Lo abofeteo con las pocas fuerzas que conservo. El silencio es ensordecedor tras lo que acabo de hacer, con otro hombre tendría miedo de su reacción, pero con Cedric sé que solo me hará daño con palabras, las cuales siguen doliendo mucho tiempo después.

—No vuelvas a pegarme, Gillian —muerde las palabras con rabia.

—No lo haré si mantienes las distancias conmigo —rebato—. No te será difícil, Cedric. Me odias, por lo que no comprendo porque estás aquí.

—Yo tampoco —escupe alejándose de golpe de mí—. Asegúrate de recuperarte lo antes posible así podré dejar de verte por aquí de una vez por todas.

\*\*\*

Rozo mis labios los cuales añoran los de ese maldito patán.

—¿En qué piensas? —no he escuchado a Nessa entrar tan sumida en mis recuerdos como estaba—. Pareces triste, imagino que echas de menos a tus padres...

—Un poco —reconozco con la esperanza de que eso la convenza de que no hay nada más—. Pero estoy bien.

—No me mientas —la miro sorprendida—. Sé que además de la ausencia de tus padres te aflige que mi hermano no venga a verte. Si te sirve de consuelo, aunque lo oculta muy bien, puede que sea la que mejor lo conoce y lo está pasando mal.

—Saber que sufre no me consuela en absoluto, Nessa —niego apesadumbrada—. No lo comprendo. ¿Qué demonios le sucedió para que...? —no soy capaz de acabar porque el nudo en mi garganta aprieta demasiado.

—No lo sé —niega—. Era demasiado pequeña como para recordar, pero sé que no cambió conmigo hasta hace unos meses. Y, aun así creo que tú y yo somos las únicas que nos podemos acercar a él.

—¿Yo? —cuestiono irónica—. No puede ni verme, me odia, Nessa.

—Creo que lo que odia es no poder odiarte —sonríe con tristeza—. Hacerlo con mi madre, incluso con mi padre es fácil. Pero sospecho que tú y yo somos su debilidad.

—Pues no quiero serlo —espeto—. Si esa es su forma de amar, no la quiero. No debería estar dándole ni un minuto de mi tiempo pensando en una persona que lo único que ha hecho ha sido herirme.

—Pero no siempre fue así —suspiro nostálgica—. Ninguna de las dos podemos olvidar el niño que creció con nosotras. Nuestro protector, confidente...

—Hace mucho tiempo de eso —parpadeo para alejar las lágrimas—. La última vez que lo vi en Girnigoe parecía más distante, pero ahora al volver a verlo... —niego con dolor—. Ha sido como encontrar un completo extraño —intento olvidar lo que sucedió en el lago.

—Mi única esperanza es que consigas llegar a él —la miro como si se hubiera vuelto loca—. No me mires así —se defiende—. Sé que

puedes lograrlo, pero para ello no tienes que darle espacio, Gillian. No puedes permanecer aquí escondida.

—No hago eso —exclamo ofendida—. Solo guardo reposo —me cruzo de brazos—. No pienso ir tras él. ¿Por quién me tomas?

—Por una mujer que va a perder el hombre que ama —inquire—. ¿de verdad vas a quedarte de brazos cruzados, Gillian? Nunca has sido una cobarde, por lo que te suplico que no comiences a serlo ahora y luches por mi hermano, sálvalo.

—Nadie puede salvar a alguien que no quiere ser salvado —susurro agachando la mirada—. ¿Qué esperas que haga? Se lo he entregado todo y... —muerdo mi labio inferior rezando para que ella no entienda lo que acabo de decir. Su silencio me hace alzar la mirada, ella me observa con la boca abierta, incluso juraría que ha palidecido.

—Dime que eso no significa lo que yo creo... —implora—. ¿Gillian...?

—Déjalo estar —le pido preocupada por lo que pueda suceder al haber hablado de más sin pretenderlo.

—¿Mi hermano te ha desvirgado? —enrojece al hacer esa pregunta, hago lo mismo, no puedo sostener su mirada porque me siento demasiado mortificada—. Responde —grita, me sobresalto.

—¿Qué si lo ha hecho? —espeto a la defensiva—. Eso no cambia nada.

—¿Te has vuelto loca? —se levanta de su asiento furiosa—. ¿Cómo ha podido hacer algo así y darte la espalda? —cuestiona—. Voy a decirle un par de cosas a ese maldito patán...

—¡No! —exclamo horrorizada—. Por favor no lo hagas —cojo su mano para impedir que se marche—. No lo obligues a elegirme.

# Capítulo 8



*Cedric*

**A**unque no la veo, su presencia me persigue. Saberla en Dunmara me está volviendo completamente loco. No me he acercado a su alcoba, sé por Maeve y mi hermana que se recupera, pero más lento de lo que debería, y eso me tiene de los nervios, porque temo que la enfermedad que casi la mata no se cure jamás.

—¡Cedric! —el grito iracundo de mi hermana llama mi atención, me alejo del grupo de hombres con el que estoy hablando porque imagino que lo que tiene que decirme no lo puede escuchar nadie más—. Eres un maldito cerdo —sisea al llegar frente a mí, sus puños golpean mi pecho, frunzo el ceño sin comprender qué demonios le pasa.

—Basta, Nessa —espeto reteniendo sus manos y cogiéndola por las muñecas—. ¿Qué te pasa?

—¿Cómo has podido hacerlo? —masculla entre dientes, veo la cólera en sus ojos humedecidos, siento su rabia en los temblores de su menudo cuerpo—. Ella siempre ha confiado en ti y...

Me tenso y la suelto comprendiendo a que se refiere. La miro sin pestañear, intento no reaccionar a su acusación porque no creo que sea ella la que merece explicación alguna. Me observa con tanta desilusión, como si su héroe le hubiera fallado, que incluso puedo sentir el sabor de la vergüenza en mi boca.

—No te inmiscuyas —espeto, no puedo decir nada más—. ¡Por qué demonios te lo ha contado!

—No lo ha hecho por iniciativa propia, créeme —replica—. Estábamos hablando sobre ti —gruño—. Le imploraba que no te

diera por perdido, que debía salvarte sin saber que eres un maldito demonio, un bastardo sin corazón ni vergüenza alguna...

—¿Has terminado? —interrumpo al ver cómo jadea en busca de aire tras su exabrupto—. Si ya te has dado cuenta de que soy una persona que no merece redención, harías bien en dejarme en paz.

—No puedo hacerlo porque te amo demasiado —comienza a llorar, mi coraza se desquebraja, mi corazón duele—. Puede que no lo merezcas y, aun así, no voy a darte por vencida.

—Eres demasiado cabezota —escupo—. Haz lo que quieras, pero mantente alejada... —me doy media vuelta dispuesto a marcharme.

—¿De verdad vas a dejar que se case con otro sabiendo que no es virgen? —Sus palabras me detienen, me tenso y miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie la ha escuchado—. Sabes qué sucederá cuando se enteren. La estás sentenciando, ella es inocente, odian a nosotros, pero Gillian...

Continúo andando, dejando que hable sola. No puedo seguir escuchando, estoy furioso por sus acusaciones, por su terquedad, pero, sobre todo, porque Gillian ha contado algo que debería haber quedado entre nosotros, no porque tema las consecuencias, ya que nadie puede obligarme a hacer nada que no quiera, y poco me importa lo que opinen los demás.

Me dejo guiar por la furia y subo las escaleras para dirigirme a la alcoba de la mujer que va a terminar con la poca cordura de la que dispongo. Abro sin pedir permiso, la encuentro en la cama mientras borda, alza la mirada y al verme se sorprende, pero recupera el control de inmediato.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —pregunta en voz baja mientras deja su labor a un lado, la veo delgada y pálida.

—¿No podías mantener la boca cerrada? —acuso mientras doy un portazo, me acerco a la cama—. ¿Esperas con eso que me case contigo? —pregunto con sorna—. ¿Por qué lo haría si ya he conseguido lo que quería?

Palidece más si eso es posible. Su barbilla tiembla antes de que apriete con fuerza sus labios y aparte la mirada de la mía. Sus manos tiemblan cuando cogen de nuevo su labor intentando hacer

como que no me ve, actúo movido por la frustración y lanzo la maldita cosa al otro lado de la habitación, aun así, no me mira.

—¿Qué quieres de mí? —termina preguntando—. Me estoy manteniendo lejos de ti, Cedric, Y me iré en cuanto pueda...

—Estaría bien que te callaras —inquiero—. Mi hermana no tenía por qué saber nada. No creas qu,e en el caso de que le dé por hablar, eso va a cambiar algo.

—No lo hará porque así se lo he pedido y yo sí confío en ella — alza el mentón con el orgullo herido—. Pero no te engañes, no lo he hecho por ti —sonríe con tristeza—, sino por mí, no quiero verme atada a un hombre que me detesta. Así que puedes quedarte con todo tu odio y que ese sentimiento te acompañe en las noches frías y solitarias.

—No te equivoques —mascullo, acercándome a ella demasiado—. Cuando quiero compañía, la encuentro con facilidad, y ellas sí son mujeres de verdad.

Veo cómo traga con fuerza, cómo lucha por aguantar mi mirada para no dejarse vencer, a pesar del dolor que le causan mis palabras. Me alejo para combatir las ganas de besarla, de borrar esa sombra en sus hermosos ojos con mis labios.

—Adiós, Cedric —musita.

Salgo de la alcoba, casi choco contra Maeve, que me mira sorprendida, después preocupada, el tiempo parece detenerse.

—¿Estás bien, Cedric? —Gruño ante su respuesta y me alejo sin responderle, que lo haga su sobrina.

Decido ir hacia las cuadras y salir a galope a lomos de mi caballo. Necesito alejarme porque siento que estoy a punto de romperme en millones de pedazos y que ya no seré capaz de recomponerme de nuevo.

Necesito recorrer el valle que conozco como la palma de mi mano, desde la cima ver todo lo que alcanza mi vista y que pertenece a los MacGregor, que algún día será de Ethan, y entonces, ¿qué me quedará? ¿Vivir relegado a sus migajas? Escucho la voz de Brenda recordándome que todo debería haber sido mío si mi padre le hubiera dado su lugar a mi madre.

¿Cómo hubiera sido mi vida de ser así? Lo único que me pena es que entonces Nessa no existiría, ni Ethan. Posiblemente, seríamos enemigos de los Sinclair, lo que significa que Gillian y yo jamás nos hubiéramos conocido. Pero para tener a todos ellos en mi vida, dos mujeres perdieron la suya, creo que me han arrebatado demasiado.

Me detengo al descender las escaleras porque escucho a mi padre hablar con mi hermano. Hablan sobre el problema de las islas, hace meses que esa zona es un polvorín, no dudo que eso estalle en cualquier momento y tengamos que intervenir. Sé que Maeve se ha negado hasta el momento a que Ethan batalle, pero si entramos en guerra, no habrá nada que pueda hacer por seguir protegiendo a su querido hijo.

—¿De verdad lo crees, padre? —No doy a conocer mi presencia, no me apetece entablar conversación con ellos, y mucho menos que me pidan una opinión que en realidad no desean—. Si el rey nos requiere, tendremos que marchar.

—Si llega ese momento, tu madre no va a tomarlo nada bien —masculla, me río ante lo previsible que son—. Y lo cierto es que no quiero enviar a ninguno de mis hijos a librar una guerra que no es nuestra.

—No puedes impedirlo, padre —rebate mi hermano—. Nos has enseñado bien; si tenemos que marchar, regresaremos sanos y salvos.

Ethan tiene demasiada confianza en sí mismo y en los demás, lo que no sabe es que es algo que no puede asegurar y hacerlo significa mentir y dar falsas esperanzas a los que se quedan atrás. Me marcho porque estoy harto del sentimentalismo de los que me rodean. No le temo a la muerte, nunca lo he hecho, por lo que, si hay guerra, seré el primero en ir sin importarme volver o no, después de todo, no dejo nadie a quien le importe de verdad.

Al salir, me doy cuenta de que ya no tengo donde ir. Brenda ya no existe, siempre acudía a ella cuando todo lo demás era demasiado como para soportarlo, pero ahora no puedo hacerlo. Miro tras de mí al imponente castillo donde nací y me he criado, ¿desde cuándo ya no lo siento como mi hogar? Y lo que es peor, ¿volveré a hacerlo?

—¿Qué haces aquí, muchacho? —Miro a mi lado para ver que la vieja curandera, la cual ha vivido mucho más de lo esperado, se encuentra a mi lado—. ¿Todavía dejas que el pasado te atormente?

—¿De qué demonios hablas? —mascullo—. ¿Te han mandado llamar?

—No —responde—. No debes preocuparte, la muchacha Sinclair es fuerte y joven.

—No me preocupa —espeto a la defensiva, ella me mira como siempre suele hacerlo, como si conociera cada secreto que ocultan las viejas piedras de Dunmara.

—Ayudé a tu madre a traerte al mundo, chico —dice, alzo una de mis cejas interrogante porque no sé dónde quiere ir a parar—. Y te he visto cambiar hasta convertirte en este ser huraño y enfadado con el mundo.

—No sabes nada, vieja —gruño enfureciéndome—. No me conoces.

—Pero tengo ojos y oídos —rebato sin amilanarse—. Veo lo que haces y creo saber por qué, no soy persona que le guste inmiscuirse en lo que no le concierne, pero voy a darte un consejo que no has pedido —me mira con fijeza—. No todo es lo que parece, y no es aconsejable dejarse convencer por una sola versión.

Me tenso, ¿qué es lo que sabe? ¿Acaso conocía la cercanía de Brenda con las tierras MacGregor? De hecho, el bosque donde se ocultó durante años está dentro de nuestro territorio, por eso intenté asegurarme de que nadie pudiera encontrarla con facilidad, eso hubiera significado su muerte inmediata.

—No sé de qué hablas —opto por seguir mintiendo, llevo tanto tiempo haciéndolo que ya es parte de mí—. Creo que tu cabeza ya no funciona correctamente, curandera.

—Desde luego que no —se ríe sin que la haya ofendido mi comentario mordaz—. Sin embargo, me acuerdo de cómo fueron las cosas antes de que tú nacieras, y lo más importante, lo que pasó después. ¿Crees que la gente no sabe que odias a la mujer de tu padre?

—No te metas —siseo conteniéndome, me doy media vuelta dispuesto a marcharme.

—Ella no te quitó nada —me detengo, miro sobre mi hombro enfurecido, aprieto la mandíbula con rabia—. Te lo dio todo. Piensa en ello, muchacho.

# Capítulo 9



*Gillian*

**L**os días se suceden uno detrás de otro. Y hoy por fin voy a bajar a la planta baja para poder comer con los demás, al menos, lo haré en compañía, ya que no me queda mucho tiempo en Dunmara.

—Has recuperado algo de peso, pero no mucho —dice Nessa mientras me ayuda a vestirme, es cierto, los pocos vestidos que traje siguen quedando algo grandes—. ¿Nerviosa?

—¿Por qué iba a estarlo? —pregunto, aparentando indiferencia—. Sois mi familia, no extraños —sonrío para ocultar todo lo que está mal, he mentido, por supuesto, porque siento tantos nervios ante la posibilidad de verlo que mi estomago se revuelve.

—Tu hermano está deseando marcharse. —Asiento—. Creo que necesita demasiada acción —bromea.

—Connor nació para la guerra —respondo asintiendo—. Se parece demasiado a mi padre.

—Ethan siempre quiere demostrar que es igual de bueno en la batalla como Cedric —me tenso al escuchar ese nombre—. Ambos son buenos, pero creo que ninguno es consciente porque siempre compiten.

—Cosa de hermanos —me encojo de hombros, me pellizco las mejillas y cojo aire para darme valor para salir de esta alcoba que ha sido mi refugio estás últimas semanas—. ¿Bajamos?

—Por supuesto —salimos mientras continuamos hablando, recorreremos el pasillo riendo—. Me alegra tanto de verte al fin recuperada.

¿Lo estoy realmente? Es algo que me he preguntado durante días. Según la curandera la enfermedad ha pasado y no ha dejado secuelas, sin embargo, no me siento como yo misma, o tengo mucho apetito o lo pierdo por unas náuseas que van y vienen sin explicación alguna.

—Querida —exclama mi tía Maeve—. Me alegra tanto verte tan repuesta y fuera de la cama —parece emocionada mientras me abraza con sumo cuidado, como si creyera que me puede romper—. Siéntate.

Lo hago en el lugar de siempre, lo que significa que frente a mí se encuentra el hombre que es el causante de todos mis desvelos, de las lágrimas que ya me niego a derramar y de que poco a poco deje de creer en el amor. Ese que he sido testigo de que sí existe por mis padres, por mis tíos, pero que parece negado para mí.

—Qué bueno verte, Gillian —dice mi tío Donnan—. Hemos estado muy preocupados, chiquilla.

Cedric bufa, pero me niego a mirar en su dirección, mi hermano se sienta a mi lado, a mi izquierda lo hace Nessa, Ethan toma asiento al lado de mi tormento personal.

—La curandera me ha dicho que podríamos partir en breve —miro a Connor, está muy serio y no puedo evitar preguntarme si le preocupa algo—. ¿Cómo te sientes tú?

—Bien —me apresuro a sonreír—. No debes preocuparte por mí, podemos regresar en cuanto lo desees.

Asiente complacido, incluso juraría que siento cómo su cuerpo deja de estar en tensión. Hablaré con él en privado más tarde, necesito saber que todo está bien, un nuevo temor crece en mí al pensar que algo pueda suceder en Girnigoe.

Como con gana, todo está delicioso y todo transcurre con tranquilidad, al menos, toda la que puedo sentir teniendo a Cedric frente a mí, puedo sentir su mirada y, aun así, no le sigo el juego.

Una arcada me sobreviene sin que la pueda controlar, lo que he comido abandona mi estómago, cubro mi boca intentando detenerlo, pero me es imposible.

—Gillian —exclama mi hermano, levantándose de su asiento, aparta mi cabello mientras no puedo dejar de vomitar—. Por Dios

santo...

Todo da vueltas a mi alrededor, unos fuertes brazos me levantan y se encaminan conmigo escaleras arriba mientras escucho cómo mi tía ordena que llamen a la curandera. Cierro los ojos y me apoyo en el hombro de Connor sintiéndome agotada de pronto, otra vez no, ruego en silencio temiendo haber recaído.

—Me has mentido —recrimina mientras me deja en la cama—. ¿Por qué?

—No lo he hecho —me defiende en voz baja—. Me encontraba bien, tal vez he comido demasiado o...

—Estás pálida como un cadáver, maldita sea, Gillian —exclama—. No vamos a salir de Dunmara hasta no saber qué demonios te ocurre.

—Gillian —Nessa llega a mi lado preocupada—. Tranquila, seguro que no es nada.

—Claro que no —mis párpados pesan, pero lucho por no cerrarlos, no quiero preocuparlos más—. Lamento lo que ha sucedido.

—No digas tonterías, niña —mi tía entra en la alcoba—. Eso nos puede pasar a cualquiera.

—Salid todos —ordena la vieja en cuanto llega. Mi hermano es el primero en hacerlo, le sigue mi prima, sin embargo, frunzo el ceño cuando Maeve se queda. Antes de que la puerta se cierre, me doy cuenta de que Cedric se encuentra en el pasillo, parece impasible, pero veo algo en su mirada que me niego a descifrar.

La vieja palpa mi vientre, mis pechos, me tenso ante tal escrutinio. Pero todo deja de importar cuando hace la siguiente pregunta.

—¿Desde cuándo no sangras? —enrojeczo hasta la raíz del cabello, y no soy capaz de alzar la mirada porque siento la de Maeve sobre mí—. ¿Muchacha?

—He estado enferma... —intento escusarme, al menos, eso es lo que me he dicho a mí misma en cuanto me di cuenta de que tenía un retraso.

—Y eso no es suficiente motivo —rebate, mirándome con una intensidad que me hace sentir muy incómoda.

—¿Qué has hecho, querida? —Cierro los ojos dejando que las lágrimas fluyan. Mi tía se sienta a mi lado y coge una de mis manos —. ¿Gillian?

La miro, me siento tan mortificada. No quería que nadie más supiera de mi desliz, es un error con el que solo yo quería cargar, pero parece que eso ya no va a ser posible.

—Lo siento —sollozo, me gustaría desaparecer en este momento —. No pensé...

—No llores —me pide con dulzura—. ¿Crees que no te entiendo? No te estoy recriminando nada, pequeña.

—He decepcionado a mis padres —musito intentando controlar el llanto—. Ellos...

Maeve me abraza intentando que me tranquilice, la vieja curandera se mantiene al margen, no opina, no habla.

—Estás de muy poco. —Asiento—. Puede que lo pierdas —esa afirmación duele, no importa lo que mi embarazo signifique, no puedo evitar amarlo.

—No quiero que nadie lo sepa —le imploro a ambas—. No digáis nada, por favor.

—No me compete a mí decirlo —se encoge de hombros—. Pero el padre debería hacerse responsable. No tienes por qué guardar reposo, avisadme si comienza a sangrar.

Sale de la alcoba dejándome sola con mi tía, la cual ahora mira por la ventana pensativa. No puedo evitar sentir que he decepcionado a todo el mundo, que mi error va a tener consecuencias para todos los que amo.

—No vas a poder ocultarlo mucho tiempo —la miro apesadumbrada—. Y casarte para intentar que otro lo críe no es algo que yo vaya a permitir, querida mía. Puede que me odies, pero no voy a dejar que lo hagas, con el tiempo me lo agradecerás.

—No me ama —replico con un nudo en la garganta—. No quiero obligarle a cargar conmigo. No me obligues a vivir de ese modo...

—He estado en tu lugar, Gillian —se acerca, acaricia mi mejilla—. Y mírame ahora —sonríe intentando controlar la emoción—. No fue fácil, no voy a mentirte, pero valió la pena.

—Ni Cedric es su padre, ni yo soy tú —intento convencerla—. Por favor...

—Lo siento —niega alejándose un par de pasos—. No voy a mentir a mi esposo. Espero que puedas perdonarme algún día porque te amo como a una hija, sin embargo, el bebé que ya crece en tu vientre es el nieto del hombre que amo y no voy a arrebatárselo.

Se encamina hacia la puerta, la abre y hace pasar a todos, incluso Cedric obedece. Agacho la cabeza, cierro los ojos y espero que la tormenta estalle a mi alrededor.

—¿Qué te sucede, Gillian? —pregunta mi hermano muy tenso.

—Está embarazada. —El silencio nos envuelve, la calma que precede la tempestad.

—¿Cómo dices? —El primero en hablar es el laird MacGregor, lo hace con frialdad, entre dientes—. ¿Qué demonios has hecho, Cedric? —brama, después escucho una maldición y un golpe seco.

Alzo la cabeza asustada, Connor acaba de derribar al padre de mi bebé de un puñetazo. El cuerpo de mi hermano tiembla, jadea como si no fuera capaz siquiera de controlar su propia respiración. Se enzarzan en una pelea en la que claramente está ganando mi hermano porque su adversario no lucha.

—Basta —vocifera mi tío, él y Ethan intentan separar a Connor de Cedric—. Los golpes no resolverán nada, muchacho.

—Claro que sí —sisea—. Lo voy a matar...

—No puedo dejar que lo hagas —inquieta Donnan—. Es mi hijo. No lo ha hecho bien, pero responderá como un hombre.

—No me digas lo que tengo que hacer —espeta levantándose, el golpe de esas palabras es brutal—. ¿Crees que soy como tú, padre?

—Parece que estás dispuesto a cometer los mismos errores que yo —replica, Cedric aprieta con fuerza sus puños—. Llevas casi toda tu vida castigándonos por la condición de tu nacimiento, ¿dejarás que tu hijo pase por lo mismo? —Nuestros ojos se encuentran por primera vez desde que Maeve ha dado la noticia y todo ha estallado por los aires. En ellos veo resentimiento, ira y dolor, solo consigue que me sienta aún peor.

# Capítulo 10



*Cedric*

Lo primero que he pensado en cuanto Maeve ha dicho que está embarazada es que estaba mintiendo, que era una forma de obtener venganza, tanto de ella como de Gillian. Pero en el momento en que nuestros ojos se han cruzado, he sabido la verdad, me ha golpeado con una fuerza demoledora.

Ya que junto con las palabras de mi padre me han hecho sentir como un miserable que está repitiendo lo mismo que tanto he llegado a odiar.

—Te recuerdo, padre —comienzo a decir con mordacidad, es algo que no puedo evitar hacer, cuando me atacan debo regresar el golpe—, que ni estoy casado, ni he engañado a ninguna mujer.

De reojo veo como Maeve palidece, agacha la cabeza, algo dentro de mí se remueve inquieto, pero me obligo a ignorarla. Ethan intenta abalanzarse sobre mí, pero nuestro padre lo detiene con una de sus manos sin dejar de mirarme en silencio, me pregunto qué demonios le pasa por la cabeza.

—Por favor... —el ruego de Gillian llama la atención de todos, solo Nessa se ha acercado hasta ella para consolarla—. No quiero esto, no quiero que obliguéis a Cedric a hacer nada.

—Pero ¿qué dices, Gillian? —pregunta su hermano, mirándola como si estuviera loca—. Te ha arrebatado tu inocencia y...

—No hizo tal cosa —interrumpe con firmeza—. La entregué de buen grado, él no me obligó. Sabía lo que hacía y las consecuencias que pudiera tener no las pensé, por lo cual veo justo que sea yo lo única que sufra por ello.

—Las cosas no funcionan así, muchacha —dice mi padre derrotado—. Sé que no quieres que esto pase de este modo —

asiente—. Pero es lo mejor, debéis pensar en el bebé.

Me río porque no puedo evitarlo, atrayendo las miradas de nuevo hacia mí. La situación me parece tan surrealista, que sea precisamente quien dé lecciones es ridículo, aunque en el fondo sepa que tiene razón.

—Ninguno me habéis dejado hablar —inquiero, mirándolos uno a uno—. Todos dais por sentado que no voy a hacerme cargo. —Ahora mis ojos se encuentran con los de Gillian—. Pero estáis equivocados. Mi primer pensamiento ha sido precisamente cumplir con mi obligación para que mi hijo no sea un bastardo como yo.

El silencio tras mis palabras es demoledor. Todos los ojos puestos en mí menos los que de verdad me importan; suplico en silencio que me mire, a pesar de la rabia que siento al verme acorralado, no puedo darle la espalda a mi hijo.

—Nos casaremos —sentencio.

—No —exclama, alzando la voz—. No pienso casarme contigo y nada ni nadie va a obligarme a ello.

—¿Me estás retando? —pregunto—. Deja de pensar en lo que tú quieres y de comportarte como una niña. Nos casaremos mañana.

—¿Sin siquiera hablar con mis padres? —cuestiona irónica—. Ni hablar.

—Está aquí tu hermano —rebato—. Con eso es suficiente.

—Avisaré a los Sinclair —interviene mi padre— En cuanto lleguen, os casareis.

Se marchan uno por uno, hasta que solo quedamos Gillian y yo en la alcoba. Se levanta de la cama sin mirarme, me fijo en su cuerpo, nada parece haber cambiado y, sin embargo, en su vientre crece mi hijo, un ser inocente que no tiene culpa de todo lo que llevo guardado dentro, de mi incapacidad para perdonar y amar libremente.

—No creas que la llegada de mis padres me hará cambiar de opinión, Cedric —me dice acercándose—. Tú no quieres casarte conmigo, ni yo contigo.

—Poco importa —me encojo de hombros, intentando mostrar una indiferencia que no siento—. Mi hijo no será un bastardo como yo.

—Esa es tu excusa para todo, ¿verdad? —ataca—. Nadie más que tú te llama así. Eres el único que pones esa barrera. —Parece tan derrotada, el Cedric de hace años la hubiera abrazado—. ¿Hasta cuándo?

—Moriré siéndolo, Gillian —replico mientras me encojo de hombros—. Es algo que aprendí a temprana edad. Intentar ocultarlo o no llamarlo por su nombre no va a hacer que las cosas cambien. ¿No crees?

—No quiero vivir contigo —dice exasperada—. No quiero marchitarme al lado de un hombre al que no le importo, uno que permite que el rencor lo domine, mucho menos quiero que mi bebé crezca.

—¿Crees que le haría algún daño a mi propio hijo? —pregunto, el simple hecho me horroriza, y que ella lo piense, que dude de mí en ese aspecto también.

—Tú mismo has dicho que no sabes amar —rebate—. Hay tienes tu respuesta. Por favor, déjame sola. Quiero descansar.

Sé que lo mejor, lo más prudente, sería hacerlo. Está embarazada, ha estado muy enferma, además, sus padres siguen lejos y ya puedo imaginar cómo van a reaccionar. Si Malcom Sinclair no me mata, será casi un milagro. ¿Lo tengo merecido? Puede, no debí tocarla. ¿Me arrepiento? No, no lo hago, aunque nunca lo reconozca en voz alta.

Podría decir muchas cosas, discutir hasta destrozarnos, pero decido obedecer y salgo de la habitación con paso lento, siento que mi cuerpo pesa mucho más que hace una hora cuando todavía no sabía que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Lo que no esperaba encontrar es a Ethan apoyado en la pared de enfrente de la alcoba de Gillian. Parece muy tranquilo, pero lo conozco, sé que está furioso conmigo y que me haya esperado es buena prueba de ello.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunto.

—¿Tenías que utilizarla a ella hasta ese punto? —sisea, alzo una de mis cejas—. Gillian no es culpable de nada, Cedric.

—Nunca he dicho lo contrario —me encojo de hombros—. ¿Por qué te importa, Ethan? Ya he dicho que voy a responsabilizarme...

—Y ese es el maldito problema —exclama—. Para ti es una obligación y mi prima se merece ser una elección, ¿lo entiendes?

—Qué bonito —me burlo, gruñe en respuesta—. Siempre has sido el romántico de los dos.

—¿Te parece gracioso? —me empuja—. ¿No has visto su cara, la tristeza en sus ojos? ¿No podías saciar tu calentura con otra, maldito imbécil?

—Cuidado, hermano —adviento—. Sabes lo que pase si tensas demasiado la cuerda. Harías bien en no meterte en asuntos que no te conciernen.

—Gillian es mi prima, hemos crecido todos juntos —se defiende—. Sabes que no te temo, Cedric. Si tenemos que pegarnos, lo haré, pero quiero dejarte algo muy claro. Si la haces sufrir...

—¿Qué? —devuelvo el empujón—. ¿Vas a ir corriendo a decírselo a padre? —me burlo recordando las veces que de pequeño sí lo hizo—. Va a ser mi esposa, en su vientre crece mi hijo, harás bien en recordarlo en el futuro.

Pasa por su lado para marcharme, dando por terminada esta absurda discusión.

—No la mereces —grita deteniendo mis pasos—. Ella te ama, siempre te ha amado.

No digo nada, pero podría. Sigo mi camino alejándome de sus reproches, discutir con él hasta acabar a puñetazos no es algo que vaya a resolver mi dilema.

Tiene razón, no merezco ni el amor de Gillian, ni tener un hijo, ni formar mi propia familia, cuando he renegado de la que me ha criado.

# Capítulo 11



*Gillian*

Cuando se marcha, me acurruco en el lecho y lloro por todo. Por la libertad que voy a perder, por el miedo de saber que dentro de unos meses una persona va a depender completamente de mí y de un hombre incapaz de amar, al menos a mí.

También lo hago porque sé que mis padres se van a llevar una decepción. ¿Cómo voy a mirarlos a la cara después de esto? Espero que no hubieran dado su palabra a ningún otro clan, no podría soportar ser la causante de una guerra después de todo lo que durante años ha hecho mi padre por conseguir la paz.

—Tengo miedo... —musito a la nada, mis manos se posan sobre mi vientre plano—. ¿Por qué me has escogido como madre?

Mi mayor temor es no saber cuidarlo como corresponde. Peor aún, que Cedric no sea capaz de amarlo, si ya me duele su desprecio para conmigo, si alguna vez osa hacer sentir a nuestro hijo o hija que no es querido, yo misma me iré de su lado sin mirar atrás.

Intento imaginar el futuro que tengo por delante y solo veo soledad. ¿Podré soportarlo por el bien de mi bebé? Siempre me he considerado una mujer valiente, pero no él lo que a Cedric respecta. Estaba dispuesta a marcharme y no regresar jamás a Dunmara para no verlo, tenía decidido aprender a vivir sin él y ahora me veo obligada a unir mi destino al suyo por un momento de locura.

—¿Gillian? —Me giro para mirar hacia la puerta, mi tía entra y cierra—. Ten, asentará tu estómago y templará tus nervios.

—Gracias —me incorporo, limpiando las lágrimas de mi rostro, pero no pasa desapercibido para los ojos de Maeve, que me mira

preocupada.

—Sé que ahora lo ves todo negro —dice sentándose a mi lado mientras me tomo lo que me ha traído—. Pero si el destino tenía esto preparado para vosotros es por algo.

—Pues que cruel —musito—. Unirme a alguien que no me ama...

—Creo que te equivocas —la miro extrañada—. Hay dos personas a las que Cedric no puede odiar, una es Nessa y la otra eres tú. No importa lo que él diga o haga para obligarse a alejaros, eso no va a cambiar por mucho veneno que... —se calla, sin embargo, ya es demasiado tarde y no voy a dejarlo pasar.

—¿A qué te refieres, tía Maeve? —pregunto—. Por favor, no me ocultes nada. Voy a ser su esposa y necesito saber todo lo que pueda ayudarme a llegar hasta él.

—He guardado el secreto durante más de una década —comienza a decir con pena, una que estruja mi corazón—. He mentido a mi esposo, pero no podía arrebatárselo de nuevo a una persona a Cedric por muy mala que esta fuera. Cuando su madre murió, poco después, la mejor amiga de Lisset intentó matar a Ethan y Donnan la desterró.

Jadeo horrorizada, algo había escuchado a lo largo de los años, porque no se destierra así como así a alguien de un clan. Su crimen tiene que ser proporcional a tal castigo.

—Todos pensamos que se había ido lejos, tal vez vuelto con su familia. —Asiento para animarla a seguir porque me doy cuenta de que le cuesta revivir esos momentos—. Pero no fue así. Esperé cerca hasta que Cedric cumplió los diez años —sentencia, algo se rompe en mi interior porque recuerdo muy bien que fue esa época en la que empezó a cambiar.

—Ella... —Asiente interrumpiéndome—. Maldita sea.

—Podría haberla detenido, ¿sabes? —cuestiona sonriendo con tristeza y arrepentimiento—. Cuando me di cuenta ya era tarde. Cedric la necesitaba, ya me odiaba, y yo... —Cubre su rostro con sus manos para ocultar el dolor.

—No querías ser la responsable de que la mataran y que él te odiara más. —Asiente—. ¿Dónde está?

—Ha muerto —responde cuando se tranquiliza—. No hace mucho. Pero durante años se ha encargado de esparcir su veneno, Cedric se ha ido alejando y cerrando a nosotros, sin embargo, desde su muerte, supe que todo estallaría.

—Entonces, la culpable de que yo haya perdido al amor de mi vida es esa perra —siseo enfurecida—. Durante años lo ha envenenado con a saber que cuentos, y lo hemos pagado las personas que lo amamos.

—Es mi culpa —susurra—. Si no hubiera callado... Pero Donnan la hubiera matado, era la única persona que conocía a Lisset y no quise arrebatárselo eso también.

—Puedo entenderlo, pero ha sido un precio demasiado alto, tía —replico—. Ahora espero un hijo suyo y temo que su rencor sea demasiado...

—O puede ser su salvación —rebato—. ¿No lo crees posible?

—Antes pensaba que mi amor sería suficiente para salvarlo, pero nadie puede ser salvado si no quiere, y yo me he cansado, cada intento ha sido una herida difícil de cerrar.

—Lo comprendo —dice, cogiendo una de mis manos entre las suyas—. Muchas veces estuve a punto de rendirme con tu tío, de hecho, lo hice. Volví a Girnigoe embarazada de Ethan con el firme propósito de no regresar, lo hice porque era lo que debía, el precio fue alto, pero la recompensa mereció la pena.

—Duele demasiado —digo asustada—. Tengo miedo —reconocerlo en voz alta ha sido liberador, hacerlo con alguien más vergonzoso.

—Claro que tienes miedo, mi niña —acaricia mi cabello—. Pero no estás sola. Nos tienes a todos nosotros, los cambios aterran, aunque algún día volverás la vista atrás y sonreirás ante lo que has conseguido.

Me siento algo más tranquila y las náuseas me han dado una pequeña tregua, por lo que Maeve me deja sola para que duerma un poco y recupere fuerzas.

En cuanto se va, cierro los ojos y me abandono al sueño reparador con la esperanza de que, al despertar, pueda encontrar la solución a todos mis temores.

\*\*\*

Al despertar, me encuentro bien, así que decido bajar al salón, permanecer encerrada no va a hacer que todo lo ocurrido desaparezca.

Al primero que veo es a mi hermano, y me mira tan decepcionado que me siento morir. Puede que últimamente nos hayamos distanciado porque no respetaba mi decisión de luchar por alguien que, según él, no lo merece, sin embargo, hemos crecido juntos y lo amo.

—¿Estás bien? —pregunta, intentando sonar indiferente.

—Sí —asiento—. Todo lo bien que puedo estar teniendo en cuenta la situación.

—Ya he enviado la carta a nuestros padres —informa sin mirarme—. No creo que tarden. No me sorprendería tenerlos aquí mañana.

Asiento intentando que los nervios no hagan mella en mí de nuevo. Cruzaré ese puente cuando llegue la hora, y rezo para que estén lo suficiente calmados como para escucharme.

—¿Por qué él? —cuestiona mientras observa por una de las ventanas, sus manos a la espalda esperando mi respuesta.

—Ya lo sabes —replico acercándome—. Siempre ha sido Cedric. Y aunque me hubiera casado con otro, mi corazón le pertenecerá hasta que muera. No importa qué haga o diga, no importa si no lo quiere, si no me quiere a mí. Es algo que no puedo cambiar.

—¿Cómo voy a dejarte aquí sabiendo que no vas a ser feliz? —me pregunta, mirándome atormentado—. Eres mi hermana pequeña, debí cuidar mejor de ti, protegerte, pero...

—Por el amor de Dios, Connor —exclamo—. No me ha violado. No me forzó, ¿de acuerdo? Yo lo quería, no has fallado en absoluto, por lo que no quiero que cargues con una culpa que no es tuya.

—No estoy preparado para verte como una mujer casada y con un hijo —replica—. Siempre serás esa niña que correteaba detrás de mí.

Me río ante los recuerdos que sus palabras traen a mi mente. Mi infancia ha sido muy feliz, he crecido junto a personas que me han demostrado su amor incondicional, y ahora, ¿se supone que debo conformarme con menos?

—He crecido, Connor —digo—. Tú también te casaras y tendrás hijos que pienso consentir, por cierto —bromeo.

—De eso ni hablar —espeta, los dos reímos—. ¿Cómo piensas hacerlo si ya no estarás en Girnigoe? Jamás imaginé regresar sin ti.

—Por el contrario, yo siempre supe que mi lugar estaba en Dunmara o en cualquier otro sitio donde estuviera Cedric.

—Sabes que, si él te amara, nada más me importaría, ¿verdad? —cuestiona, asiento con un nudo en la garganta—. No importa lo que se empeñe en decir y demostrar, sigue siendo mi primo, crecimos todos juntos, puedo perdonárselo todo, menos si sigue haciéndote daño.

—No puedes protegerme eternamente —le digo con cariño—. Libraré mis propias batallas y me esforzaré por vencerlas.

—Por supuesto que sí —asiente—. Eres una Sinclair, no me cabe la menor duda. Pero, mientras tanto, odio saber que vas a sufrir. No importa lo que suceda, si sientes que no puedes más, manda llamarme y vendré por ti.

—No será fácil, pero conseguiré ser feliz con Cedric o sin él —decido, debo comenzar a pensar de ese modo, a creerlo, o no seré capaz de afrontar lo desconocido que la vida me tiene reservado.

—Me complace escucharlo. —Ambos nos giramos para ver entrar a Cedric, cabello despeinado y cara enrojecida por el aire gélido del invierno escocés—. Al menos, los dos pensamos lo mismo.

—MacGregor —advierde Connor, ambos se retan en silencio, solo se miran, pero no dudo que sean capaces de comunicarse—. Cuidado.

—¿Ya no soy Cedric? —se burla—. Primo, vas a romperme el corazón.

—Por el momento, te he golpeado la cara —continúa él retándolo, mientras sonrío con suficiencia. Es cierto, el pómulo lo tiene morado y el labio partido. Mi hermano no está mucho mejor—. Y puedo arrancar tu negro corazón si la haces llorar de nuevo.

—Cuanta agresividad —niega sin sentirse amenazado—. Puede que sea un bastardo, que no quiera esta boda, pero ambos sabéis que jamás la golpearé.

—Hay palabras y acciones que duelen mucho más —musito, dos pares de ojos me miran, Connor dividido entre el deber y su amor por mí, Cedric con hastío.

# Capítulo 12



*Cedric*

**H**e conseguido calmarme lo suficiente como para regresar al castillo. Lo que me ha sorprendido es la conversación que he escuchado tan sentimental por parte de Connor y Gillian.

Siempre lo he sabido, son muy cercanos, mucho más que Ethan y yo, al menos, desde que comencé a alejarme de todos.

Y, sin embargo, no he podido evitar sentir celos, de su cercanía, de que sean capaces de hablar sobre lo que sienten sin tapujos, y peor aún, de mostrarlo. Aunque escuchar a Gillian tan decidida a seguir su vida conmigo o sin mí no me ha gustado en lo absoluto, suena egoísta, y lo soy, no niego mis defectos.

—Cierto —concedo, adentrándome más en el salón—. Pero así son las cosas —me encojo de hombros, me sirvo un whisky que quema mi garganta—. No podemos cambiar el hecho de que estás preñada, y de que soy el padre.

—Por desgracia —escupe mi primo, me mira con autentico odio, algo que nunca había sucedido. Crecimos juntos, soy el único responsable—. Si tuvieras honor no le habrías puesto las manos encima, y el la única razón por la que todavía las conservas es porque no quiero que mi sobrino o sobrina tenga un padre manco, además de ser incapaz de amar incluso a los de su propia sangre.

No hay duda de que sabe golpear donde más duele. Que utilice al bebé que crece en el vientre de Gillian me parece muy rastrero, pero no digo nada, está utilizando mi táctica y pienso seguirle el juego.

—Perdería todo mi encanto, desde luego —replico irónico, Gillian bufa y rueda los ojos, Connor sisea.

—Deja de molestarlo —me reaccrimina mi futura esposa—. ¿Por qué para ti todo es una batalla?

—Sería muy aburrido si no lo fuera, Gillian —le respondo, perdiendo la sonrisa—. ¿Por qué para ti todo es un drama?

—Maldita sea, deja que le parta las piernas —escupe Connor, mascullando, a su hermana, pero suficientemente alto para que yo lo escuche.

—Inténtalo —le reto, no comprendo por qué algo en mi interior me empuja a retarlo, supongo que el dolor físico alivia el que no se ve, pero está ahí constantemente—. Vamos, primo —insisto cuando no se mueve.

—Basta, Cedric —Ethan y mi padre aparecen—. ¿Todavía tienes más ganas de que te golpee?

—Ahora ni siquiera me rozaría —me jacto, mi padre niega con la cabeza como si me diera por perdido, mi hermano se detiene a mi lado de brazos cruzados.

—¿Apostamos? —pregunta sorprendiéndome.

—Ethan —reprende nuestro padre—. Tengamos algo de paz, por favor. En cuanto lleguen los Sinclair, esto va a ser una batalla campal.

Se sienta frente al fuego, sus dedos aprietan el puente de su nariz, por primera vez me permito observarlo con atención. ¿Ese cabello blanco en las sienes estaba ahí hace mucho? La realidad me golpea, mi padre no será eterno, al igual que nosotros hemos crecido, ellos han envejecido, al menos, han tenido la oportunidad. Mi madre y Brenda no la tuvieron.

—Si tanto le temes, puedo ir yo a Girnigoe. —Doy un paso al frente, me mira, lo hace con cansancio—. Soy yo quien debo asumir toda la culpa y la responsabilidad.

—Estaba ahí. —Gillian da un paso al frente llamando nuestra atención—. Por favor, deja de comportarte como un mártir, me agotas.

Escucho cómo Ethan contiene una carcajada, Connor ni siquiera lo intenta, observa a su hermana orgulloso. Mi padre nos mira; primero a Gillian, después a mí, y soy incapaz de adivinar lo que está pensando en estos momentos.

—Espero que no se lo pongas fácil, muchacha. —Miro a mi padre sorprendido—. Si lo haces, pasará por encima de ti. No permitas que jamás te pierda el respeto, no me obliguéis a intervenir en vuestro matrimonio.

—¿De parte de quién estás, padre? —pregunto enfadado.

—Del tuyo —responde sin dudar—. Del vuestro, en realidad. Si sigues por este camino, vas a perderla, y lo que es peor, a tu hijo o hija no nacido. Piensa antes de abrir esa boca que tienes más afilada que tu espada.

—Qué bien, estáis todos aquí —dice Maeve al entrar acompañada de mi hermana—. ¿A que no sabéis qué he estado haciendo? —pregunta animada.

—Hemos buscado cosas para el bebé —se adelanta mi hermana con su acostumbrada impaciencia—. Todo lo que tenemos de cuando éramos niños.

Gillian sonrío, le brillan los ojos. Intenta contenerse, pero sé que está emocionada. Cómo me gustaría poder disfrutar igual que ella, de fondo escucho a los demás parlotear, acaban sentados alrededor del fuego y, como siempre, yo no lo hago. Pero algo es distinto en esta ocasión, alguien coge mi mano y tira de mí obligándome a unirme a ellos.

No es otra que Gillian, y me doy cuenta justo en este momento que siempre lo ha hecho, incluso cuando éramos unos niños. Cuando comencé a alejarme, ella insistía una y otra vez, no se daba por vencida, haciendo que fuera yo quien diera su brazo a torcer, hasta que crecí lo suficiente, y el odio conmigo para crear unas murallas insalvables a mi alrededor.

—¿Qué siente al ser abuelo tan joven, padre? —Me tenso ante la pregunta de mi hermana, sé que no existe malicia en ella, aun así, no puedo evitarlo.

—No soy tan joven, pequeña —le sonrío con dulzura—. Me alegra, pero me haría completamente feliz saber que va a nacer dentro del matrimonio y con unos padres que se aman.

Intento contener la risa, no lo consigo, por lo que atraigo todas las miradas sobre mí. A veces, dudo de si mi padre es consciente de todo lo que dice o su mente olvida lo que él hizo en su juventud.

—¿Tienes algo que decir, hijo? —pregunta, mirándome fijamente.

—Mucho, sin embargo, no lo voy a hacer —replico—. No quiero perturbar esta paz familiar —me burlo.

—Lo haces con tu simple presencia —masculla Ethan.

—Silencio —reprende su madre—. No digas una palabra más.

—No es necesario que me defiendas, Maeve. —Hace mucho que dejé de llamarla madre—. Deja que hable, me interesa mucho la opinión de mi hermanito.

Casi puedo escuchar cómo chirrían sus dientes. Gillian, sentada a mi lado, me pisa el pie con saña para llamar mi atención, la miro con el ceño fruncido, ella me devuelve el gesto dejando claro que no le gusta mi comportamiento.

—Acostúmbrate, esposa —susurro en su oído, sonrío al ver cómo se estremece.

—Todavía no lo soy —rebato entre dientes mientras se niega a mirarme, no me hace falta para saber que su cuerpo reacciona a mi cercanía sin necesidad de tocarla siquiera, mentiría si dijera que eso no me complace sobremanera—. Y si por mí fuera, no lo sería jamás.

Pierdo la sonrisa poco a poco, no me ha gustado nada su último comentario. Me doy cuenta del silencio que nos envuelve, todos nos observan a la espera de mi estallido, por lo que me controlo como puedo, aprieto los puños con fuerza mientras muerdo mi lengua con saña hasta probar el sabor de mi sangre.

—Va a ser divertido —exclama mi hermana—. Me encanta que Gillian sea capaz de cerrarte esa boca que tienes, hermanito.

—¿Podemos pasar un rato en familia sin discutir? —la pregunta de su madre hace que mis hermanos dejen de intentar enfurecerme.

Todos hablan y yo, como siempre, me mantengo al margen y dejo que todo los recuerdos con Brenda reafirmen mi decisión, y reconstruyan la coraza que en ocasiones parece resquebrajarse. Gillian, a mi lado, parece muy animada, me recuerda a la niña con la que corría por todo Dunmara en las semanas de verano que solía visitarnos. Hasta que todo cambió y me di cuenta de que no podía permanecer a su lado porque mis sentimientos habían cambiado y eran demasiado fuertes.

La hora de la cena llega y la sirven tras la orden de la señora de Dunmara. No me pasa desapercibido cuando Gillian comienza a jugar con la comida en su plato, incluso cambia su forma de respirar, bebe, pero no siento que mejore su estado.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja para no alertar a los demás.

—Sí —replica, de inmediato, tensando su espalda—. Deja de mirarme, me pones nerviosa.

—No me mientas —siseo—. Parece que estás a punto de...

No me da tiempo a terminar de hablar cuando vacía su estómago de nuevo. Soy yo quien aparta su cabello y la sujeto para que no caiga de su asiento. Cuando todo pasa, parece agotada, la cojo en brazos y la llevo hasta su alcoba con Maeve y Nessa tras de mí.

—Niña, tumbate. —Muerdo mi lengua de nuevo para no decir nada—. Las náuseas son lo peor, y las tuyas han comenzado muy temprano.

—Pero me encontraba bien —se queja cuando la tumbo, cierra los ojos, pálida y sudorosa—. Pero el olor de la comida...

—¿Quieres decir que vas a vomitar cada vez que huelas algo para llenar el estómago? —pregunto incrédulo.

—No —resuelve Maeve—. Se le pasará. Los primeros meses son los peores.

Nessa regresa poco después con unos paños húmedos y agua para que beba. Me siento impotente y culpable porque es mi hijo quien la enferma. ¿Será algo normal como dice Maeve? ¿O realmente algo no va bien?

—¿No sería mejor llamar a la curandera? —pregunto, intentando no parecer muy preocupado.

—He dado a luz dos veces, Cedric —replica sonriéndome—. ¿Crees que pondría en riesgo a mi propia sobrina?

—No eres curandera —insisto—. ¿Por qué debemos dejar que sufra?

# Capítulo 13



*Gillian*

—  
**N**o me estoy muriendo —exclamo—. Deja de hablar como si no estuviera —recrimino—. No hagas como si te importara lo que me pase.

Me encuentro muy mal, pero detesto que Cedric quiera aparentar una preocupación que no siente. No necesito sus mentiras, prefiero sus verdades dolorosas a que se comporte como alguien que no es, y me haga mucho más difícil aprender a vivir con él a mi lado, pero sin ser mío.

—No estoy fingiendo nada —se defiende—. Solo digo que sería mejor que alguien que sabe te revisara.

—Si mi tía dice que es normal, tengo más que suficiente —escupo—. Si no quieres ver cómo vomito, puedes marcharte.

Lo escucho blasfemar y decir algo en voz baja que no entiendo. Poco me importa, ahora lo único que necesito es conseguir que todo deje de dar vueltas a mi alrededor. Los paños de agua fría me alivian, pero no lo suficiente, respiro intentando calmarme, cierro los ojos y me dejo cuidar, tratando de obviar su presencia, la cual lo hace todo más complicado.

—¿Mejor? —pregunta mi tía, asiento sonriendo porque se le nota muy preocupada—. Me alegro. Deberías probar a tomar aunque sea un caldo ligero, ¿qué te parece?

Asiento, se marcha dejándome sola con Cedric, que no se ha movido de su sitio en ningún momento, a pesar de que nadie le hablaba. No entiendo por qué su sola presencia consigue ponerme a la defensiva, en el pasado hubiera estado encantada, mas ahora, sabiendo cómo piensa y siente, lo único que deseo es tenerlo lejos.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunto en voz baja—. Estoy bien.

—¿Dónde debería estar según tú? —cuestiona de vuelta sin responderme.

—No sé —me encojo de hombros—. Pero no conmigo.

—Esa ya no es una opción —dice—. ¿Podrás comportarte como una adulta? Mi hijo necesita una madre, no una compañera de juegos.

Le miro furiosa, si tuviera las fuerzas necesarias, me abalanzaría sobre él y le dejaría saber lo que pienso de semejante insulto.

—Fuera de aquí —siseo temblorosa—. No necesito tus ataques, no necesito nada de ti. No parece comprender que ahora soy yo la que no quiere tenerte detrás todo el día.

—Pues tienes un problema —replica con aparente calma—. Yo llevo años diciéndotelo y no me has hecho caso, ¿por qué debería hacer lo que me pides ahora?

—¿Es una especie de venganza? —cuestiono entre dientes—. Deberías hacerlo porque tu sola presencia me enferma, al menos, podrías pensar en tu hijo —lo veo palidecer, da un paso hacia atrás, sonrío complacida al ver que mi golpe bajo ha funcionado—. ¿Serás capaz de pensar en alguien que no seas tú mismo, Cedric MacGregor?

—¿Me estás llamando egoísta? —espeta—. Ya me has sentenciado, Sinclair. Das por hecho que no voy a ser un buen padre para tu hijo.

—Sabes que lo eres —inquiero dispuesta a soltar todo lo que me he guardado durante años por no hacerle daño—. No eres capaz de darles la espalda del todo a tus padres. —Se tensa y me mira con furia—. Prefieres mortificarlos, hacer de su vida un infierno. Disfrutas humillando a mi tía, cuando te ha criado con amor y sin distinción alguna respecto a sus hijos —cojo aire—. Mis primos, tus hermanos, los cuales no te cansas de alejar, incluso a Nessa. ¿Los odias? Entonces, márchate de Dunmara —exclamo airada—. Pero déjales vivir en paz.

—No sabes nada —alza la voz, las venas de su cuello parecen a punto de estallar—. Nunca podrás comprender...

—Comprendo demasiado —interrumpo cansada de que se haga el mártir cuando nadie jamás le ha hecho sentir diferente—. Sé que una desgraciada corrompió la mente de un niño de diez años, que era todo amor y bondad hasta convertirlo en lo que tengo frente a mí —escupo con rabia, con odio hacia la maldita que me lo ha arrebatado, abre los ojos sorprendido—. Una loca resentida que ha contado su versión a conveniencia y aun estúpido que ha preferido creer que preguntar.

En algún momento me he levantado de la cama para hacerle frente. Me mira incrédulo, dolido y furioso, su mano vuela hasta rodear mi cuello, pero no lo hace con fuerza, sé que no va a apretar y que mi vida no corre peligro alguno.

—No oses mancillar la memoria de Brenda —sisea muy cerca de mis labios, nuestras miradas batallando—. ¿Quién demonios te lo ha contado?

—Maeve —replico, me suelta y retrocede como si lo hubiera golpeado—. Sí, esa mujer que consideras peor que el demonio ha guardado tu secreto durante años, a pesar de que la estabas destrozando.

—Mientes —escupe—. ¿Por qué lo haría?

—Porque te amo —los dos miramos hacia la puerta, mi tía ha llegado con el caldo que había ido a buscar—. Porque no podía arrancarte a otra persona de tu lado.

—¿Desde cuándo? —le pregunta.

—No mucho tiempo después —responde cerrando la puerta—. Lamento su muerte.

—No mientas —le grita, Maeve no se inmuta—. ¿No te cansas de fingir?

—Nunca lo he hecho —dice, dejando el plato en la mesa—. ¿Crees que mis sentimientos por ti son fingidos, Cedric? Puede que no hayas nacido de mí, pero tenías unos pocos meses cuando comencé a amamantarte. Te sostuve entre mis brazos y muy pronto me robaste el corazón —se emociona, aunque intenta contenerse—. Cuidaba de Ethan y de ti con todo mi amor...

—Me odiabas —sisea, me tenso al ver que se acerca a ella—. Fui la razón por la que huiste a Girnigoe y casi te casas con otro estando

embarazada de mi padre —añade—. ¿Crees que no lo sabía? Detestabas mi existencia, ¿verdad? Y odiabas a mi madre por ser la amante de tu esposo.

—Tienes razón —la miro horrorizada—. Era una joven que se había casado con un desconocido porque la primera vez que lo vio se enamoró de él, aunque intenté ocultarlo fingiendo que lo hacía para ayudar a mi hermano y lograr la paz entre los clanes.

—Pobrecita —se burla—. ¿Debo sentir lástima?

—No quiero tu lástima, sino tu comprensión —rebate—. Tu madre ya era amante de Donnan, por supuesto, no lo sabía, ingenua de mí, pensé que eso terminaría después de casados. No lo hizo, para tu padre, yo era un mal menor para conseguir un fin. —Está llorando y a mí me parte el alma.

—Tía... —alza una mano para acallarme.

—Necesito decir esto —me dice, asiento—. No sé cómo llegamos a una tregua, a un pacto. Accedió a ayudar a mi hermano cuando lo secuestraron a cambio de que yo le diera un heredero. Ninguno de los dos sabíamos que tú ya existías. Cuando terminó el año de nuestro matrimonio, decidí que no podía vivir en un lugar donde no se me respetaba, si no lo hacía mi esposo, ¿quién lo iba a hacer? —intenta sonreír sin conseguirlo—. Me fui, porque no soportaba verte. Me recordabas a mí misma, ¿sabes? Yo también soy hija bastarda y pasé toda mi vida cargando con ello. Vi cómo mi hermano tenía que defenderme con los puños cada vez que me faltaban al respeto, cómo muchos intentaron volverlo en mi contra, otros se jactaban de que era un alivio que fuera mujer o hubieran tenido que obligarnos a luchar por el puesto de laird.

Sollozo al ver el dolor que esos recuerdos producen en ella. Y me duele saber que mi padre tuvo que luchar contra todo eso siendo apenas un niño. ¿Por qué mi abuelo lo permitió? No lo conocí, pero si ahora lo tuviera delante, le diría unas cuantas verdades.

—Así que perdóname si no quería eso para mi hijo —limpia sus lágrimas—. Si no quería convivir con un niño inocente al que temía odiar, preferí huir, darle la espalda a lo que sentía por tu padre para evitar más sufrimiento.

—Pero él fue por ti —dice en voz baja—. Fue por ti y echó a mi madre como un perro porque tú se lo exigiste.

—¿Qué mujer querría vivir bajo el mismo techo que la amante del hombre que ama? —cuestiona—. Nunca imaginé que tu madre moriría tan joven, Cedric. A pesar de todo, no deseaba su muerte, debes creerme.

—Murió sola, despreciada en una maldita cabaña —replica—. ¿Por qué crees que enfermó? —cuestiona con rabia—. Brenda decía que hacía muchísimo frío. La condenaste a muerte.

—Eso es injusto —me quejo, me mira de inmediato—. Nadie tuvo la culpa. Pudo haber enfermado viviendo en el castillo si su destino era ese...

—¿Qué sabes tú de su maldito destino, Gillian? —pregunta, gritándome enfurecido—. ¿Puedes asegurarme que mi madre hubiera muerto de cualquier modo, o seguiría con vida a mi lado?

—Cedric, lo que sucedió fue una tragedia —intento que se calme, que entienda la postura de mi tía, que implora en silencio un perdón que dudo vaya a recibir.

# Capítulo 14



*Cedric*

**L**a rabia me domina, Maeve intenta escusarse de cualquier manera para conseguir mi perdón, uno que no pienso darle, tendrá que vivir con ello hasta el día de su muerte o de la mía, depende de quien se reúna primero con su creador.

Y que Gillian la apoye es algo que tampoco pienso perdonarle.

—Tú no te metas —le espeto—. Tú tienes madre, no sabes lo que significa crecer sin ella.

—Tienes razón —asiente—. He tenido la suerte de crecer junto a ella, de tener unos padres que me aman. Pero tú también. —Ruedo los ojos—. Puede que no tengas la sangre de Maeve por las venas, pero no me cabe la menor duda de que te quiere como si fueras su hijo. ¿No puedes tú quererla como si...?

—Jamás —interrumpo, el sollozo de Maeve debería conmoverme, pero no me lo permito, imagino cuántas veces lloró mi madre, sé cuántas lo hizo Brenda y a nadie le importó.

—No lo espero —su voz tomada por el dolor—. Solo quería que supieras la verdad con la esperanza de que seas capaz de ser feliz al lado de Gillian. No quiero que ella pague por mis errores, centra todo tu odio en mí, pero, por favor, deja de hacerle daño a tu padre y hermanos. Yo soy la única culpable.

Se marcha, sale de la alcoba como un alma en pena.

—¿Vas a dejarla marchar después de todo lo que sabes ahora? —pregunta mi futura esposa.

—Solo he escuchado mentiras y excusas —espeto—. No tengo nada que decirle.

—No puedo creer que te haya amado toda mi vida. —La miro, agacha la cabeza—. ¿Cómo he podido querer a un ser sin alma?

—Hablas en pasado... —camino hasta ella—. ¿Quieres decir que ya no sientes nada por mí, Gillian?

—¿Cómo podría amarte? —replica, aprieto con fuerza la mandíbula—. ¿Cuántas veces me has despreciado, Cedric? ¿Cuántas me has alejado como si para ti fuera prescindible? ¿Me amas...?

Guardo silencio porque no puedo hablar. No tengo respuestas claras para ella, por lo que lo único que puedo ofrecerle es esto; mantenerme callado mientras nos observamos como adversarios, y siento la necesidad imperiosa de demostrarle algo, de dejarle claro que sus palabras no significan nada. Y permito que esa necesidad me guíe, me apodero de sus labios, a pesar de que lucha contra mí, poco después es ella la que corresponde con la ferocidad que nace de la rabia más absoluta.

Todo pasa demasiado rápido, cuando me quiero dar cuenta, estamos en la cama, sobre ella y adentrándome en su cuerpo que tan bien me recibe. Sus piernas se aferran a mis caderas, sus brazos rodean mi cuello mientras gime mi nombre. Me obligo a ir despacio, a disfrutarlo, porque puede que nunca más suceda algo como esto entre nosotros.

No es nada comparado a la primera vez, ni su respuesta, ni la mía. No dejo de observarla, su rostro sonrojado y sudoroso, sus ojos oscurecidos que no se esconden de los míos. Cuando alcanza el éxtasis, la sigo tras escucharla gemir mi nombre, echar la cabeza hacia atrás exponiendo su cuello, en el que me pierdo cuando me desplomo sobre ella mientras sigo estremeciéndome.

Después del estallido, solo se escucha en la alcoba nuestras respiraciones y el crepitar del fuego, puedo sentir el latir de su corazón contra mi pecho, piel contra piel.

—Esto no debería haber pasado... —Me tensa ante su susurro, me alejo abandonando su cuerpo.

—Deberías decirlo cuando no estuviera todavía en tu interior —espeto herido, pero ni loco voy a demostrarlo—. Claro que no tenía que pasar, al menos, ahora sabemos que no puedo dejarte preñada de nuevo —bromeo, levantándome de la cama.

—Bastardo —sisea, duele, esa maldita palabras siempre va a conseguir hacer mella en mí—. Te odio.

—No es un sentimiento nuevo para mí, pero tú dudo que seas capaz de sentirlo —replico, dirigiéndome hacia la puerta—. Tienes un gran corazón, no dejes que yo lo corrompa, Gillian.

Salgo, escucho golpes dentro de la habitación y me siento tentado a regresar para asegurarme de que esté bien, sin embargo, no lo hago porque no me veo capaz de enfrentarme con el odio que dice sentir por mí. Mi mayor temor es que se haga realidad, que sus hermosos ojos, que un día se iluminaban al verme, se vean ahora empañados por ese maldito sentimiento.

Me encierro en mi alcoba pensando en todo lo sucedido. En las palabras de Maeve, que sonaban tan sinceras que remueven todo lo que llevo contenido en mi interior. Miles de dudas me asaltan, tantos años creyendo que conocía toda la verdad y ahora...

—No —siseo dando vueltas por la estancia como un animal enjaulado—. No puede ser cierto. Seguro que guardó silencio para no tener más problemas.

No puedo creer que haya callado y mentido a mi padre por mí. Por ese supuesto amor que siempre parece profesarme por más desprecios que le haga. ¿Es todo parte de un plan? Pero ¿cuál? Y lo más importante, ¿por qué esperar una década?

Por mucho que pienso, no consigo una respuesta que me satisfaga. La más lógica es que dice la verdad, que su amor por mí le impidió hablar sabiendo que mi padre acabaría con la vida de Brenda sin dudar. Sin embargo, si lo acepto, la visión de la historia que me contó cambia mucho y todo lo que he dicho y hecho a lo largo de los años no tendría razón de ser, convirtiéndome en un ser despreciable, y no estoy seguro de que sea algo con lo que pueda vivir.

Golpeo con mi puño la pared más cercana dominado por mis demonios, las gotas de sangre manchan el suelo sin que me importe, mis nudillos están destrozados, pero no soy capaz de sentir el dolor, ya que solo puedo pensar en todo el que he infligido a mi familia.

—No puede ser... —no puedo dejar de repetirlo—. Ya no sé qué creer, maldita sea.

Necesito saber la verdad, salgo de la alcoba y recorro raudo los pasillos, abandono el castillo al recordar las palabras de la vieja curandera. Voy en su busca para que ella me confirme las sospechas, de ser cierto lo que Maeve acaba de confesar, ¿cómo demonios voy a enfrentarlos?

Al llegar a la pequeña cabaña de la curandera, golpeo la puerta con fuerza, necesito respuestas y las quiero ya; soy impaciente por naturaleza. Cuando abre y me ve, sus ojos recorren mi cuerpo en busca de la causa de mi presencia en su casa. Mi mano llama su atención, asiente y se hace a un lado para dejarme pasar.

—Golpear paredes no va a solucionar nada, muchacho —me dice, cerrando la puerta, la miro sorprendido.

—¿Eres bruja? —cuestiono, sentándome frente al fuego—. ¿Cómo sabes que he golpeado una pared?

—Porque he vivido más tiempo que tú —se encoge de hombros mientras comienza a preparar algo—. Ya sé diferenciar las heridas, mala curandera sería si no pudiera hacer siquiera eso.

Guardo silencio a la espera de que comience a curarme. Muevo mi pierna con nerviosismo, todo me parece que va demasiado lento, como si el tiempo se hubiera detenido.

—No creo que hayas venido solo para que te cure. —Es demasiado sabia para mi gusto, se sienta frente a mí y me ordena con un gesto que le de la mano—. ¿Qué deseas saber? La verdad es que llevo demasiado tiempo esperándote, Cedric MacGregor, eres incluso más cabezota que tu padre.

—Me dijiste una vez que... —carraspeo— las cosas no eran como parecía. ¿A qué te referías?

—¿Mi señora al fin te ha contado lo que ha guardado durante tanto tiempo? —cuestiona de vuelta—. Debo decir que tiene más honor que cualquiera de este clan.

—¿También lo sabías? —escupo incrédulo—. Durante años pensaba que lo había ocultado bien.

—Para ser un niño, lo hiciste muy bien —replica riendo—. Muchacho, ¿de verdad pensabas que lady Maeve te iba a dejar ir y venir por el bosque sin preocuparse? Tenías unos pocos meses

cuando comenzó a amamantarte junto a tu hermano. En su corazón eres su hijo, aunque no lo quieras admitir.

—Pero hizo que echaran a mi madre —exclamo, no siento dolor mientras me cura—. Enfermó y...

—Tu madre hubiera muerto igual —interrumpe con firmeza—. Desde pequeña padeció ese mal. Yo era muy joven, pero ya acompañaba a mi madre y la ayudaba, recuerdo bien que tu madre contrajo unas fiebres que le dejaron secuelas para siempre. Le advertí lo que sucedería si quedaba embarazada, después del parto, su cuerpo estaría demasiado vulnerable, pero no me hizo caso.

—Mientes —murmuro conmovido—. Brenda me contó que...

—Lo que su mente enferma quiso creer —vuelve a interrumpir—. Nunca fue una mujer muy cuerda que digamos, pero la muerte de Lisset acabó de trastornarla, tanto como para intentar matar a tu hermano. ¿Cómo has podido dejar que ella te envenene sabiendo eso?

—Yo... —no tengo palabras, no puedo hablar—. ¿Qué he hecho?

# Capítulo 15



*Gillian*

**M**e duele ver cómo sufre, pero no puedo perdonar que me haya utilizado para mitigar ese sufrimiento infligiendo el mío. He sido sincera cuando he dicho que no comprendo cómo he podido amarle porque ahora mismo siento que ese sentimiento se desvanece poco a poco y temo que jamás regrese.

Todavía soy capaz de sentir su cuerpo sobre el mío, de percibir su aroma en mi piel, y me estremezco al recordar el placer que puedo sentir entre sus brazos, a pesar del odio. Y eso me horroriza, porque no quiero ser ese tipo de persona, no quiero permitir que el odio y el resentimiento nublen mi razón y me hagan hacer cosas de las que pueda arrepentirme más tarde, porque el pasado no se puede cambiar, pero puede marcar tu futuro para siempre.

Vuelvo a acurrucarme en el lecho, intentando conseguir un calor que no voy a encontrar porque se ha ido, mejor dicho, le he echado de mi lado. Él me ha hecho daño, pero le he devuelto el golpe, y no quiero seguir así porque terminaré convirtiéndome en alguien como Cedric. No quiero ser una sombra de lo que soy, no me lo puedo permitir, se lo debo al bebé que crece en mi vientre.

En cuanto lleguen mis padres, tengo una última oportunidad para salir de aquí y criar a mi hijo como me criaron a mí; rodeado de amor, no de rencor y sombras del pasado. No es algo que vaya a permitir y me importa muy poco si debo desobedecer a mi padre, a mi tío y a todo aquel que se interponga en mi decisión.

—¿Gillian? —Me giro para ver entrar de nuevo a mi tía, que parece muy preocupada—. He visto salir a Cedric y temía que...

—No me ha hecho daño —interrumpo—. No debes temer. Ahora él tiene mucho que pensar.

—Sé que nunca te pondría la mano encima, pero existen muchas formas de hacer daño, pequeña —dice sin dejar de observarme—. Y veo que lo ha hecho, tus ojos me dejan ver el dolor que intentas ocultar.

—No voy a poder hacerlo, tía —confieso incorporándome—. Cuando lleguen mis padres... —muerdo mi labio inferior—, quiero regresar a Girnigoe. No quiero que mi hijo crezca aquí, debes ayudarme.

—Y me gustaría hacerlo —acaricia mi cabello—. Pero eres la única que puede salvar a mi hijo.

—Él no te considera su madre —me aparto de su tacto enfadada—. Deja de protegerlo, ¿por qué lo eliges por encima de mí? —Me siento tan defraudada ahora mismo, abandonada por la persona que lleva la misma sangre que yo.

—No es cierto, niña —replica—. Os amo a los dos por igual, y por eso lucharé por vosotros incluso cuando vosotros mismos os deis por vencidos.

—No pienso permitir que me obliguéis a desposarme con un monstruo —me levanto de la cama—. No voy a hacerlo. —Cada vez me siento más nerviosa, asustada y acorralada.

—Debes tranquilizarte —me pide preocupada—. No es bueno para el bebé...

Ahogo un grito en cuanto acaba de hablar porque siento un pinchazo muy fuerte en el bajo vientre, seguido de eso, algo correr por mis muslos. Mis manos levantan mi falda y jadeo al comprobar que es sangre, sollozo alzando la mirada para encontrar la de mi tía, que parece espantada.

—Túmbate. —Me ayuda a llegar a la cama mientras lloro—. Debes mantener la calma, voy a ordenar que traigan a la curandera.

Sale gritando, pidiendo ayuda, Nessa no tarda en aparecer corriendo a mi lado, comprende de inmediato la situación. Aguanta las lágrimas, coge mi mano y solo habla para darme ánimos e intentar que me tranquilice, pero el miedo no me lo permite y mucho menos la culpabilidad.

—¿Esto es un castigo? —le pregunto.

—¿De qué hablas? —replica, apartándome el cabello de mi frente sudorosa, siento dolor, pero eso es lo que menos me importa, lo soportaría gustosa si sé que mi bebé está bien.

—Justo estaba diciendo que no quería casarme, que no quería lo que el destino parece tener reservado para mí y... —callo porque Cedric entra corriendo con una mirada de absoluto terror, tras él la curandera.

—¿Qué te sucede? —cuestiona, llegando a mi lado—. ¿Gillian?

—Apartad para que pueda trabajar, demonios —ordena la anciana—. Estás sangrando, ¿sientes dolor? —Asiento con la cabeza, veo cómo aprieta los labios—. Si no se detiene, perderás al bebé.

—No la asustes —espetea Cedric—. Haz algo para pararlo.

Lo miro tan impresionada que olvido todo lo que está pasando a nuestro alrededor. ¿Cómo puede ser que este hombre sea el mismo que hace un rato se ha marchado de mi alcoba sin mirar atrás? Lo más extraño es que mis sentimientos son tan caóticos que hace un momento gritaba odiarlo y ahora su sola presencia consigue calmarme y darme una seguridad que nadie puede proporcionarme.

—No pasa nada, Gillian —dice, mirándome a los ojos—. Mírame, no pienses en nada más, solo tranquilízate.

—Voy a perderlo —susurro—. He matado a...

—No has hecho nada malo —interrumpe—. El bebé va a estar bien. ¿De acuerdo? No pienses en nada más, solo es un pequeño susto, algo que nos avisa de que debes cuidarte.

Me siento tan culpable y no le puedo decir la verdad. Por primera vez me guardo algo solo para mí, ¿cómo decirle que, justo cuando he comenzado a sangrar, maldecía mi mala suerte?, ¿que me negaba a seguir el camino que parece marcado para mí?

—Toma esto, muchacha. —Miro el brebaje que me ofrece con asco, pero obedezco—. Quiero que permanezcas en cama, al menos, una semana. Siempre y cuando dejes de sentir dolor y sangrar, te permitiré caminar un poco cada día. Llamadme si el sangrado empeora.

—¿Te vas? —pregunta Cedric.

—No hay nada que pueda hacer —replica sin detener sus pasos hacia la salida—. Tu presencia puede ser mejor medicina que la que yo pueda darle. Así tú también tendrás tiempo para pensar en todo lo que hemos hablado.

Se marcha. Maeve y Nessa, que han permanecido calladas, salen con ella, sé que lo hacen para dejarnos solos.

—¿Qué ha querido decir? —pregunto, intentando olvidar el dolorcillo de mi bajo vientre.

—Nada. —Qué estúpida, ¿cómo se me ha pasado por la cabeza que él comparta algo conmigo?—. Lo único importante ahora eres tú y nuestro hijo.

No sé qué es, pero algo parece haber cambiado en el Cedric que tengo delante, porque no se parece en nada al que ha estado en esta misma alcoba hace un rato. ¿Qué es lo que le ha dicho la curandera para conseguir semejante cambio? ¿Por qué ella y no yo o Maeve? Lejos de hacerme feliz, me entristece y enfurece porque llevo años luchando por llegar hasta él.

—Cierto, por lo que debería descansar —digo, apartando la mirada y soltando mi mano de su agarre—. No hace falta que veles mi sueño, al contrario de lo que cree la curandera, tu presencia no va a hacer que deje de sangrar, ni va a salvar a mi hijo.

Mira su mano ahora vacía, parpadea varias veces como si lo necesitara para volver a la realidad y encajar el golpe de mis palabras.

—Me lo merezco. —Alza sus ojos buscando los míos—. ¿Crees que no lo sé?, ¿que ahora mismo no me está carcomiendo la culpabilidad? ¿Y si pierdes el bebé porque yo antes te he...?

Se levanta alejándose de mí, lo observo sorprendida al darme cuenta de que ambos nos estamos culpando de lo que está sucediendo, pero cada uno por motivos distintos. Lo cierto es que ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que nuestro encuentro anterior tenga que ver con mi sangrado, ni la curandera ha mencionado que pueda ser la causa, por lo que no termino de comprender por qué piensa lo contrario.

—Dudo mucho que la causa por la cual estoy en estado sea la misma que dañe al bebé. —¿Por qué intento tranquilizar su

conciencia? Supongo que es algo que hago inconscientemente—. Solo queda rezar, aunque, sea lo que sea, lo que el destino tiene reservado para nosotros, no es algo que podamos cambiar.

—¿Debo quedarme de brazos cruzados mientras mi hijo...? — vuelve a callar como si no fuera capaz de hablar, pasa sus dos manos por el cabello en señal de frustración—. Esto debe ser un castigo.

Guardo silencio, ahora no puedo permitirme preocuparme por él, el dolor que antes me atenazaba el vientre ha menguado bastante, pero todavía siento molestias y no me atrevo a comprobar si sigo sangrando o no. Si lo hago y veo que no ha cesado, no seré capaz de mantenerme serena, y debo hacerlo por mi hijo o hija, que se merece vivir, merece una oportunidad y pienso luchar para dársela.

No vuelvo a pedirle que se marche, gastar mis fuerzas en enfrentarlo no es una buena opción, así que cierro los ojos dispuesta a descansar. Rezo en silencio, lo hago sin parar por lo que parecen horas hasta que dejo de sentir dolor.

Al volver a abrirlos, descubro a Cedric a mi lado, no me ha abandonado y no sé cómo sentirme al respecto.

# Capítulo 16



*Cedric*

**D**escubrir una vez más que todo lo que creías cierto no lo es no es un golpe que pueda digerir de inmediato. Mucho menos cuando la puerta de la cabaña se abre dejando paso a uno de los muchachos que trabaja en las cuadras.

—Mi señora me envía a decir que os necesitan en Dunmara — jadea, dejando claro que ha venido hasta aquí corriendo, me levanto de inmediato, lo cojo por los hombros y lo zarandeo presa de un mal presentimiento.

—¿Quién...? —cuestiono.

—Lady Gillian —responde, salgo corriendo sin esperar a nadie más.

Tengo que llegar hasta ella, ¿por qué demonios la he dejado sola? ¿Por qué siempre pago con ella mi frustración y dejo que mis demonios me dominen dañándola en el proceso?

Cuando llego hasta su alcoba, la encuentro llorando, veo la sangre manchando su vestido, palidezco comprendiendo de inmediato que puede que esté perdiendo a nuestro hijo ante mis ojos y no puedo hacer nada por detenerlo. Todo lo que me ha contado la vieja curandera llega a mi mente como una avalancha, ¿es mi castigo por todo el daño que he hecho a personas inocentes durante diez años?

Cuando la vieja se marcha tras darle un extraño brebaje y dejándonos más asustados que aliviados, me niego a marcharme, aunque Gillian me deja claro que no me quiere a su lado. ¿Puedo culparla? Por supuesto que no, y aunque sus palabras duelen y su frialdad corta como el cuchillo más afilado, me niego a volver a darle la espalda.

Permanecemos en silencio lo que parecen horas, ella con los ojos cerrados y yo a su lado sin dejar de contemplarla. Me doy cuenta de cuándo el dolor cesa porque deja de fruncir el ceño o hacer gestos que delatan su sufrimiento silencioso.

Cuando su mirada y la mía vuelven a encontrarse, una lágrima silenciosa recorre su pálida mejilla, me apresuro a limpiarla con ternura. Veo el miedo que tiene, el mismo que el mío.

—No sé si he dejado de sangrar —musita derrotada, parece tan cansada—. Y no quiero...

—Yo lo haré —me levanto del asiento que he ocupado en silencio durante horas, las más largas y dolorosas de mi vida—. Déjame ver —le pido con cuidado.

Aparto las mantas, veo que las sábanas están manchadas, intento no hacer ningún gesto que me delate. Le insto a que abra sus piernas, alzo la falda y compruebo que no sangra, suspiro aliviado y le regalo una sonrisa, musita algo que no logro comprender y cubre su rostro con sus manos para ocultar el llanto que brota desde lo más profundo de su alma.

No me importa que me rechace, la abrazo con fuerza contra mi pecho, sé que llora de alivio, para dejar ir todo el miedo y la angustia de las últimas horas. Acaricio su espalda, su cabello, y susurro una y otra vez que todo va a ir bien, aunque nada parezca tener sentido ahora.

—Estaba tan aterrada... —dice contra mi cuello, sus lágrimas han mojado mi piel—. No quiero pasar por algo como esto nunca más.

—Te he dicho que todo saldría bien. —Beso su frente y aparto su cabello de su cara húmeda por el llanto incontrolable que todavía sacude su menudo cuerpo—. Ahora debes tranquilizarte.

Asiente, y vuelvo a tumbarla.

—Iré a pedir ayuda para cambiarte —le informo—. Estarás más cómoda de ese modo. Y algo para que comas.

Salgo de la alcoba, encuentro a mi padre en el pasillo, me sorprende. Ambos nos miramos, no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo lleva esperando.

—¿Ha parado el sangrado? —pregunta preocupado, asiento—. Gracias a Dios —musita—. Me alegra que te hayas quedado con ella.

Te necesita más que nunca, no importa lo que diga, no permitas que te aleje en estos momentos.

—¿Qué haces aquí, padre? —cuestiono sin comprender.

—¿Crees que tu sufrimiento no es el mío? —devuelve, los remordimientos aumentan—. Sufro por ti, por Gillian y por ese bebé que también lleva mi sangre.

Agacho la mirada avergonzado, antes no me hubieran importado sus palabras, o, al menos, eso es lo que me habría dicho a mí mismo para calmar mi conciencia. Ahora ya no tengo excusas para hacerlo y la realidad me golpea con fuerza, vivir en ella va a ser muy difícil.

—Gillian es fuerte —le miro de reojo para verlo asentir—. Se pondrá bien.

—Eso nunca lo he dudado —replica—. Pero la naturaleza es cruel y muchas veces no somos capaces de comprenderla. El cuerpo humano es un misterio y la duda de cómo vaya a reaccionar persiste, ¿no crees?

—No creo que jamás deje de sentir miedo —reconozco—. ¿Cómo lo haces?

—No teniendo miedo ni a la vida ni a amar —responde sonriendo—. Forma parte de nuestra existencia, hijo mío. Y negarnos a ello solo nos hace sufrir más.

Me guardo para mí mis mayores temores, no solo a no saber amar, sino a que la gente que he dañado no sea capaz de perdonarme. ¿Tengo derecho siquiera a pedir su perdón? Ya no se trata de orgullo, sino de completo terror a no ser merecedor de pertenecer a mi familia, esa que a lo largo de una década tanto he despreciado sin que lo merecieran.

—En cuanto lleguen los Sinclair, me gustaría ser yo quien los recibiera —me mira sorprendido—. Al fin y al cabo, soy el responsable de esta situación.

—¿Eres consciente de que Malcom Sinclair querrá sangre? —Asiento—. ¿Y de que no voy a permitir que te toque?

—No intercedas —abre los ojos—. Me lo merezco y soportaré lo que quiera hacerme. Dudo que me mate y deje a su nieto sin padre —me encojo de hombros.

—¿Qué sucede, Cedric? —Le miro dudando, decirle la verdad no es una opción—. Si algo más te preocupa, puedo ayudarte, lo sabes.

Debería odiarme por todas las veces en las que le he fallado, por todas las veces en las que su mujer ha llorado por mi causa y, aun así, tengo a mi padre ante mí tendiéndome la mano, una que no le he pedido en voz alta, pero que anhelo hacerlo como cuando era un niño.

—Nada —replico en voz baja—. Solo estoy preocupado. Voy a pedir que cambien las sábanas y le traigan algo ligero de comer.

—Ve —me dice, mirándome, sin estar muy convencido—. Me quedaré aquí por si necesita algo.

Asiento, ni siquiera me veo capaz de darle las gracias ante ese simple gesto. Me alejo raudo, bajo las escaleras de dos en dos y me detengo de golpe para no chocar con Maeve, que en compañía de Ethan salen de las cocinas.

—¿Gillian está peor? —pregunta mi hermano preocupado.

—No —respondo—. Ha dejado de sangrar. Venía a pedir que suban a cambiar las sábanas y quería subirle algo de comer...

—Por supuesto. —Maeve se da media vuelta y se hace cargo de la situación, dejándome con mi hermano, el cual me observa a la espera de mi reacción, puedo incluso sentir la tensión que emana de su cuerpo.

—¿No dices nada? —cuestiona a la defensiva, niego con la cabeza, podría decir muchas cosas que no van a reparar el daño—. ¿Nos estás ocultando algo?

—No —miento, al menos, no lo hago en lo que concierne a la salud de mi futura esposa—. Voy a volver con Gillian.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —grita cuando me alejo, me detengo y lucho contra mí mismo por hablar o callar.

—Déjalo, Ethan —le pido derrotado, hace unas horas esta simple conversación hubiera terminado en pelea, ahora sé que no tengo motivo alguno por el cual luchar contra mi hermano pequeño.

Me alejo, aunque le escucho maldecir, después, la suave voz de su madre pidiéndole una vez más que me deje en paz. No recuerdo una sola ocasión en la que ella me haya recriminado nada, como si cargara con una culpa que no es suya.

Antes de entrar en la alcoba de Gillian y de que mi padre me vea, intento recomponerme porque desde hace horas siento que me estoy rompiendo a pedazos lentamente.

—Maeve se encarga —anuncio cuando llego a su lado—. Voy a entrar, no quiero dejarla mucho tiempo sola.

—Haces bien —asiente—. Si necesitas algo, sea la hora que sea, pídelo. Buenas noches, hijo.

Se marcha, lo veo alejarse cuando lo que quiero en este momento es correr hacia él y abrazarlo como llevo años sin hacer. En vez de eso, abro la puerta y me encierro en la alcoba de la mujer que no quiere saber nada de mí, pero a la que siempre he necesitado.

—Parece que has visto un muerto. —La miro sin saber que decir.

# Capítulo 17



*Gillian*

**E**stoy mucho más tranquila, el dolor ha cesado y ya no sangro. Siento que la vida de mi hijo ya no corre peligro y puedo respirar por fin sin sentir esa opresión en el pecho ante la posibilidad de perderlo.

Es Cedric quien me tiene completamente perdida. Acaba de regresar y parece que ha visto un fantasma, me mira como hace años que no lo hacía y no logro comprender qué ha podido pasar para que cambie tanto. ¿Es un espejismo? ¿Se comporta diferente movido por el miedo de perder a nuestro hijo, ese que le ata a mí?

—No es nada —frunzo el ceño—. Ahora mismo traerán algo de comer, ¿tienes hambre? —Me doy cuenta de que intenta desviar la conversación, algo que suele hacer siempre.

—Un poco —respondo, no quiero preocuparme, aunque sea algo que no puedo evitar, espero que llegue el día que pueda conseguirlo.

—Eso es bueno —se acerca hacia la ventana—. Supongo que mañana llegarán tus padres. No quiero que te entrometas —no lo dice como una orden, algo que vuelve a sorprenderme—. Lidiaré con lo que esté por venir.

—¿Pretendes morir para no tener que casarte conmigo? —bromeo, intentando pasar por alto el dolor al pensar en esa posibilidad, no lo quiero muerto, mi mayor deseo es que viva, aunque no sea a mi lado.

—Pretendo hacer las cosas bien —responde sin volverse a mirarme—. Es hora de asumir las consecuencias.

—Ni mi hijo ni yo los somos —escupo molesta—. Ni queremos un mártir, creía que ya te había quedado claro, Cedric.

—Lejos estoy de serlo. —Se vuelve para mirarme por fin—. Sabes que soy un miserable bastardo, pero todavía me queda algo de vergüenza. Soy un hombre, te toqué cuando no debía y por ello asumiré lo que tu padre decida para mí.

—Por el amor de Dios —mascullo—. Sé quién eres. Puedo acusarte de muchas cosas, pero nunca de que me hayas forzado a nada. Por lo que ambos somos responsables y es el único motivo por el cual accedo a una boda sin amor.

Aprieta los labios como si quisiera callar algo, aparta la mirada. Somos interrumpidos por la llegada de varias criadas, unas llevan sábanas limpias, otras comida, y tras ellas, llega mi tía con su acostumbrada sonrisa.

—Hemos tardado un poco más porque he pensado que te gustaría darte un baño. —Asiento satisfecha.

—No debe moverse —dice Cedric, le miro de una manera que debería dejarle claro que no quiero que interfiera.

—Por ello puedes alzarla en brazos y dejarla en la tina —replica Maeve—. Ella estará mucho más cómoda, créeme.

Lo escucho mascullar algo que no logro comprender, no es que yo tenga muchas ganas de que vuelva a ponerme las manos encima, pero si no queda otra opción, lo haré.

En cuanto me alza entre sus fuertes brazos, las muchachas comienzan a limpiar, me da vergüenza todo el estropicio que he provocado.

—Debería desnudarse —le dice a mi tía, esta asiente—. Hazlo, yo la sostendré.

Con agilidad, pronto quedo desnuda, escondo mi rostro en su cuello mortificada, no solo porque él puede verme, sino porque hay demasiada gente aquí dentro para mi gusto.

—Ya está —susurra con ternura, siento que el agua poco a poco envuelve mi cuerpo—. ¿Está bien de temperatura?

—Sí —respondo muerta de vergüenza—. No hace falta que te quedes ahí parado, no voy a ahogarme aquí dentro.

Se incorpora y cruza de brazos, aunque no dice ni una sola palabra para replicarme, sus simple postura me deja claro que no piensa obedecerme. No sé si lo hace solo para mortificarme o porque realmente teme que algo me suceda.

Comienzo a limpiarme, intentando olvidar que está a mi lado, pero su imponente presencia y su mirada, que siento como fuego ardiente sobre mi piel, no me lo permiten.

—Ahora debes tomar ese delicioso caldo y dormir. —Mi tía prepara uno de mis camisones—. Mañana estarás mucho mejor, aunque recuerda que no debes salir de la cama.

—Mi madre va a volverse loca —musito—. ¿Podrías explicárselo antes de que llegue aquí como un vendaval? —pregunto, mi tía se ríe.

—Claro, querida —asiente—. Aunque dudo que me escuche.

Salgo del agua y me apresuro a dejar que Maeve me cubra, Cedric de nuevo me lleva hasta la cama ahora ya limpia y preparada para mí. No tardo en taparme lo mejor que puedo con la manta antes de que pasen por mi cabeza el camisón, no suspiro aliviada hasta que todos se marchan y solo quedamos el padre de mi hijo y yo.

—¿Vas a darme de comer también? —pregunto a la defensiva, no me gusta verme tan vulnerable, mucho menos ante él.

—Por supuesto.

—A mis manos no les pasa nada, Cedric. ¿No tienes nada importante que hacer?

—Más que tú y mi hijo no hay nada. —Su respuesta me deja con la boca abierta.

—No sé qué demonios ha pasado y realmente no quiero saberlo —comienzo a decir ofuscada, ahora soy yo la que me niego a sentir, a que mi estúpido corazón golpee con fuerza mi pecho cada vez que él abre la boca—. Pero deja de hacer esto. Prefiero que seas el Cedric de siempre, al menos, sé a qué debo atenerme. No es el momento para que me confundas, necesito paz y tranquilidad para centrarme en traer a mi hijo al mundo.

—Puedo comprender eso —dice mientras comienza a darme el caldo, acepto porque, cuanto antes empiece, antes acabamos con esto y se marchará de una vez—. Sin embargo, no voy a desaparecer. Ni ahora ni después.

—Entonces, ¿qué pretendes, Cedric? —Vuelve a darme una cucharada antes de responder—. ¿Que sigamos como hasta ahora?

—No —niega—. Pero aceptaré lo que me pidas.

—¿Y si te exijo que me cuentes qué ha sucedido para que parezcas un hombre completamente distinto?

—No es el momento —responde, mirándome fijamente—. No quiero que mi familia... —guarda silencio, dejándome más preguntas que respuestas.

—¿Desde cuándo te preocupas por ellos? —cuestiono—. No quiero más.

Frunce el ceño, pero deja el cuenco y me ofrece un poco de agua. La tomo y me dejo caer sobre los almohadones, lo cierto es que tengo mucho sueño. Antes el miedo y el dolor me impedían sentir algo más allá del terror absoluto, pero ahora que he podido relajarme, mis párpados comienzan a pesar.

—Puedes marcharte —susurro, cerrando los ojos—. No es necesario que pases la noche en vela. Estoy bien, el peligro ha pasado.

—No voy a moverme de aquí —sentencia—. Duerme, no te preocupes por mí.

—No debería hacerlo —mascullo—. Pero que te quedes ahí como un pasmarote no va a ayudarme a conciliar el sueño. —Lo escucho suspirar, de inmediato, noto cómo el colchón se hunde, abro los ojos impresionada para comprobar que acaba de acostarse a mi lado y que ha cerrado los ojos dispuesto a dormir.

—¿Qué haces? —inquiero.

—Me has dicho que no me quede observándote dormir —se encoge de hombros, sus manos tras la nuca dejando al descubierto los músculos de sus brazos—. Así que yo también lo haré. Tengo el sueño ligero, y, si te pasa algo, lo sabré de inmediato.

Lo observo lo que me parece una eternidad, me queda claro que no piensa marcharse, por lo que obedezco y, por extraño que parezca, caigo rendida de inmediato.

# Capítulo 18



*Cedric*

**C**laro que no me he dormido, dudo que lo haga, pero es lo único que se me ha ocurrido para que Gillian por fin pudiera relajarse en mi presencia y descansara como es debido, ya que marcharme y dejarla sola no era una opción.

Abro los ojos en cuanto me doy cuenta de que está profundamente dormida. La miro y sonrío como un estúpido, como hace mucho que no me permitía hacerlo porque sigue teniendo el mismo rostro que me ha perseguido durante toda mi vida.

Sus mejillas salpicadas por algunas pecas, sus pestañas, su pequeña nariz y sus labios tentadores. Ya no me parece que esté tan pálida como hace unas horas y en su rostro ya no queda rastro del rictus de dolor de antes. Me giro despacio para quedar frente a ella, me gustaría abrazarla, pero no quiero que despierte, mucho menos que se aparte de mí como estoy seguro de que hará y no me siento preparado para ello, estar al otro lado no es algo que me esté gustando.

Me pregunto de dónde demonios he sacado las fuerzas para alejarme tanto de ella cuando siempre ha sido mi debilidad, supongo que el odio y el rencor llegaron a cegarme tanto que ya no era capaz de ver nada más a mi alrededor.

Finalmente, el sueño me vence, cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, duermo como un niño.

\*\*\*

Me despierto al escuchar gritos, me levanto con rapidez y salgo de la alcoba raudo, rezando para que Gillian no se despierte. Sé muy bien de quién se trata, por lo que ha llegado el momento de enfrentarme a Malcom Sinclair por mis actos.

—Al fin apareces —brama el Sinclair, Maeve y su esposa intentan detenerlo—. Pienso matarte, y ni tu padre va a poder salvarte. ¿Cómo demonios osas ponerle las manos encima a mi hija?

—Hermano, por favor —ruega Maeve preocupada—. Van a casarse y...

—Será si lo permito —grita interrumpiéndola—. Gillian es demasiado buena para un bastardo como tú.

—¡Malcom! —brama Maeve enfurecida, su cuerpo tiembla por la rabia que apenas puede contener—. Jamás vuelvas a decir algo así, estás hablando con mi hijo...

—No lo es —vuelve a interrumpir—. ¿Cuándo vas a dejar de defenderlo? Él no te ve como su madre, Maeve. Te odia y desprecia, y no haces otra cosa que protegerlo cuando no lo merece.

—Eso a ti no tiene que importarte, hermano —se tensa como la cuerda de un arco—. Deja a Cedric en paz, las cosas ya no se pueden cambiar. Gillian espera un hijo suyo y él va a hacerse cargo de ambos. ¿Qué más quieres?

—Que la respetara —sisea, mirándome con ganas de sangre—. Han crecido juntos, son primos.

—No lo somos —hablo por primera vez desde que he irrumpido en el salón—. Tú mismo has dicho que soy un bastardo, por mis venas no corre sangre Sinclair.

—No vas a casarte con ella —sentencia, mi mayor temor parece cumplirse frente a mis ojos; sin la aprobación de su padre, no hay mucho que pueda hacer.

—No puedes hablar en serio, esposo —miro a Rowenna, quien hasta el momento solo ha intentado retener a su esposo para que no se abalance sobre mí, aunque si algo está claro es que no lo ha hecho porque no quiere, las dos menudas mujeres no son impedimento para su fuerza—. Mi nieto tiene padre, quiero que nazca dentro del matrimonio.

—No con él —rebate entre dientes—. Prefiero la vergüenza y el escarnio antes de que este miserable sea el marido de mi hija.

—Supongo que tengo algo que decir al respecto, padre. —Todos nos volvemos hacia la puerta sorprendidos, corro hasta ella porque no tendría que estar fuera de la cama, mucho menos haber bajado

las escaleras y así se lo hago saber, no me hace caso, solo mira hacia su progenitor—. ¿Connor no te explicó la situación?

—Hija —exclama Rowenna, quien acorta la distancia que las separan y la abraza—. ¿Estás bien? —la observa en busca de cualquier señal que le indique lo contrario—. Maeve nos ha dicho lo que sucedió ayer, lamento muchísimo no haber estado a tu lado, mi niña.

—Estoy bien, mamá —replica—. Cedric estuvo conmigo y cuidó de mí. —Los ojos de lady Sinclair se posan sobre mí, veo gratitud, aunque no la expresa a viva voz.

—Debes volver a la cama, sabes lo que dijo la curandera —susurro, asiente, pero no se mueve ni me permite cogerla en brazos—. Gillian...

—Lo haré cuando mi padre deje de hacer escándalo —alza el mentón—. Me ha despertado.

—¿Debo pedir perdón por ello, muchacha? —Está furioso, pero no con ella—. ¿Pretendes que me quede de brazos cruzados después de lo que te ha hecho?

—No sé cuántas veces voy a tener que repetir que Cedric no me hizo nada que yo no quisiera. —A pesar de que sus mejillas enrojecen, no calla—. Me entregué de buena gana, lamento decepcionaros, pero no soy una víctima, por lo que no necesito que repares mi honor.

—¿Estás escuchando a tu hija? —reclama a su esposa frustrado—. ¿Qué demonios les haces a las mujeres de mi familia que te entregan su amor y lealtad a pesar de despreciarlas?

No puedo contradecirle porque hasta hace unas horas así era. Me empeñaba en enterrar cualquier sentimiento puro por ellas y cubrirlo por completo de odio y desprecio. Negarlo sería mentir y me prometí a mí mismo no hacerlo nunca más.

—Puede que no lo merezca —asiento, dando un paso al frente—. Aun así, quiero casarme con Gillian, darle mi protección y criar juntos a nuestro hijo.

—Padre —comienza a caminar hacia él hasta llegar a su lado—. Sabes que siempre ha sido él —susurra, imagino que no quiere que la escuche, lo hago y algo en mi interior se resquebraja—. No lo

hagas por Cedric, ni siquiera por mí, ya que sé que tienes razón. Hazlo por mi hijo, por tu nieto. —Sus manos se posan sobre su vientre todavía plano, Malcom Sinclair baja la vista hacia allí y puedo ver cómo se emociona—. ¿Lo harás?

—Maldita sea, niña —masculla cerrando los ojos—. No estoy preparado para ser abuelo. Y menos que seas tú quien lo haga —la abraza, Gillian se rompe, escucho cómo Rowenna solloza a mi lado.

—Lo siento —musito sin mirarla.

—Siempre supe que serías tú. —La miro sorprendido, todos daban por hecho que acabaríamos juntos menos yo—. Aunque tenía la esperanza de que fuera ella quien te salvara, no que fueras tú quien la arrastrara a la oscuridad que te rodea.

En su voz escucho el lamento de una madre preocupada por el futuro de su hija. Del tormento que supone pensar que no va a ser feliz a mi lado porque no soy capaz de amar como todos esperan. Una lástima que todos ignoren que para mí ya ha cambiado mi vida, no solo por la llegada de un hijo que no esperaba, ni por el amor de una mujer que no merezco, sino porque por fin, después de años de ceguera, alguien ajeno a mi entorno ha tenido que quitarme la venda que cubría mis ojos e impedía que viera más allá del odio que me dominaba.

—No tiene por qué ser así... —susurro mientras vuelvo a observar la escena tan conmovedora entre un padre y una hija.

Somos interrumpidos por la llegada de mi padre, hermano y primo. Al ver la estampa, los tres detienen sus pasos, observan a su alrededor como si de ese modo pudieran asegurarse de que no existe riesgo de derramamiento de sangre, más bien de la mía.

—Connor —exclama lady Sinclair, corre para abrazar a su hijo, mayor quien la levanta del suelo sin dificultad—. ¿Has crecido?

—Por supuesto que no, madre —replica—. Me dices lo mismo desde que era un niño...

—Para mí siempre lo serás —dice con cariño—. Te he echado de menos.

Por supuesto que no responde, aunque la forma en la que la mira deja claro cuánto ama a su madre, y me hace sentir la ausencia de la mía. Sin embargo, no puedo evitar mirar hacia donde se

encuentra Maeve, se ha alejado de su hermano y acercado a mi padre, susurran, se comunican entre sí y debo reconocer que, durante mis primeros años, ella llenó ese vacío, de hecho, ni siquiera existía el sentimiento de ausencia.

—Veo que tío Malcom no te ha arrancado la cabeza. —Ethan ha llegado a mi lado sin que me diera cuenta—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Las mujeres lo han detenido. —Me mira casi horrorizado, en otro tiempo hubiera reído ante su gesto—. No me han dado opción.

—Dios mío, qué vergüenza —exclama—. Lo imaginaba. Madre no iba a permitir que su hermano te dañara por mucho que lo merezcas.

¿Lo merezco? Por supuesto, todos lo saben...

# Capítulo 19



*Gillian*

**H**e sentido su ausencia y me he dado cuenta de que se marchaba de mi lado antes de escuchar los gritos que deben haberlo alertado. Me he dado toda la prisa posible sin hacer ningún esfuerzo, y por un momento creí volverme loca al escuchar la furia de mi padre, el temor de no llegar a tiempo para detenerlo casi acaba con mi cordura.

Ahora, abrazada a él, envuelta entre sus fuertes brazos e impregnándome de su aroma, de ese olor a hogar, no puedo más que sentirme completa. Lejos de ellos, de Girnigoe, siento que me falta la otra mitad de mi corazón, lamentablemente, siempre he sentido lo mismo al alejarme de Cedric y Dunmara.

—¿Estás segura de que quieres esto? —vuelve a preguntarme, mirándome a los ojos, sabiendo que nunca he sido capaz de mentirle—. Puedes volver a Girnigoe con nosotros...

—No —interrumpo—. Quiero esto, es lo que debo hacer, padre.

—Deber y querer no es lo mismo —replica—. Y lo sé por experiencia. Cometí el peor error de mi vida permitiendo que me dijeran qué era lo correcto y lo pagué con creces, estuve a punto de perder a tu madre para siempre y eso casi me vuelve loco...

—Lo sé —respondo con un nudo en la garganta al ver el tormento que aquellos recuerdos todavía le provocan.

—No puedes salvarlo —susurra, cogiendo mi cara entre sus grandes manos—. Si él te amara, yo dejaría que siguieras tu camino por mucho que me doliera, pero...

—También lo sé —interrumpo, no quiero hablar de sentimientos porque intento olvidar los míos y no me lo están poniendo fácil—.

Por favor, padre —suplico—. Tengo que hacerlo, por mi hijo.

Cierra los ojos sabiendo que mi decisión está tomada y es firme. Podría obligarme, pero sé que no va a hacerlo. Vuelve a abrazarme, me sabe a despedida, y tengo que morder mi labio inferior para no romper a llorar de nuevo, eso ahora no va a servir de nada.

Un carraspeo interrumpe nuestro momento, Donnan y los demás han regresado y ni siquiera nos habíamos dado cuenta. Puedo sentir cómo mi padre se tensa al ver al laird de los MacGregor frente a él, solo yo me interpongo entre estos dos guerreros que nunca han enterrado el hacha de guerra en realidad.

—Creía que dejaba a mi hija bajo tu cuidado, MacGregor —mascula, me preparo para lo que pueda suceder a continuación.

—Asumo mi culpa, por supuesto —asiente, abro los ojos sorprendida—. Pero debo recalcar que se quedó preñada antes de que os fuerais, por lo tanto...

El gruñido de mi padre lo silencia, hace que me mueva y lo cojo de un brazo, mi tía Maeve del otro, y que mi madre se apresure a llegar hasta nosotros.

—¿Osas acusarme a mí por la falta de tu hijo? —pregunta entre dientes.

—Ni mi padre ni mi familia son culpables de nada —todos callamos, yo incluso ahogo un jadeo de sorpresa ante la defensa de Cedric para con los suyos—. Ya he dicho antes que soy el único responsable y como tal asumo las consecuencias.

—Basta —espeto llamando la atención de todos—. No pienso repetirme porque siento que llevo días haciéndolo. Lo hecho hecho está y no podemos cambiarlo —llevo una mano a mi vientre—. Debo decir que el próximo que insinúe que mi hijo es un error o algo parecido va a conocer mi ira. Cedric y yo nos casaremos mañana, os parezca bien o no, y solo nosotros acarreamos con nuestro destino.

—Creo que es lo más inteligente que he escuchado en mucho tiempo —aplaude mi tía—. Desde luego, la inteligencia no la ha heredado de ti, hermano.

—Cállate, Maeve —escupe, ahora es Donnan quien lo observa como si quisiera arrancarle la cabeza por hablarle de ese modo a su

esposa—. Mi hija no demuestra mucha inteligencia eligiendo este camino.

—O sí —miro a mi tío—. Ninguno de nosotros tenía fe en que nuestros matrimonios fueran dichosos, y no sé tú, pero doy gracias a todos los dioses por poner a Maeve en mi camino.

—En su momento no estabas muy contento —rebate con ironía—. Me parece muy gracioso que seas precisamente tú quien intente dar lecciones, MacGregor.

—Malcom, por favor —mi madre intercede—. Detente. Somos familia desde hace más de veinte años, ¿por qué no sois capaces de llevaros bien?

—Lo hacemos —sentencia con una sonrisa que no presagia nada bueno—. Si no fuera así, mi hermana sería viuda hace mucho.

Ambas mujeres bufan y ruedan los ojos dando a sus hombres por imposibles, me doy cuenta de que me siento muy cansada, también que me duele un poco la parte baja de la espalda y me tenso ante el temor de que mi inconsciencia tenga consecuencias para mi bebé.

—Deja que te lleve arriba. —Cedric lo hace sin esperar mi consentimiento, ¿en qué momento ha llegado a mi lado?—. No deberías haberme seguido. Te lo advertí...

—Disculpa si no quiero que mi hijo crezca sin padre porque su abuelo lo ha matado —bromeo para aliviar la tensión que recorre cada músculo de mi cuerpo.

—Siempre has sido demasiado dramática —musita mientras entramos en mi alcoba.

—Y tú tienes los sentimientos de una piedra —escupo al verme atacada—. No puedes pretender que los demás actuemos igual.

—Por supuesto que no —me da la razón—. Pero no quiero que jamás vuelvas a arriesgar tu salud o la del bebé por mí.

Muerdo mi lengua para no responder porque lo único que me gustaría preguntarle es; ¿cómo no hacerlo? No es algo que pueda controlar, me sale de lo más profundo de mi ser, es algo visceral, mucho más fuerte que yo misma.

—Bien, dejaré que te maten la próxima vez —es algo que no pienso, sin embargo, no tiene por qué saberlo—. Puedes irte. No

creo que mi madre tarde en subir.

Justo en ese momento la puerta vuelve a abrirse y Rowenna Sinclair entra como un vendaval. Se hace cargo de todo y, dándose cuenta de que no lo necesito, se marcha dejándome a solas con la mujer que me trajo al mundo y que tan bien me conoce.

—A mí no puedes mentirme, Gillian —dice mientras peina mi cabello—. ¿De verdad quieres esto? Porque si te están obligando, poco me va a importar que seamos familia...

—Nadie me obliga a nada, madre —interrumpo—. No comprendo por qué todos os escandalizáis —exclamo—. Desde pequeña entregué mi corazón a Cedric, ¿de verdad os parece tan extraño que me haya entregado a él?

—¿Fuera del matrimonio? —pregunta, asiento—. Lo cierto es que nada puedo reprocharte, ya que también lo hice, pero no puedo negar que me hubiera gustado algo distinto para mi única hija.

—Lamento haberos decepcionado, pero en ese momento no pensé en nada ni en nadie, solo... —guardo silencio al darme cuenta de lo que estoy diciendo, enrojezco por la vergüenza, esto es algo que nunca he hablado con nadie—. Lo siento, no puedo decir nada más.

—No te disculpes por amar —acaricia mi mejilla—. A veces me olvido de que ya no eres una niña, sino una mujer.

Permanecemos en silencio largo rato, solo disfrutando de la mutua compañía, la he echado tanto de menos, pero me doy realmente cuenta ahora que la tengo a mi lado. Que puedo escuchar sus consejos, sentir sus caricias y percibir su aroma, ese con el que he crecido y que siempre me recordará a ella, incluso cuando ya no esté en este mundo.

—¿En qué piensas, querida? —me pregunta, sacándome de mis ensoñaciones, no quiero decirle la verdad porque expresarlo a viva voz duele demasiado, no comprendo por qué me siento tan melancólica—. Pareces triste.

—No sé lo que me pasa —reconozco, encogiéndome de hombros—. Todo ha sido tan caótico. Primero enfermo, después descubro que estoy en cinta, ayer pensé que lo perdía y...

—Estos meses van a ser difíciles —sonríe con dulzura—. Puede que te sientas la mujer más feliz del mundo y poco después la más desdichada sin que haya pasado nada para ese cambio. Me gustaría tanto estar a tu lado en todo el proceso —se, lamenta cogiendo mi mano—. Pero sabes que mi lugar está en Girnigoe, igual que el tuyo ahora está en Dunmara. Pero vendré para el parto, eso no lo dudes.

—Puede que las nieves hayan llegado para entonces —replico preocupada ante esa posibilidad.

—Nada ni nadie me impedirá estar a tu lado ese día —sentencia con convicción—. Veré nacer a mi nieto o nieta sin importar lo que ocurra.

Sonríó porque sus palabras, esa firmeza en ellas, me da la confianza suficiente como para creer que dice la verdad. Que nada ni nadie podrá detener a Rowenna Sinclair para estar a mi lado, que incluso desafiará las inclemencias del tiempo para estar aquí y no dejarme sola en semejante trance.

—Y ahora vas a hacer caso a lo que dijo la curandera y no te moverás de esta cama hasta que ella dé el visto bueno, ¿me has entendido? —advierte con un dedo—. ¿Creías que no lo sabía? Maeve ha sido lo primero que nos ha dicho a nuestra llegada.

—No podía permitir que padre... —alza una mano para silenciarme.

—Deja que los hombres solucionen los problemas a su manera —interrumpe—. No íbamos a permitir que lo matara.

—Muy graciosa —mascullo al ver su sonrisa—. Conociendo a Cedric, no sabía cómo reaccionaría.

—Algo ha cambiado en él. —Abro los ojos sorprendida al comprobar que no solo soy yo quien lo nota—. ¿Ha sucedido algo más entre vosotros?

No pienso contarle que he cometido el error de dejarle ponerme las manos encima de nuevo, ni de que hemos vuelto a discutir y mucho menos que soy yo la que ahora prefiere mantenerse alejada por mi propia paz mental.

—No —respondo tras un breve silencio—. Lo cierto es que no ha dado tiempo ni siquiera para aceptar que vamos a ser padres.

# Capítulo 20



*Cedric*

**M**e marchó cuando lo único que quiero es quedarme, pero siento que no es el momento de interrumpir el reencuentro de madre e hija. Además, no me ha gustado la sensación de que no pertenecía a ese lugar, niego con la cabeza para dejar de pensar en tonterías, debo centrarme en lo importante y ahora mismo ese no soy yo.

—¿Creías que iba a aceptar a tu hijo de buen grado, Donnan? — Detengo mis pasos en la escalera para escuchar la conversación, las voces retumban entre los muros de piedra de Dunmara—. ¿Es ahora mi hija alguna forma retorcida de venganza?

—No digas tonterías —exclama mi padre—. Nadie preña a una mujer por venganza.

Lo escucho maldecir, luego el golpe. Bajo corriendo las escaleras, mi padre se limpia la sangre del labio. No lo pienso, solo actúo, empujo a Malcom Sinclair para alejarlo e interponerme entre ellos.

—Pégame a mí —escuipo furioso.

—Esto es nuevo —se carcajea—. ¿Desde cuándo defiendes a tu padre?

—Eso a ti no te importa —replico—. Él no es responsable de nada, déjalo al margen.

—Bien —asiente—. Parece que comienzas a ser un hombre...

El primer puñetazo me hace trastabillar hacia atrás; si fuera otro, podría devolverle el golpe, pero tratándose del padre de Gillian, debo aceptarlo sin devolvérselo. Escucho a mi padre ordenar que se detenga, soy consciente de que Ethan y Connor llegan advertidos por el escándalo.

Tras el tercer puñetazo, escupo la sangre en el suelo, aprieto los puños recordándome una vez más por qué no debo devolverle los golpes.

—Padre —llama Connor—. No queremos que mañana aparezca en su propia boda con el rostro destrozado.

Gruñe, pero al fin se detiene, algo que tendré que agradecerle más tarde a mi primo. Todos me miran a la espera de que haga o diga algo ante lo sucedido, por mi parte, solo puedo sentir paz, y espero que Malcom Sinclair también.

—Solo eso te salva, MacGregor —masculla—. Eso y que por desgracia eres el padre de mi nieto. Pero haz a mi hija llorar una vez más y te mataré.

Sé que no es una amenaza vacía, que es muy capaz de cumplirla sin que le importe la paz entre clanes, y sinceramente no soy merecedor de que más personas mueran para vengarme. Entiendo que no puedo convencerlo con palabras, llevo diez años comportándome como un maldito patán y no puedo pretender que de la noche a la mañana los de mi alrededor confíen en mí.

—No puedo prometer tal cosa —se dispone a abalanzarse sobre mí de nuevo, pero su hijo lo detiene—. Sin embargo, no es algo que desee que suceda.

Los ojos de los presentes se posan sobre mí, deben estar pensando todo tipo de cosas y sacando sus propias conclusiones. Por mi parte, todavía no me siento preparado para aceptar mis errores en voz alta y rogar por el perdón que no merezco.

—Reza para que la vida no te dé hijas y no tengas que pasar por esto —masculla, soltándose del agarre de Connor—. Si ese es el caso, espero que cuides mejor de ellas que yo de la mía.

Da media vuelta y se marcha, parece derrotado. La culpabilidad es un sentimiento difícil de sobrellevar, y ver cómo el gran Malcom Sinclair parece herido de muerte no es algo que me guste ver. Connor va tras él, los observo hasta que los pierdo de vista.

—Vamos a curarte, anda —dice mi hermano—. Padre, entretén a las mujeres. Van a poner el grito en el cielo cuando lo vean.

—Maldita sea —musita, saliendo del salón...

—Buena la has hecho —reprende como suele hacer—. Vamos.

—Puedo curarme solo —es difícil dejar los viejos hábitos de golpe—. No voy a morirme.

—Era una manera menos directa de ordenarte venir conmigo para hablar en privado, zoquete —replica, perdiendo la paciencia.

—No tengo nada más que decir —rebato, intentando marcharme, detiene mi huida.

—Yo sí —afirma—. Y vas a escucharme.

Finalmente, le sigo por pura curiosidad, aunque mi antiguo yo pugna por salir y mandarlo al infierno. Llegamos al lago, yo mismo lavo mi cara con el agua fría del arroyo, las heridas escuecen, pero nada que no sea soportable.

—¿De qué querías hablar? —pregunto harto de su silencio, me giro para comprobar que me observa de brazos cruzados—. ¿Ahora te quedas callado?

—Sé la verdad —intento no demostrar ninguna emoción, soy un experto en ello—. Escuché todo, sé lo que hizo mi madre y por qué. Y ahora entiendo tu cambio, lo único que deseo saber es, ¿por qué? —frunzo el ceño sin comprender la pregunta—. ¿Por qué no pudiste hablar conmigo?

—Eras un mocoso, Ethan —espeto—. ¿Qué pretendías arreglar?

—Soy tu hermano —rebato—. Eras mi héroe, mi todo. Mi mejor amigo. Y de la noche a la mañana comenzaste a alejarme, si no lo hacía, me pegabas y, aun así, siempre volvía.

Agacho la mirada ante los recuerdos que sus palabras traen a mi mente. Tiene razón, cuando éramos niños, en ocasiones, pagaba mi frustración y dolor con él, con una persona inocente que no comprendía que yo me estaba rompiendo en pedazos.

—Ni hubieras podido hacer nada —repito—. Y hablar sobre esto ni cambia el pasado ni borra lo sucedido.

—No, pero, al menos, sé por qué —replica—. Entiendo que esa mala pécora envenenó tu mente, destrozó tu infancia y... —aprieta los puños, en sus ojos puedo ver la furia contenida—. Consiguió lo que quería, Cedric, y era herir a nuestros padres. Y lo peor de todo es que tú lo permitiste. Fuiste su arma.

—¿Crees que no lo sé? —le grito—. Pero ya no puedo cambiarlo, maldita sea.

—Tienes que hablar con padre. —Niego—. Sí, tienes que hacerlo. Al menos, se merece saber el motivo por el que su hijo le odia.

—No quiero crear problemas —rebato—. Deja el pasado donde pertenece.

—Ni hablar —gruño—. No vas a asustarme. No pienso permitir que siga cargando con una culpa que no es suya, Cedric. ¿No crees que, al menos, le debes eso?

—Si hablo, puede que tu madre tenga problemas con él —intento que entienda—. ¿Quieres eso?

—Puede que se enfade, pero se le pasará —se encoge de hombros—. No puede estar enfadado con ella por mucho tiempo, la ama demasiado.

—Lo haré cuando todo se calme, ¿de acuerdo? —intento ganar tiempo—. No puedo tener tantos frentes abiertos, Ethan. Tengo que concentrarme en Gillian y mi hijo.

—Una simple conversación con padre no va a cambiar todo lo demás, pero a él le darás una paz que no conoce desde hace una década.

Sé que no va a dar su brazo a torcer, que no va a dejarlo pasar, y lo único que consigue es que me sienta como un animal acorralado al que están a punto de matar.

—¿De qué tienes miedo? —Me tenso, que sea capaz de ver incluso lo que intento ocultar no me gusta—. ¿Temes que no te perdone?

No respondo, comienzo a caminar para alejarme, agradezco que no me siga porque me siento demasiado expuesto.

# Capítulo 21



*Gillian*

**H**a llegado el momento. Lo que tanto he soñado está a punto de hacerse realidad y no me siento feliz por ello. Durante años, soné con ser la esposa de Cedric MacGregor, de ser la mujer que le diera hijos, sin embargo, siento como si me estuviera encaminando hacia un precipicio.

—Di solo una palabra y nos marchamos —susurra mi padre mientras descendemos las escaleras con cuidado, la curandera ha dado su permiso, después debo estar sentada todo lo posible y nada de bailar, no es que tenga muchos deseos de hacerlo—. Gillian...

—No pienso huir, padre —sentencio sin mirarlo—. No me has enseñado a ser una cobarde, por lo que te suplico que no vuelvas a insinuar algo así.

—Debí enseñarte a elegir bien a los hombres —rezonga, sonrío porque parece un niño pequeño malhumorado—. Cabeza en alto, pequeña. Demuestra el orgullo de los Sinclair.

—Siempre. —Obedezco en el momento en el que pongo un pie en el salón, donde todo está dispuesto para esta charada—. Vamos allá.

Cedric me espera al lado de su padre y hermano, no me pasan desapercibidos los golpes en su rostro y no dudo de quién se los ha causado. Mi madre, tía Maeve y Nessa sentadas me sonrían emocionadas, intento devolverles el gesto para no preocuparlas, pero el peso de lo distinto que me parece todo a lo soñado comienza a ser insoportable.

—Me prometiste que no le harías daño —susurro disimulando.

—Prometí que no lo mataría y sigue respirando —rebate—. He cumplido mi palabra, muchacha.

No soy consciente de la gente a nuestro alrededor, solo puedo mirar al hombre que me voy a unir por propia voluntad, aunque no me imaginara para nada algo así cuando era una niña. Supongo que, al crecer, la realidad de la vida se impone y no siempre sale como queremos, los planes no siempre funcionan, y aunque le he dado todo de mí, no ha sido suficiente para que él quisiera cambiar, dejar el rencor atrás para poder construir un futuro juntos.

—Gracias —murmura cuando llego a su lado.

Aparto los ojos porque me niego a adivinar qué sentimiento brilla en los suyos. La ceremonia comienza, me parece más larga de lo normal, mis piernas tiemblan y no estoy segura de si son nervios o debilidad, sea como sea, no puedo flaquear ahora.

Agradezco que Cedric solo me dé un suave beso en la mejilla, pero más todavía que las personas nos envuelvan para felicitarnos, de esa manera, sin darme apenas cuenta, me alejan y puedo volver a respirar con tranquilidad.

—Podéis felicitarla mientras toma un pequeño descanso —dice mi tía, llevándome hasta una de las sillas—. Como sabéis, ha estado enferma...

No me pasa desapercibido que intenta ocultar mi embarazo, lo veo un estupidez, ya que la gente no es tonta, y mi hijo va a nacer sin que las fechas cuadren. Me importa poco lo que piensen de mí siempre y cuando lo respeten.

—Ten —mi madre me tiende un poco de agua—. Te veo pálida, ¿te encuentras bien?

—Solo algo nerviosa, eso es todo —respondo.

—Es lógico —replica Maeve—. ¿No recuerdas los nervios de la boda?

—Solo me acuerdo de que quería matar a tu hermano. —Ambas ríen—. Ya todo ha terminado, ahora solo tienes que ver cómo los demás se divierten sin ti —bromea, sonrío porque no puedo evitarlo.

—No me parece para nada gracioso —mascullo—. Si, al menos, pudiera bailar, mirad qué bien se lo pasa Nessa.

—Le encantan las fiestas y me alegra que la disfrute —dice mi tía—. La notaba triste, imagino que el distanciamiento con Cedric era el motivo. Para ella, sus hermanos son su vida.

Sé lo mucho que sufre, y nunca hasta ahora él había sido tan arisco con su hermana pequeña, parecía que era la única MacGregor a la que no solo toleraba, sino que en realidad amaba con todo su corazón.

—¿Te encuentras bien? —El susodicho llega a mi lado sin que me haya dado cuenta por mirar cómo disfruta su hermana menor—. Todos me han rodeado y...

—Estoy bien —interrumpo—. Estoy acompañada, por lo que no hace falta que te quedes aquí, ve y habla con los hombres o haz lo que debas —me encojo de hombros, mi madre me golpea con disimulo, la miro y ella me lanza una mirada de advertencia. Sin embargo, no doy mi brazo a torcer, ahora soy una mujer casada y actuaré como mejor me parezca.

—¿Cómo van a estar los novios separados el mismo día de su boda? —pregunta mi tía horrorizada—. La gente hablará, niña...

—Va a hacerlo de todos modos cuando se den cuenta de que el motivo de este matrimonio es porque estoy preñada —musito.

—Gillian —reprende mi madre furiosa—. Deja de comportarte de este modo. No sirve de nada, tú misma me dijiste que ya no eras una niña, pues compórtate como tal.

Agacho la mirada avergonzada ante la regañina recibida delante no solo de mi familia política, sino de mi nuevo marido, uno que no tiene el mejor concepto de mí y que solo se ha prestado a esta charada por obligación.

—Por favor, Rowenna —intercede mi tía de nuevo—. Hoy es un día de celebración. Vayamos junto a nuestros esposos, dejemos a los novios asolas.

Se marchan mientras aprieto mis manos sobre mi regazo. Las siento frías y temblorosas, una enorme y cálida las cubre. Alzo la cabeza, Cedric no me mira, observa a la gente que danza a nuestro alrededor y, aun así, con este simple gesto me ofrece un consuelo que no le he pedido. Podría retirarlas, dejarle claro que no necesito

nada que venga de él, pero no sería cierto, por lo que decido seguirle el juego, al menos, por ahora.

—Deja de pensar —susurra como si nada sin mirarme.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero a la defensiva—. Puede que te equivoques...

—Te conozco —me mira—. Pareces olvidarlo. No me aceptes si no quieres, no voy a obligarte. Pero no te conviertas en alguien como yo.

—No somos iguales —siseo con ganas de levantarme y mandarlo al infierno—. Yo jamás te hubiera hecho daño, Cedric.

—Lo sé —asiente—. Y por eso siempre he sabido que eras demasiado buena para mí.

Muerdo mi lengua, me niego a tener la misma conversación una y otra vez. La celebración continúa, me siento agotada cuando horas después los primeros invitados comienzan a marcharse, sin embargo, otros muchos parece que no tienen intención de hacerlo.

—Vamos arriba —Cedric se ha acercado de nuevo—. Estás intentando esconder un bostezo, y te he visto dar un par de cabezazos.

—Eso no es cierto —exclamo ofendida, ríe, su rostro se transforma. Me deja sin aliento porque me recuerda demasiado al niño que me enamoró—. Pero algo debo concederte —asiento—. Necesito subir a mi alcoba de una maldita vez.

Habla con su padre y el mío, ambos me miran y cabecean en mi dirección. Me pongo de pie comienzan los vítores, enrojezco porque sé lo que significan y se intensifican cuando el hombre que hace pocas horas se ha convertido en mi esposo me coge en brazos y comienza a subir las escaleras sin esfuerzo alguno. Escondo mi rostro en su cuello muerta de vergüenza porque todos creen que vamos a consumir nuestro matrimonio sin saber que eso es lo que nos ha metido en este lío.

—Por Dios, qué vergüenza —exclamo en cuanto traspasamos el umbral de mi alcoba, pataleo para que me baje—. ¿Te parece que eso era necesario? —reclamo.

—No me culpes a mí —espeta defendiéndose—. Es la tradición.

—Me parece repugnante —mascullo ofuscada—. Todas las novias están nerviosas ante lo desconocido, no necesitan un montón de borrachos vociferando.

—Bueno..., tú no vas hacia lo desconocido —bromea, le lanzo una mirada que deja muy claro lo que pienso de su comentario—. No le des importancia, Gillian.

—Es que esos patanes piensan que tú y yo estamos... —callo porque no soy capaz de verbalizarlo.

—No puedo creerlo —se mofa—. La gran Gillian Sinclair se queda sin palabras y además siente vergüenza de que la gente piense que está retozando con su esposo.

—Cállate —le ordeno ofuscada, ya que se está riendo de mí—. Y vete de mi habitación.

—Lo cierto es que no puedo, esposa —se deja caer sobre el lecho y coloca sus manos tras la nuca, abro la boca sin poder decir ni una sola palabra ante la sorpresa—. No olvides que es nuestra noche de bodas, debo cumplir como un hombre, ¿no te parece?

—Eso ya lo hiciste —exclamo empujándolo—. Fuera de aquí, Cedric.

—¿No pensarás que vamos a dormir en habitaciones separadas? —pregunta, dejándome inmóvil, me mira fijamente y yo no sé dónde demonios esconderme.

—Muchos lo hacen —replico cruzándome de brazos—. Sobre todo, los que como nosotros se han visto obligados a casarse sin quererlo.

—Puede que estés furiosa conmigo por cómo me he comportado durante años, pero tú —recalca incorporándose— sí quieres estar casada conmigo. Y compartiremos esta cama hasta el día de nuestra muerte, ¿lo comprendes?

—¿Lo que yo deseo no cuenta, esposo? —replico, negándome a que sus palabras calen hondo en mi corazón—. Desde luego, tu modestia es... —no encuentro las palabras adecuadas para expresar cómo me siento, mi corazón late fuerte en mi pecho, mi cuerpo acusa la cercanía del hombre acostado en mi cama.

—Por supuesto —asiente—. ¿Qué clase de marido sería si no tuviera en cuenta tus opiniones? —pregunta—. Pero en lo que

conciérne a compartir tu cama, no pienso escucharte, Gillian.

—Tan egoísta e insensible como siempre —escupo, intentando poner distancia entre ambos—. Haz lo que quieras.

# Capítulo 22



*Cedric*

**V**erla con las mejillas sonrojadas por la furia y la vergüenza me encanta, saber que a partir de hoy es mía, que voy a compartir su cama y que tendré la oportunidad de ganarme su amor y confianza de nuevo me llena de una nueva ilusión por el futuro. Una que hace mucho no sentía más allá de las ansias de venganza.

—Deja de sonreír, patán. —Intento contenerme, recordando que no es el momento para que se enfurezca, lanza una de las almohadas, es el detonante para que la primera carcajada surja desde lo más profundo de mi garganta—. ¿Te estás burlando de mí? —acusa, lanzándome otro. Los esquivo sin problemas, y a pesar de que podría pasarme así toda la noche, va a terminar agotada y no quiero que le suceda nada.

Me muevo más rápido de lo que ella incluso puede llegar a imaginar, cuando se quiere dar cuenta está tumbada en la cama conmigo encima. Jadea, sus mejillas sonrojadas y algo sudorosa, contengo un gemido, ¿cómo he podido ser tan estúpido y creer que puedo compartir su lecho y no desearla?

—Quítate de encima —sisea removiéndose—. ¿Me estás escuchando? —reclama.

—Lo cierto es que no —musito, observando sus labios con ansia, aunque se encuentren fruncidos en un gesto de enfado—. ¿Te hago daño? —Veo la sorpresa reflejada en su mirada.

—No —susurra, algo comienza a cambiar para ella también, la tensión crece y lo que había comenzado con una pelea por su parte y un juego por la mía se transforma en otra cosa—. ¿Qué haces...?

—Nada de lo que me gustaría —reconozco, mirándola fijamente, su lengua pasea sobre su labio inferior, sé que lo hace sin maldad, que ni siquiera es consciente de lo que ese simple gesto despierta en mí.

—Estás mirándome de una forma muy extraña... —musita, ya no se mueve ni forcejea, su respiración es trabajosa, sus pechos suben y bajan chocando con el mío, sus pezones volviéndome loco—. Cedric...

—Gillian —respondo porque no soy capaz de razonar—. No sé en qué demonios estaba pensando...

Me aparto sabiendo que, si no me muevo, no voy a poder seguir resistiendo la tentación de devorar su boca con las ansias que me dominan. Ella se incorpora y me mira interrogativa, paso una de mis manos por mi cabello intentando tranquilizarme.

—Eres tú el que has insistido —alza el mentón—. Por un momento, se me habían olvidado tus malditos cambios de humor.

—¡Te deseo, maldita sea! —exclamo interrumpiéndola, no quiero que piense que esto es un juego para mí o que lucho contra lo que siento por sentir que traiciono la memoria de nadie—. ¿No lo has pensado, esposa?

—No creo que pueda... —balbucea azorada—. El bebé...

—Ya lo sé —replico—. No te estoy reclamando nada, ni he venido hasta aquí buscando esto. Pero parece que mi cuerpo responde al tuyo, aunque luche con todas mis fuerzas.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta, alzo una de mis cejas sin comprender—. ¿Aliviarás tu calentura en otra parte?

Me tensó ante el insulto, acusarme de serle infiel no es algo que esperara escuchar de sus labios después de confesarle algo tan íntimo. ¿Acaso no se da cuenta el poder que tiene sobre mí?

—No sé cómo tomarme tu insulto, esposa —mascullo, me mira sorprendida—. Que pienses eso de mí no me deja en muy buen lugar, ¿no crees?

—Los hombres soléis hacerlo —se excusa algo avergonzada—. Y yo no sé cuándo podré cumplir con mis obligaciones maritales.

—¿Qué hombres? —cuestiono molesto—. Pondría la mano en el fuego porque tu padre jamás le ha sido infiel a tu madre, y el mío

nunca le ha sido desleal a... —maldigo en silencio cuando me mira como si fuera obvio que estoy olvidando que yo mismo soy fruto de una infidelidad—. No soy como él —siseo.

—Te has empeñado toda tu vida en demostrarlo —ironiza—. No comprendo por qué hemos acabado hablando de nuestros padres —se levanta de la cama—. Voy a cambiarme y acostarme, si no quieres nada más de mí...

—Lo que quiero no me lo puedes dar —me mira sobre su hombro—. Por ahora —añado, dejando claro que no pienso olvidar aquello que nos une con tanta facilidad—. Por el momento, me conformaré con dormir a tu lado.

—Sigues con eso —masculla, dándose la vuelta—. No me mires mientras me cambio.

—No hay nada que no haya visto antes... —replico obedeciendo—. Debes dejar el pudor a un lado, Gillian. En un matrimonio no tiene cabida.

—No sé con qué mujeres estás acostumbrado a tratar, pero yo no suelo desnudarme ante extraños —reclama, poniéndose el camisón con rapidez.

Podría decirle la verdad, pero eso sería darle todavía más poder. Ya le he dado demasiado por esta noche, y creo que tiene mucho que pensar, al igual que yo. La información que me guardo puede esperar, después de todo, dudo mucho que me crea.

Nos acostamos en la cama, me da la espalda, por esta noche voy a permitírselo, no hace falta que sepa que no tengo pensado dormir de esta manera lo que nos reste de vida. Al contrario, quiero que lo haga entre mis brazos, al calor de mi cuerpo, escuchar su respiración e impregnarme de su aroma.

—Buenas noches, esposa —murmuro, observándola en la semipenumbra que nos rodea.

—Buenas noches, Cedric. —No me pasa desapercibido que al llamarme por mi nombre pretende imponer más distancia entre nosotros. Ahora entiendo cómo ha debido sentirse durante todos estos años en los que me empeñaba en alejarla.

De nuevo, me encuentro a su lado, en la misma cama, y a la vez tan lejos. Sé que soy el responsable, la tenía, era mía, y con mis

desprecios he conseguido lo que tanto pensaba que ansiaba. Ahora esa ausencia, el sentirla tan cerca y a la vez tan distante, es lo que me está matando, además de saber que he sido injusto con la gente que solo ha demostrado amarme a lo largo de los años.

La noche se convierte para mí en algo interminable, por lo que, con las primeras luces del alba, decido levantarme. Lo hago despacio, al salir de la alcoba, no puedo evitar sentir que me dejo algo con Gillian que no creo que pueda recuperar.

Ahora necesito aferrarme a la esperanza, apelar al buen corazón que sé que existe en su interior para que, al ver que mi cambio es sincero, pueda darnos una oportunidad.

—¿Por qué estás levantando? —Me giro, creo que jamás seré capaz de escuchar cómo mi padre se acerca a mí, es la persona más sigilosa que he conocido en mi vida.

—¿Debería seguir en la cama por algún motivo en especial? —pregunto, me mira con el ceño fruncido.

—Algo no ha ido bien en tu noche de bodas si preguntas eso, hijo —replica, riendo por lo bajo, me parece extraño verlo tan relajado conmigo, normalmente siempre está a la defensiva, como yo con él.

—Recuerda que hace dos días el bebé nos asustó. —Asiente—. No quería hacer nada que pudiera dañarlo.

—Te honra, por supuesto —palmea mi hombro—. Serás un buen padre.

Guardo silencio durante lo que me parece una eternidad antes de dejar que uno de mis tantos miedos se exprese en voz alta.

—Si no he sido un buen hijo, ¿cómo voy a serlo? —cuestiono en voz baja, mirando por la ventana, así me ha encontrado y no me he movido.

—Nunca he pensado eso, Cedric. —Lo escucho suspirar y posicionarse a mi lado—. Siempre me he echado la culpa a mí mismo. Te cargué con un peso enorme incluso antes de nacer. Recuerdo cada una de las veces en las que Maeve me recordó cuál sería tu futuro como mi bastardo.

Puedo escuchar el dolor en su voz, los remordimientos. Como me dijo la curandera, no muchos hombres reconocen a sus bastardos,

mucho menos los lairds, ya que se arriesgan a problemas entre sus hijos, el poder en muchas ocasiones hace que se olvide quién eres y cuál es tu lugar. Yo siempre lo he sabido, desde pequeño comprendí que iba a ser Ethan quien guiara a los MacGregor, y mi rencor no nació por ese motivo.

—Nadie me hizo sentir distinto. —Reconocerlo ante él es duro—. Supongo que otros no tienen la misma suerte.

—No, no la tienen —lo miro sorprendido ante el tono de su voz, más frío—. Maeve me contó muchas cosas a lo largo de los años que podrían helar tu sangre, hijo. Y lo soportó, gracias a Dios, tenía a Malcom de su lado, o su vida hubiera sido todavía mucho más difícil.

No lo sabía, lo que es peor, nunca me preocupé en averiguarlo. Porque que ella también es una bastarda no era un secreto para nadie, de hecho, la esposa de mi padre jamás lo ha ocultado como algo vergonzoso, ha llevado la marca de nacimiento con orgullo y nadie puede reprocharle lo contrario.

—Padre, yo... —estoy a punto de hablar, de liberarme de la carga que se torna insoportable con cada día que pasa.

—Buenos días. —Ambos somos sorprendidos por la llegada de Maeve, ella me mira, parece saber lo que he estado a punto de hacer—. Qué madrugadores.

—Buenos días, esposa. —Mi padre la besa, como lleva haciendo cada mañana desde que tengo uso de razón—. ¿Por qué no continúas en la cama?

—Sabes que una vez te levantas me es muy difícil —hace un mohín que le confiere juventud—. Hola, Cedric. ¿Está bien, Gillian?

—Sí, la he dejado dormida —respondo cuando hace unos días mi respuesta hubiera sido una mirada de resentimiento y el silencio más absoluto.

—Me alegro —sonríe—. La celebración de ayer fue demasiado para ella.

—Se recuperará —sentencio, no hay otra opción.

—Por supuesto —replica—. ¿Tenéis algo planeado para hoy?

—Tenemos invitados —responde mi padre—. Podemos posponerlo.

Un silbido llama nuestra atención, mi padre y yo corremos hacia el patio. Los vigías advierten de la llegada de varios jinetes, cuando nos informan que son hombres del rey, sé que no es nada bueno.

—¿Qué querrán? —pregunta Maeve preocupada, sus manos se aprietan en señal de nerviosismo.

Mi padre los recibe como señor de Dunmara, le entregan una misiva. Justo en ese momento sale Malcom, y al verlo, también le dan una, es cuando me doy cuenta de que se trata de algo mucho más grave de lo que nos podemos imaginar.

—¿Qué demonios significa esto? —exclama mi padre—. ¿Debemos ir a las Orcadas? ¿Por qué?

—Hay rebeliones —responde uno de ellos—. Los lugareños se resisten a comprender que ahora las islas nos pertenecen. Que ha sido su rey quien se las ha entregado a Escocia.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros? —inquire Malcom—. ¿Solo nos lo ordena a los Sinclair y MacGregor?

—Sí —responde escueto—. Nuestro rey sabe cuáles son sus mejores guerreros. Y los más fieles, ¿o se equivoca? ¿Debo darle una respuesta negativa por vuestra parte? ¿Vais a darle la espalda a la corona retirando vuestro apoyo?

Ambos hombres se miran, parecen comunicarse sin necesidad de palabras. Por lo poco que entiendo, se nos ordena ir a las islas para conseguir sofocar una rebelión con la que parece que nuestro rey no contaba, somos puros peones en un juego de poder que parece estar perdiendo. Los jinetes se marchan, Maeve se acerca a mi padre. Su rostro descompuesto, llora en silencio, ella también ha comprendido que nuestro tiempo de paz ha terminado. Mi hermano y Connor aparecen alertados supongo por la voz de alarma de nuestros hombres.

—¿Eran hombres del rey? —pregunta Ethan, asiento—. ¿Qué quieren?

—Debemos partir hacia las Orcadas —informo a la espera de que mi padre y Malcom se acerquen para darnos más información—. Se acabó la paz, hermano.

Abre los ojos sorprendido, incluso diría que por un pequeño instante el miedo brilla en su mirada. Connor maldice y no espera a

que los mayores vengan hacia nosotros, no pierde el tiempo, comienza el interrogatorio.

—¿Es cierto? —le escucho preguntar—. ¿Debemos hacer el trabajo sucio? ¿Por qué deberíamos?

—En su momento juramos lealtad —responde su padre—. Y debemos hacer honor a esa promesa.

—Donnan... —comienza a decir Maeve—. No vayas —implora—. No permitas que nuestros hijos vayan a las islas. Sabes que son salvajes, no nos aceptan y nunca lo harán.

—No tenemos elección —masculla apretando la misiva en un puño—. De alguna manera, sabían que los Sinclair estaban aquí, quieren a los mejores y no aceptarán un no por respuesta, eso nos convertiría en rebeldes.

—No es necesario que vengáis con nosotros, padre —interviene Ethan—. Nosotros nos ocuparemos.

—Donnan, creo que tu hijo nos acaba de insultar —replica Malcom—. Muchacho, empuñábamos una espada mucho antes de que tú nacieras. ¿Crees que tenemos miedo de los vikingos?

—¿Malcom? —Rowenna Sinclair acompañada de mi hermana desciende las escaleras para llegar al patio y correr hacia su esposo—. ¿Es cierto? —lo mira a los ojos implorando una respuesta que no va a recibir, al menos, no una de su agrado.

—No me pidas que no vaya —dice, acariciando su mejilla—. Te casaste con un laird, nací para defender mi patria y a los míos.

—Asegúrate de volver sano y salvo —replica aceptando la realidad—. Y trae a todos de vuelta.

—¿Es una orden, esposa? —pregunta con ironía, ella se ríe, a pesar del sollozo que estremece su menudo cuerpo—. Sabes que lo haré. Nuestra sangre no bañará las Orcadas. Pondremos paz y regresaremos a nuestro hogar.

Miro hacia la ventana de la alcoba de Gillian. Acabo de casarme, mi mujer espera nuestro primer hijo, he descubierto la verdad después de una década creyendo todo lo contrario y ahora debo partir sin haber podido enmendar todos mis errores.

¿Y si no regreso? Mi familia pensará que nunca los quise, que al morir los seguía odiando como creí hacerlo durante demasiado

tiempo. Si mi vida termina en esas malditas islas, Gillian jamás sabrá que es la única mujer que he amado con todo mi corazón. Que siempre he sido suyo incluso cuando yo mismo luchaba contra esa certeza con todas mis fuerzas. Y lo que es peor, no conoceré a mi hijo o hija, no sabrá cómo era, y vivirá con ese vacío toda su vida.

—Maldita sea —maldigo con rabia—. Justo en este momento, ¿por qué ahora?

Como si la hubiera llamado con el pensamiento, Gillian se asoma, nuestras miradas se encuentran, en la suya veo confusión, no estoy seguro de lo que ella pueda ver en la mía. ¿Derrota? Decido que debo ser yo quien le informe de este giro en los acontecimientos. Me gustaría poder despedirme de ella lo mejor posible por si mi destino es no volver a Dunmara.

# Capítulo 23



*Gillian*

**S**é que algo sucede incluso antes de levantarme de la cama. Es una especie de mal presentimiento que se confirma cuando escucho demasiado alboroto en el patio. Me levanto, aunque no debería, y me encuentro con Cedric mirando justo hacia mi ventana. Me extraña, todos parecen reunidos y por sus rostros comprendo que algo debe pasar, algo demasiado grave como para olvidar sus rencillas y permanecer juntos sin matarse a golpes.

En cuanto se abre la puerta dando paso al hombre con el que me casé ayer, doy media vuelta para mirarlo. Sé que no trae buenas noticias sin necesidad de escuchar su voz.

—Nos han ordenado partir hacia las Orcadas. —Guerra, es lo primero que pienso—. Gillian, yo...

—No lo digas —interrumpo, un escalofrío recorre mi espalda—. Debes ir —asiento—. Sé con quién me casé. Es tu deber y debes cumplirlo.

Lo veo dudar como si quisiera decir muchas cosas y no encontrara la manera de hacerlo, o el valor. En otro tiempo, hubiera corrido a sus brazos llorando ante el dolor de su inminente partida y el miedo a no volver a verlo, ahora, por desgracia, todos sus desprecios han hecho demasiada mella en mí y no soy capaz de dar un paso hacia delante para hacer desaparecer la distancia física que nos separa.

—Puede que no regrese... —Me estremezco y mi corazón sangra—. ¿Es todo lo que vas a decirme? Estoy seguro de que en estos momentos nuestros padres están preparándolo todo. El tuyo debe

mandar la orden a sus hombres para que se preparen, no tenemos tiempo que perder.

—Lo comprendo —muerdo mi labio inferior, luchando contra mi orgullo, el miedo al rechazo y el de no volver a verlo nunca más, que hace que me dé cuenta de que sigo amándolo más que mi vida—. No impediré que te marches, pero sí te pido que regreses para que mi hijo no tenga que crecer sin su padre.

—Maldita seas —escucho que masculla antes de que recorra la distancia que nos separa con varias zancadas—. Deja el maldito orgullo a un lado, aunque solo sea por hoy. —Su frente pegada a la mía, su aliento chocando con el mío, sus ojos me imploran—. Dímelo una última vez —ruega, mis párpados se cierran con fuerza para retener las lágrimas que pugnan por brotar ante la desesperación que escucho en su voz y siento en mi alma.

—No puedo —me lamento—. ¿Por qué tuviste que herirme tanto? ¿Por qué ahora me imploras por algo que despreciaste durante años?

—Tienes razón —se aparta de mí—. No tengo derecho a exigirte nada, mucho menos a reprochártelo. Supongo que esta es nuestra despedida. —Asiento, el nudo en mi garganta no me permite hablar—. Espero que no nos lleve mucho tiempo sofocar las revueltas, pero si no regreso... —niego con la cabeza, no quiero pensar en esa posibilidad—. Al menos, ¿podrías hablarle lo mejor de mí a nuestro hijo? Aunque no lo merezca, aunque tengas que mentirle...

—Lo haré —interrumpo, no soporto escucharlo hablar como si supiera que no va a volver—. Puede que no te esté dando suficientes motivos para regresar a Dunmara, pero te rogaría que lucharas por tu vida con el mismo fervor con el que vas a luchar por Escocia. No dejes que nuestro hijo crezca sin su padre.

—Volveré —prometo con firmeza—. Regresaré a vuestro lado porque tengo mucho que demostrar y otro tanto por lo que redimirme. Además, espero que este tiempo separados te permita recordar por qué te enamoraste de mí cuando no lo merecía, y así poder decirte todo lo que me llevo guardado en lo más profundo de mi corazón. Cuídate y cuida del bebé. Adiós, Gillian.

Me quedo en medio de la habitación sin ser capaz de reaccionar. El dolor me tiene prisionera de una vorágine de sentimientos que amenazan con hacerme vaciar mi estómago y doblarme en dos por el sufrimiento. No sé el tiempo que transcurre hasta que soy capaz de reaccionar, parpadeo volviendo de golpe a la cruda realidad.

—Cedric —exclamo, corriendo hacia la ventana para verlos partir, salen uno a uno por el gran portón—. Adiós, mi amor —susurro mientras dejo que las lágrimas bañen mi rostro.

Me odio a mí misma por haber dejado que el rencor silenciara mi lengua. Por no decirle que, a pesar del dolor y de luchar por odiarle, mi corazón sigue siendo suyo. Se ha marchado creyendo que no lo amo, y lo que es peor, que cree merecerlo.

Mi padre y hermano encabezan la comitiva, tras ellos Connor y mi tío Malcom, Cedric el último. ¿Siempre ha sido así? ¿Esos gestos que para mí pasaban desapercibidos para él eran heridas que nunca cerraban?

Lloro por él, porque arrancan al hombre que amo de mi lado y del de su bebé. Lo hago por mi padre, hermano y los hombres Sinclair, también por mi tío y primo, que dejan atrás a mi querida tía y a un clan desamparado. ¿Qué será de nosotros si alguno de ellos no regresa? No puedo evitar enfurecerme con mi rey, con la corona, con sus ansias de poder y su juego político, que se cobra demasiadas vidas de escoceses fuertes y valientes. Hombres que jamás regresarán a sus casas en aras de la paz y el ansia de dominar más territorio, uno que no nos pertenece.

—Hija —me doy media vuelta sin molestarme en ocultar lo que la partida de mi gente, de mi familia y de mi esposo causa en mí—. Lo imaginaba —se apresura a llegar hasta mí y me abraza—. Lloro, cielo, hazlo, o el dolor no menguará.

—No le he dicho que lo amo —mis sollozos estremecen mi cuerpo—. Me lo ha implorado y no he podido —escondo mi cara en su cuello—. ¿Y si no vuelvo a verlo?

—No digas eso —coge mi rostro entre sus menudas manos—. Ellos van a regresar, todos —añade con fervor. Soy capaz de ver en sus ojos el mismo miedo que en los míos, ella entrega a su hombre, a su hijo y a toda su familia.

Me cuesta calmarme, y cuando lo hago, me siento tan agotada que no quiero hacer otra cosa que meterme de nuevo en el lecho y no salir hasta que regresen sanos y salvos. Si hubiera sabido que sería nuestra primera y última noche juntos, no le hubiera dado la espalda.

—Debes descansar. —Es mi madre quien me acuesta como tantas veces hizo cuando era una niña—. Tu único deber ahora es cuidar tu salud y la de tu bebé. Deja que los hombres se encarguen de lo demás. Nuestro rey sabe que ambos clanes son de los mejores guerreros que dispone en las Highlands.

—Hasta los mejores guerreros sangran —musito, mirando a la nada, no puedo dejar de pensar en eso, e imaginar las infinitas posibilidades en las que pueden resultar heridos—. Deben navegar en pleno invierno, eso es una maldita locura. ¿En qué demonios pensaba? —me enfurezco.

—Cálmate —ordena con firmeza—. No me obligues a llamar a la curandera. No es nuestro deber inmiscuirnos en temas de hombres, niña. ¿Crees que no estoy furiosa?, ¿que no lo maldigo por arrancar de mi lado a mi marido e hijo? ¿Al padre de mi nieto? Todos somos familia, Gillian, y mi corazón sufre por cada uno de ellos.

—No estoy segura de poder soportarlo —reconocerlo me avergüenza sobremanera—. Voy a volverme loca sin tener noticias, esperando verlos aparecer, o lo que es peor, no hacerlo.

—Van a ser tiempos muy difíciles —asiente—. No voy a mentirte porque ya no eres una niña. Pero podrás con ello, tienes que poder. —Casi lo siento como una orden—. Rendirse y dejar que la melancolía te venza no es una opción, recuerda quién eres, hija mía.

—No sé ni quién soy, madre —me lamento.

—Eres la hija de Malcom Sinclair, esposa de Cedric MacGregor. ¿Te parece poco? —cuestiona—. La vida muchas veces te asestará golpes duros, y debes ser lo bastante fuerte como para resistirlos.

Se levanta y me informa de que va a traerme algo que calme mis nervios. Pero, antes de que salga por la puerta, necesito preguntarle algo que no creo que me permita vivir con tranquilidad hasta verlos sanos y salvos.

—¿Y si Cedric no regresa con vida? —detiene sus pasos—. ¿Y si es padre o Connor los que no lo hacen?

—Entonces tendremos que aprender a vivir sin ellos —replica con voz temblorosa.

Sale de mi alcoba cerrando la puerta lentamente. Sus palabras no me tranquilizan en lo absoluto. Sé que ella no será capaz de vivir con esa pena, ya sea que le suceda algo a mi padre o a mi hermano, por lo que no me puede pedir que haga lo mismo si es Cedric quien pierde su vida por Escocia.

Cierro los ojos, aprieto mis manos con fuerza intentando que mi cuerpo deje de temblar y que mi corazón amenace con partirse por la mitad. Debo lograr que todos los malos pensamientos desaparezcan para no perder la cordura en el proceso.

—Va a volver... —susurro una y otra vez para intentar convencerme—. Regresarán victoriosos y todo volverá a la normalidad. Ninguno de ellos me dejará sola, mi familia no se romperá, rezaré por ello cada día hasta el momento que de nuevo crucen ese portón.

Con esa nueva determinación, espero enfrentar lo que esté por venir.

# Capítulo 24



*Cedric*

**D**ejarla atrás me está partiendo en dos. El dolor aumenta a medida que nos alejamos de Dunmara hacia el punto donde nos reuniremos con los hombres Sinclair. Nunca me había planteado mi lealtad para con mi rey porque, desde que entendí lo que significaba ser un guerrero, no dudé ni una sola vez, pero ahora, después de hacerme partir de mi hogar y dejar a la mujer que amo, siento que lo odio.

—No te has despedido de tu hermana —reirimino a Connor, me mira de reojo.

—Deberías agradecerémoslo, imbécil —masculla—. Tanto mi padre como yo hemos decidido que debería despedirse de su recién estrenado marido, que puede ser que no regrese.

—Qué magnánimo —me burlo—. No tengo intención de morir, lamento desilusionarte.

—Puede que en muchas ocasiones desee arrancarte la cabeza, pero no quiero que mueras, Cedric. —Lo miro sorprendido ante su confesión—. Eres mi primo, y aunque la mayor parte de nuestra vida te hayas comportado como un idiota, recuerdo los buenos tiempos. Además, tu muerte significaría destrozar a mi hermana, y eso es algo a lo que no me quiero enfrentar.

Una vez más mi familia me demuestra que el único equivocado he sido yo, que el único que ha sido capaz de hacer daño sin que me temblará el pulso he sido yo. Todavía no comprendo cómo en mi mente todo pudo cambiar tanto como para no ver la verdadera realidad.

Recuerdo lo que ha sucedido en cuanto he bajado y montado en mi caballo, con el rostro descompuesto porque Gillian no me había

dicho lo que tanto ansiaba escuchar de nuevo. Maeve se ha acercado cautelosa, pero con el firme propósito de hablar.

\*\*\*

*Me mira desde su altura, alza el cuello para que nuestros ojos se encuentren. Los suyos rojos por las lágrimas derramadas al ver que la orden real le arranca a toda su familia.*

*Desciendo del caballo, en otro momento no lo hubiera hecho, le hubiera dado la espalda sin sentir ningún remordimiento. Acaricia mi mejilla, se sorprende cuando no me separo ante su contacto como tantas veces he hecho a lo largo de una década.*

*—Regresa sano y salvo, hijo mío —susurra emocionada, trago el nudo de mi garganta—. Por favor... Recuerda que dejas atrás a tu esposa y tu hijo no nacido.*

*—No tengo intención en dejar que me maten... —digo tras un breve silencio—. No llores, a mi padre no le gusta.*

*Ríe sin ganas, niega con la cabeza mientras su mirada se dirige al hombre con el que ha estado casada veinte años. Luego, de nuevo, vuelve a centrar su atención en mí, me observa como si no lo fuera a hacer en mucho tiempo, o como si temiera no poder hacerlo nunca más.*

*—Te pareces tanto a él... —murmura—. Incluso en el carácter. Puede que no lo creas, que incluso reniegues de ello, pero eres más MacGregor que muchos otros.*

*Su mano abandona mi rostro, las aprieta sobre su regazo como si estuviera batallando consigo misma o reuniendo valor para decir o hacer algo, frunzo el ceño.*

*—¿Sería mucho pedir que cuidaras de ellos? —pregunta angustiada—. El rey no solo se lleva a mis hijos y al amor de mi vida, me arranca a mi hermano y sobrino, y yo no puedo soportar...*

*Se rompe frente a mí y no tengo corazón para permanecer inmóvil. La abrazo, se tensa, pero después deja caer todo su peso sobre mí como si no fuera capaz de sostenerse por más tiempo.*

*—Te juro que volverán sanos y salvos —susurro sobre su cabello, mis ojos se encuentran con los de mi padre, húmedos por la emoción de ver que por primera vez en años no alejo a su esposa—. Tenemos que marcharnos, ¿cuidarás de Gillian?*

*—Por supuesto —asiente, separándose y limpiando su llanto—. No debes preocuparte por ella. Solo por volver sano y salvo para ver nacer a tu bebé.*

*Asiento y subo de nuevo a mi montura....*

\*\*\*

Nos detenemos en el sitio acordado para esperar a los Sinclair. Me encargo de mi caballo ensimismado en mis pensamientos.

—Cedric —me giro para ver a Ethan mirándome de una manera extraña, incluso juraría que está nervioso, ¿qué demonios le sucede a todo el mundo hoy? —. He visto cómo te despedías de madre...

Me tenso preparado para los reproches o para las incómodas preguntas para las que no estoy preparado.

—Gracias —me sorprende, aunque intento no mostrarlo—. Gracias por abrazarla, por despedirte de ella como haría un hijo que la ama.

Me guardo para mí muchas cosas, asiento dando por zanjada esta conversación y así se lo hago saber girando sobre mí mismo y continuando con lo que estaba haciendo antes de su llegada. Igualmente, no escucho cómo se aleja, por lo que puedo suponer que todavía tiene algo que decir.

—¿Lo has hecho por qué temes no volver? —la pregunta podría ofenderme—. ¿Acaso tienes planeado dejarte morir? ¿Es tu forma de escapar de un matrimonio que no querías? —esa última acusación me hace volverme de golpe enfurecido, da un paso atrás sorprendido.

—No vuelvas a decir eso jamás —siseo—. El motivo del porqué haga las cosas no te incumbe. Déjame en paz.

—Solo quería que supieras que no está en mis planes dejarte morir, no vas a hacerlo si yo puedo evitarlo.

—Pareces olvidar que soy uno de los mejores guerreros que tienen los MacGregor —me jacto—. ¿Por qué das por hecho que serás tú quien deba salvarme el culo? —cuestiono cruzándome de brazos.

—Me alegrará que no sea así —se encoge de hombros—. Solo te lo advierto por si se te pasa por la cabeza alguna estupidez.

—Asegúrate tú de cubrir tu espalda —le exijo—. No quiero tener que hacer de niñera en el campo de batalla.

Lejos de enfadarse, se ríe, muerdo mi labio inferior para no hacer lo mismo. Se aleja para acercarse a nuestro padre, que habla con varios MacGregor que nos acompañan en este viaje. No muchos, no hemos querido dejar Dunmara y a las mujeres desprotegidas.

Decido cazar algo para llenar el estómago, cojo mi arco y las flechas y me adentro en el bosque que nos rodea con sigilo hasta que una mano se posa en mi hombro. Reacciono con rapidez, y maldigo porque se trata de Connor, que me observa con esa sonrisa burlona tan suya.

—Te acompaño —dice sin más—. Dos mejor que uno, ¿no crees?

Por toda respuesta, le lanzo un gruñido y continúo avanzando entre los árboles. Preparo mi arco, agudizo el oído mientras mis ojos observan a nuestro alrededor.

Unas dos horas después, Connor y yo regresamos con varios conejos, tendrá que servir. Han preparado varias hogueras, me siento en la que ocupa mi familia y, sin mediar palabra, comienzo a prepararlo todo para cocinar la carne que hemos traído.

—Imaginábamos que habíais ido a cazar —dice Malcom Sinclair—. La próxima vez avisad, esto no es un viaje por placer, los enemigos pueden estar en cualquier parte.

—Todavía no hemos salido de las Highlands —digo sin mirarlo—. No soy un niño para pedir permiso...

—Cedric —interrumpe mi padre, le miro de reojo—. Basta.

—¿Cuál es el plan? —pregunta mi hermano, sentado a mi lado.

—Las órdenes son claras —responde el Sinclair—. Sofocar la rebelión y que entiendan que ahora las islas pertenecen a Escocia. Deben jurar lealtad, algo que no será fácil, y el rey lo sabe.

—Y, aun así, nos envía —mascullo—. Deberíamos primero intentarlo por la vía diplomática.

—¿Desde cuándo hacemos eso? —pregunta Connor—. Tengo mi espada preparada para dejarle claro a cualquier vikingo lo que pasa cuando no se respeta a los escoceses.

—Ellos defienden su tierra —replico—. Se la han arrebatado sin que nadie les pidiera opinión.

—Eso deben resolverlo con su rey —se encoge de hombros—. No es nuestro problema.

—Lo has convertido en tuyo desde que permites que otro te ordene luchar sus batallas mientras se sienta en la seguridad de su trono —rebato.

—Cedric —mi padre me ordena callarme, nunca, jamás he cuestionado a la corona hasta ahora—. Somos Highlanders, hijo, esto es lo que hacemos desde que tenemos la fuerza suficiente como para empuñar una espada.

—Y lo hago con gusto para proteger a quien amo, mi tierra, pero ir hasta las Orcadas por algo meramente político...

—Iremos, cumplimos nuestro cometido y regresamos a casa —sentencia mi padre para zanzar la conversación—. No somos cobardes, no volveré a Dunmara con el rabo entre las piernas.

# Capítulo 25



*Gillian*

Los días pasan y no tenemos noticias. No sabemos si nuestros hombres están bien o les ha sucedido algo en el peligroso camino hacia las Orcadas. Es un viaje largo, deben navegar hasta allí y, seamos sinceros, ni mi hermano, ni mi primo, ni Cedric lo han hecho antes, no han tenido necesidad porque nuestros padres han luchado mucho para mantener la paz en las Highlands como para que ahora un rey con ansia de poder los envíe al frente a luchar por una causa que no es la suya.

Mis sentimientos cambian con rapidez. Puedo pasar de la furia a la tristeza o dejar que los nervios me vuelvan loca. Según mi madre y mi tía, es por culpa del embarazo, yo no estoy tan segura. Muchas veces me asomo a la ventana y me imagino que los veo aparecer con la esperanza de que, si lo deseo con toda mi alma, el milagro se cumpla ante mis ojos.

—Todavía tardarán en regresar, querida —la voz de mi tía Maeve no consigue que aparte la vista del horizonte—. No creo siquiera que hayan llegado a su destino.

—Lo sé —suspiro—. Pero no puedo evitarlo. La espera terminará conmigo.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —me giro sorprendida—. Cedric es un gran guerrero, todos ellos lo son.

—¿Tú no lo tienes? —cuestiono incrédula—. Tu esposo, tus hijos...

—Por supuesto —se posiciona a mi lado—. Pero confío en ellos. Si alguno no regresa, no será por su culpa, será porque ese es su destino.

No puedo creer lo que escucho, dejar la vida de las personas que amas en manos ¿del destino? No estoy segura de sí es alguna forma extraña que ella ha encontrado para sobrellevar el dolor y la preocupación, solo por ese motivo prefiero mantener la boca cerrada.

—Nunca había sucedido algo así... —musito pensativa—. Al menos, no desde que nací —la veo cómo asiente—. No logro comprender cómo lo soportan las mujeres que quedan atrás.

—Somos escocesas, querida —replica como si eso lo explicará todo—. Nacemos con la misma fortaleza que nuestros hombres, somos capaces de empuñar una espada si es necesario, y esperar con el corazón en un puño a que regresen con vida a nuestro lado.

—Entonces solo queda esperar —me lamento con resignación, suspiro hastiada—. Como alguno de ellos regrese con un solo rasguño... —mascullo, Maeve ríe bajito.

—Le curaremos. —Su mano se posa en mi hombro y lo aprieta suave, como si quisiera darme un poco de su fortaleza, esa de la que por ahora yo no dispongo—. Que regresen como sea, pero que lo hagan, eso es lo único que importa.

\*\*\*

Esas palabras resuenan todos los días que se suceden después de esa conversación. Intento mantenerme ocupada, ayudo a mi madre y a mi tía en todo lo referente al castillo, viene el invierno y hay que conseguir reservas de comida. También comienzo a preparar la ropa de mi bebé, mi vientre cada día se abulta más, dejando en evidencia mi estado, mucha gente del clan me felicita, a pesar de que soy muy consciente de los cuchicheos a mi alrededor o de las miradas que dejan claro que no son estúpidos.

Sabía que llegaría este día, pero no me esperaba enfrentarlo sola. Nadie me falta al respeto, pero ir de boca en boca es mucho peor, podría decírselo a las mujeres, pero no quiero darle más problemas, por lo que decido callarme a la espera de que el rumor cese y dejen de darle importancia.

Entro en la alcoba de Cedric, la que comenzó a ocupar cuando se distanció de todos sin dar explicación ninguna. Cierro la puerta e

inspiro el aroma que me da la bienvenida, tan él, y a la vez deja tan clara su ausencia.

Camino despacio, hasta sentarme en el lecho, me doy cuenta de que una de sus camisas reposa sobre él, la cojo y la huelo, un sollozo me desgarrar. Cierro los ojos sintiendo el peso de la pena y el remordimiento sobre mí, me hago un ovillo en el centro de la cama y abrazada a su prenda lloro desconsolada sin poderlo evitar.

—Lo siento —musito cuando soy capaz de calmarme—. Lamento tanto no haberme despedido de ti como querías, como yo tanto deseaba. Si no regresas, es algo que va a acompañarme mientras viva...

No estoy segura de cuánto tiempo transcurre, incluso me duermo y cuando abro los ojos me doy cuenta de que ha oscurecido. La puerta se abre sobresaltándome, aparece mi tía Maeve con el rostro descompuesto.

—Gracias a Dios —exclama, llevándose una mano al pecho—. Rowenna, está aquí —grita hacia el pasillo—. En la antigua alcoba de Cedric. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes...? —lamenta, llegando hasta mí—. ¿Tienes idea del susto que nos has dado, niña? —reprende.

—Lo lamento —susurro con la garganta en carne viva por el llanto—. Me he quedado dormida.

—Gillian —mi madre avanza con rapidez y me abraza, me dejo envolver en sus brazos—. Estaba tan asustada —su voz temblorosa me hace sentir como una estúpida egoísta—. No te encontrábamos, mi niña, y temía que la pena...

La abrazo más fuerte comprendiendo lo que quiere decir, pero su boca no puede. Temían que hubiera hecho cualquier locura, jamás lo haría, ya que, por mucho que ame a Cedric, amo más al ser que hemos creado juntos, por lo que no sería capaz de arrebatarme la oportunidad de vivir, de crecer.

—No pensé en eso... —reconozco—. Solo vagaba por los pasillos, llegué hasta aquí y... —suspiro, apartándome del férreo abrazo de mi madre—. Lo siento mucho.

—Al menos, ya sabemos dónde te puedes esconder —dice Maeve—. Deja de pedir perdón, niña. Nos has quitado diez años de vida,

pero no es necesario que te fustigues. También ha sido culpa mía por no pensarlo antes.

—¿Te das cuenta de que inconscientemente has llegado hasta aquí? —pregunta mi madre mientras me levanto, me siento avergonzada, estúpida ante sus ojos—. Piensa en el bebé, Gillian. Cedric sabe cuidar de sí mismo, pero ese ser que crece en tu vientre día a día no.

Asiento dándole la razón. Las tres salimos de la alcoba, yo la última, miro una vez más hacia el interior, hacia las cuatro paredes que durante unas horas me han dado algo de paz permitiéndome sentirlo un poco cerca, a pesar de la distancia que nos separa. Y con la que tendré que aprender a vivir hasta el día en que pueda regresar, pensar en lo contrario no es algo que pueda permitirme.

# Capítulo 26



*Cedric*

Llevamos un día navegando, partimos ayer al amanecer y no deberíamos habernos retrasado si no fuera por la maldita tormenta que nos sorprendió por la madrugada. El viento, la lluvia, los truenos... Parecía que los mismos dioses de nuestros enemigos nos iban a impedir llegar a nuestro destino.

Más de una vez, pensé que no lo lograríamos, que el barco naufragaría y acabaría con todos nosotros. Sin embargo, igual que comenzó con fuerza, se detuvo dándonos una tregua por la que había rezado en silencio.

—Mañana llegaremos a nuestro destino —anuncia mi padre—. ¿Tenéis claro cómo vamos a actuar? Es tierra hostil, por lo que no esperéis un buen recibimiento. Nada de matar mujeres o niños, ¿entendido?

—No somos como ellos —escupe uno de los hombres Sinclair—. Respetamos a los más débiles.

Voy a abrir la boca, pero mi hermano posa una mano en mi hombro, una orden silenciosa para que me mantenga al margen. Es su laird quien debe disciplinarnos, no yo, ni siquiera lo seré de mi propio clan.

—No vamos allí para competir sobre quién es mejor —reprende Malcom—. Centraos en cumplir nuestras órdenes. Quien comprenda que ahora las Orcadas son escocesas por las buenas, perfecto. Quien prefiera por las malas, se las verá con nuestras espadas.

Muchos vitorean, sigo sin comprender el porqué. Miro el horizonte, todo lo que nos rodea es mar, y cuanto más avanzamos, más lejos de Dunmara estamos. No puedo dejar de preguntarme si Gillian estará bien, si con mi ausencia se dará cuenta de que

realmente el amor que dice que he matado con mi comportamiento es cierto que ha desaparecido. O si, por el contrario, le hará comprender que no importa lo que suceda, lo que nos une nunca va a cambiar por mucho que ambos luchemos por ello.

No lo digo en voz alta, pero no vamos a conseguir nada por las buenas. No si ya lo han intentado todo para que las rebelión se detenga. Olvidan demasiado pronto que nosotros somos los primeros en defendernos de los ingleses, que no aceptamos que nos arrebaten nuestras tierras ni costumbres, ahora pretendemos hacer lo mismo.

Me alejo, quiero estar solo. Eso es algo que no ha cambiado, es como si el ruido que siempre escucho en mi mente se calmara en soledad. La luna llena alumbra el mar ahora algo más calmado, durante la tormenta he pensado que no llegaríamos y rezado para que no fuera así.

Sé que alguien se acerca, Ethan se coloca a mi lado, en silencio. Lo miro de reojo a la espera de escuchar lo que tiene que decir, pero no habla, por lo que decido hacerlo yo.

—Llegado el momento, si las cosas se complican, asegúrate de sacar a padre del campo de batalla e irte tú con él —musito, mirando a lo lejos.

—¿Pretendes insultarnos? —replica en tensión—. ¿Crees que somos unos cobardes o que no seremos capaces de sobrevivir?

—Deja de malinterpretar todo lo que digo, maldita sea —mascullo volviéndome hacia él, veo la furia en sus ojos, pero también la vulnerabilidad—. Padre es el laird de los MacGregor y tú lo serás algún día. El clan no se puede permitir perderos a ninguno de los dos.

—Para ser alguien que nos odia, te preocupas demasiado por nosotros —se burla—. No pienso huir como un cobarde, Cedric. Si debo morir, que así sea.

—Si tanto ansias morir, hazlo por una causa justa, por algo que merezca la pena y no por otros —espeto—. No permitas que acaben con tu vida mientras quien ha ordenado que tú juegues con la tuya está cómodo tras la seguridad de su hogar.

—Todavía intento comprender si tu cambio se debe a que sabes la verdad o a tu boda con Gillian —musita pensativo...

—Lo sabes igual que yo —replico—. Y eso es lo que me está carcomiendo por dentro —me mira frunciendo el ceño—. Saber que le hubiera hecho la vida imposible a Gillian por ser incapaz de luchar contra el odio que me envenenaba cada día...

—Pasa el tiempo y sigues sin hacer lo que te pedí —regaña—. Sigo pensando que debes hablar con padre.

—¿Crees que ahora, a punto de entrar en batalla, es el mejor momento? —recrimino—. Te dije que cuando creyera conveniente hablaría con él. Parece que no comprendes que al hacerlo puede que sentencie a tu madre.

—Tonterías —espeta—. Es la única excusa que te queda. Pero ni a ti te importa lo que le pase a ella, ni a padre le resultará difícil perdonarla.

No rebato sus palabras porque muy en el fondo sé que son ciertas. Donnan MacGregor besa el suelo por donde pisa Maeve, su esposa, la compañera que eligió hace veinte años. Aun así, siento miedo, mi hermano tenía razón, temo que, si digo la verdad, mi padre deje de quererme, porque sí, sé que, a pesar de todo lo que he dicho y hecho, sigue queriéndome, aunque no lo merezca.

—Si salgo con vida, se lo diré —sentencio—. Si muero, tú guardarás silencio —le ordeno mirándolo—. No servirá de nada que lo sepa.

—¿Te has vuelto loco? —escupe impresionado—. No vas a morir, pero en el caso de que lo hicieras, no pienso cargar con esa losa toda mi vida. Mucho menos sabiendo que a padre le daría paz saber la verdad.

—¿De qué habláis? —Connor aparece de la nada—. ¿Por qué dais por sentado que alguno de nosotros va a morir? Somos Highlanders, maldita sea.

—Y ellos descendientes de los vikingos —replico—. ¿Querías algo?

—Falta poco para llegar —anuncia—. Debemos prepararnos.

Asiento, Ethan se marcha en busca de nuestro padre, puedo sentir la mirada de Connor sobre mí, pero no dice nada más. Poco

después, se marcha farfullando algo que no logro comprender. Diviso la costa frente a nosotros y me preparo como todos los demás para desembarcar en tierra hostil.

—Hemos llegado a Kirkwall —anuncia Malcom Sinclair—. Preparaos para lo que sea que esté por venir, parece que todo está en calma, demasiado para mi gusto —dice mientras observa con ojos de halcón.

Tanto los Sinclair como los MacGregor obedecen sabiendo que llevamos años siendo más que clanes aliados, somos familia.

En cuanto ponemos un pie en Kirkwall, se puede sentir la tensión en el ambiente. Todo en silencio, como si fuera una isla fantasma cuando sabemos demasiado bien que no lo es, lo cual significa que están preparados para atacar. Todos estamos en guardia, nuestros ojos atentos ante cualquier movimiento sospechoso que nos haga saber que estamos a punto de sufrir una emboscada.

Avanzamos hasta llegar a la aldea, es entonces cuando comenzamos a ver gente, aldeanos que nos reciben con miradas recelosas y gestos hoscos. Lo que llama mi atención y la de mi primo es una muchacha que oculta tras una capucha permanece impassible ante nuestra llegada, pero cuando deja su rostro al descubierto, me doy cuenta de cómo reacciona Connor.

—No te distraigas —espeto—. No bajes la guardia.

—¿La has visto? —murmura anonadado—. ¿Alguna vez habías visto un cabello de ese color?

—No —replico—. Pero eso ahora no nos importa. Haz el favor de no pensar con la entrepierna —regañó—. No es el momento.

—No veo hombres armados —dice Ethan, llegando a nuestro lado—. O están escondidos, o es una maldita trampa.

# Capítulo 27



*Gillian*

**H**a pasado una semana. Tiempo suficiente para llegar a su destino y con suerte detener las rebeliones y volver sanos y salvos, que no lo hayan hecho me hace pensar que nada ha sido tan fácil, que mis esperanzas son estúpidas.

Como cada día desde su marcha, paseo por los alrededores del castillo sin alejarme por órdenes de mi padre. Los hombres que han quedado a cargo hasta su regreso nos cuidan con celo, sabiendo que somos lo más importante para ellos. Mis pensamientos son nefastos, me sumen en una melancolía contra la que no soy capaz de luchar.

Cada noche, antes de intentar dormir, rezo para que al abrir mis ojos todos estén de regreso. Cuando consigo abandonarme al cansancio, sueño con que Cedric está a mi lado, en nuestra cama, pero al despertar la dura realidad se impone como un mazazo.

—No debe alejarse más, mi señora. —El joven que me vigila detiene mis pasos, lo miro parpadeando, intentando regresar al presente.

—Lo siento —musito—. Regresemos.

Lo hacemos en silencio y a paso ligero. Si salgo es porque la curandera me ha dicho que es bueno caminar para tener un buen parto, que debo conseguir recuperar todas mis fuerzas para el día que deba dar a luz a mi hijo. Aunque hay muchas mañanas en las cuales las náuseas me impiden madrugar, intento hacer todo lo que me ha aconsejado para asegurarme de que mi hijo o hija nacerá fuerte y sano.

—Ya estás aquí, niña. —Mi tía y mi madre bordan al lado del fuego—. Siéntate y recupera el aliento.

Obedezco porque me siento las piernas temblorosas, hoy he ido un poco más lejos de lo acostumbrado, como si inconscientemente quisiera correr hacia Cedric, aunque eso no sea posible.

Contemplo las llamas danzar, me pierdo en los recuerdos, en las cosas que no dije e hice cuando pude. En todo lo que guardé por temor a su rechazo, y una vez más, su voz, sus súplicas llegan a mí como dagas directas al corazón. Me remuevo en mi asiento, contengo a duras penas las lágrimas para no preocupar todavía más a las dos mujeres que no me pierden de vista como si temieran que en cualquier momento pudiera hacer una locura.

—Gillian, querida... —Alzo la vista y miro a mi tía—. ¿Has pensado nombres para el bebé? —Niego despacio—. Vaya, bueno, todavía hay tiempo.

—¿Lo hay? —cuestiono en voz baja—. Cedric no lo tuvo para que pudiéramos hablarlo. Ni siquiera sé que nombre le gustaría ponerle en el caso de que sea niño o niña. Y ahora puede que nunca lo sepa...

—Claro que sí —exclama mi madre—. ¿Qué te he dicho sobre atraer las malas noticias, hija? Debes pensar que viene en camino y que todo saldrá bien.

Asiento sin decir una palabra más porque no es lo que ellas quieren escuchar. Nessa llega con flores y comienza a colocarlas por el salón, su madre alaba la belleza y el aroma que desprenden, a mí no puede importarme menos.

—Me alegra verte aquí —me dice al llegar a mi lado—. Tal vez mañana me puedas acompañar al prado.

—Me encantaría —replico, desde el otro día intento aparentar una normalidad que no siento. Sonríe, a pesar de que soy capaz de ver la tristeza que intenta ocultar para que su madre no sufra más de lo que ya lo está haciendo.

Intento que mis días sean lo más productivos posibles, cansarme hasta caer rendida en mi lecho que lo encuentro vacío y enorme para mí sola y dejar que el sueño me lleve lejos, aunque sea por unas pocas horas. Es la única forma de conservar la cordura que en muchas ocasiones temo perder.

—Si no estuvieras en estado, podríamos cabalgar un rato... —dice Nessa, sentándose a mi lado.

—De eso nada, señorita —replica su madre—. Ya escuchaste lo que dijeron tu padre y tu tío. No es seguro alejarse de Dunmara.

—Me aburro muchísimo —exclama enfurruñada, no puedo evitar reír porque me recuerda demasiado a cuando éramos unas niñas. Ella me mira y me imita, son estos pequeños instantes los que me mantienen cuerda, los que alejan el miedo y los remordimientos—. No es gracioso.

—Sí lo es —rebato—. Nessa, puedes hacer muchas cosas, sin embargo, deseas la única que por el momento no está permitida.

—Se comporta como una niña —añade su madre, Nessa le saca la lengua, y las mujeres, lejos de escandalizarse o enfurecerse, también comienzan a reír.

—Disculpad si no me entretiene bordar —masculla, cruzándose de brazos—. ¿Creeis que seré una buena esposa? —pregunta tras unos instantes de silencio.

—Por supuesto que sí —responde su madre ofendida—. Te he criado para ello. ¿Qué clase de madre sería si no lo hubiera hecho? Cualquier hombre estará encantado de ser tu esposo, eso si tu padre no le arranca la cabeza primero —bromea.

—¿Así cómo demonios tengo que encontrar marido? —replica—. Espanta a todos mis pretendientes.

—Cielo, tu padre se encargará de encontrar alguien que te merezca —intenta tranquilizarla—. Eres joven todavía, ¿por qué esa prisa por casarte?

—Tengo la misma edad que Gillian —inquire.

—A mí no me metas —espeto—. Sin embargo, si me pides mi opinión, te diría que tu madre tiene razón. Hay un tiempo para todo, espera a que llegue tu hombre.

—Tú no has esperado, doy por hecho que es porque sabes que mi hermano es tu hombre —me ruborizo, agacho la mirada maldiciendo en silencio por mis palabras—. Cedric y tú estabais destinados desde vuestro nacimiento y que ambos luchéis contra ello es una pérdida de tiempo.

—Creo que no me podéis acusar de no luchar por él —me tenso, esta conversación ya deja de tener gracia—. Llevo años haciéndolo.

—Lo sabemos, querida —tía Maeve interviene, dándose cuenta de que Nessa está presionando demasiado—. Nadie duda de tu amor por mi hijo.

—Solo él. —Miro a Nessa con ganas de golpearla—. ¿Qué? — replica altanera ante mi mirada—. Es la verdad, se fue de aquí creyendo que no lo amas. Espero que a su regreso y los dos dejéis de comportaros como asnos y reconozcáis vuestros sentimientos, o me voy a enfadar.

Se levanta y se marcha igual como ha llegado. Nessa siempre ha sido como una tormenta de invierno, esas que llegan sin avisar, pero que arrasan todo a su paso.

—No le hagas caso —miro a Maeve preocupada por su reacción—. Aunque intenta disimularlo, está aterrada ante la idea de que alguno de los hombres no regrese. Es la primera vez en su vida que mi esposo e hijos deben luchar lejos de casa, y teme perderlos.

Puedo comprenderla porque me pasa lo mismo. Sufro por mi padre, por mi hermano, por mi esposo. Ese hombre que me robó el corazón cuando apenas éramos unos mocosos comenzando a vivir.

No volvemos a hablar, yo me sumo en mis pensamientos, en mis recuerdos más felices, donde Cedric no estaba lleno de resentimiento, donde no me alejaba sin que yo pudiera comprender el porqué. Donde no existían las guerras que lo separaran de mí, no hay enemigos, solo juegos, risas y complicidad, que desaparecieron de la noche a la mañana dejando mi mundo desolado.

Dejo que mi infancia regrese a mí para esconderme de la dura realidad y así soportar los días que están por llegar.

# Capítulo 28



*Cedric*

**L**as palabras de mi hermano son una sentencia. Pronto nos rodean varios hombres liderados por uno enorme. Soy alto, más incluso que mi padre o Ethan, y el que parece el cabecilla de la rebelión me sobrepasa por poco. Sus ojos parecen dos bloques de hielo, su mirada vacía, desprovista de todo sentimiento, lo sé porque yo también me he sentido así durante mucho tiempo.

—No sois bienvenidos aquí —anuncia, alzando la voz, los aldeanos comienzan a esconderse en sus casas, se escuchan puertas cerrándose—. Dad media vuelta y decirle a vuestro rey que las Orcadas siguen siendo de los noruegos.

—Soy el laird MacGregor —replica mi padre, dando un paso al frente apoyado por su cuñado—. Este es el laird Sinclair —lo señala—. Nos han enviado para negociar la paz.

—No mintáis —brama—. Vuestro rey no quiere la paz, ni ninguna tregua. Quiere la sumisión de mi pueblo, y eso es algo que no va a tener jamás —alza el mentón con orgullo—. Marchad por donde habéis venido si no queréis que vuestra sucia sangre escocesa manche nuestras tierras.

—Cuidado, vikingo —masculla Malcom Sinclair—. No oses amenazarnos. Nosotros no somos como los que nos han precedido, debéis saber que podríamos haber llegado arrasando con todo, sin embargo, estamos perdiendo el tiempo hablando contigo, muchacho.

—No tememos miedo —espeta otro algo más joven—. Acabaréis como los anteriores, corriendo como ratas —se carcajea, mi mano se

dirige a una de mis flechas para preparar mi arco, Connor me lo impide, lo miro con furia.

—Contente —sisea—. Deja que nuestros padres se ocupen.

Venía dispuesto a negociar, los comprendía en cierta manera. Pero no pienso permitir que nos humillen y se burlen de nosotros. Me siento orgulloso de quién soy y de mi patria, y ni un millar de vikingos me hará cambiar de opinión.

—Las Orcadas ya no os pertenecen —dice mi padre, gruñidos se escuchan a nuestro alrededor dejando muy claro lo que opinan de tal afirmación—. Vuestro rey se las entregó al nuestro. Pedid explicaciones a quien corresponde. Luchar contra nosotros no os va a servir de nada. ¿No os importan vuestras mujeres y niños?

—Nuestras mujeres luchan mejor que vosotros —exclama uno—. Son capaces de manejar mejor una espada que un perro escocés —escupe en el suelo frente a nosotros—. Da la orden, Einar —le pide al grandullón—. Deja que acabemos con ellos.

—Puede que entren en razón... —se burla mirándonos, retándonos—. ¿Qué decidís? ¿Sangre y muerte, o rendición?

Mi padre me mira, es su señal. Los MacGregor nos preparamos, los Sinclair nos imitan tras la orden de su laird.

—Imagino que preferís morir —espeta—. Atacad.

La batalla comienza, somos buenos guerreros, pero ellos también y son más numerosos. Incluso los más mayores son temibles. Aunque estoy muy ocupado intentando mantenerme con vida, no pierdo de vista a los míos. Sé que no debería preocuparme, Ethan es tan bueno como yo, tanto con la espada como con el arco o el cuerpo a cuerpo, aun así, me siento en la obligación de cubrirle la espalda, supongo que se debe a ser el mayor.

Mi padre lucha contra el líder de los noruegos, me apresuro a llegar hasta ellos porque no creo que pueda contra él. Los años no pasan en balde y, aunque es temido en las Tierras Altas, soy consciente de sus limitaciones.

Empujo al vikingo cuando está a punto de asestar el golpe mortal al hombre que me dio la vida. Me mira, asiente y se marcha para quitarle dos hombres de encima a Ethan.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu edad? —increpo—. ¿O es que no te atreves?

—Pienso atravesarte con mi espada, sucio escocés —escupe con rabia.

—Inténtalo —me burlo mientras una y otra vez esquivo sus mandobles—. ¿Esto es todo lo que sabes hacer?

El rugido podría asustar al hombre más valiente de toda Escocia, sin embargo, a mí no me da tiempo a reaccionar. Su espada alcanza mi estómago, mi mano cubre la herida, siento el calor de mi sangre.

—¡Cedric! —escucho cómo mi padre vocifera, de reojo veo cómo ese error puede costarle la vida, por lo que, en vez de seguir luchando contra mi rival, corro hacia él en el momento que Ethan también llega a su lado—. ¿Qué demonios te he enseñado, muchacho? —recrimina mientras acabo con su atacante—. Estás herido.

—Cuidado —Ethan acaba con otro, estamos rodeados, me doy cuenta de que no vamos a poder salir de aquí con vida.

—Llévatelo al barco —le grito a mi hermano en el momento en el que veo que los Sinclair se baten en retirada—. Regresad —le grito de nuevo, me doy cuenta de que mi padre también está lastimado, apenas puede sostenerse sobre la pierna herida—. Ahora, Ethan.

Gruño cuando siento cómo una espada me atraviesa por la espalda, no dudo de quién es, mucho menos cuando escucho su carcajada. Ethan palidece, mi padre detiene su ataque y me mira aterrado y con un dolor en sus ojos tan parecidos a los míos indescriptible.

—Cedric —brama, siento el sabor de la sangre en mi boca—. No.

—Corred —es lo último que puedo decir—. Ethan, por favor...

En cuanto saca la espada de mi cuerpo, caigo de rodillas al suelo. Mi padre lucha contra mi hermano, quiere llegar a mi lado, pero si lo hace, estará sentenciado y Ethan está cumpliendo con lo que le pedí de camino a este maldito infierno. Con las últimas fuerzas de las que dispongo, me levanto y planto batalla a mi atacante, se sorprende de que sea capaz de alzar mi espada contra él de nuevo. Pero se recupera pronto, lucho todo lo que puedo para darles tiempo a huir, para que, al menos, ellos sí puedan regresar a casa.

Casa... Hogar... Gillian.

Lo último que escucho es un nuevo bramido por parte de mi padre. Ahora comprendo realmente que siempre me ha amado, le acaban de arrebatar un hijo, me deja atrás no por elección propia, sino porque así yo lo he decidido. Al menos, con mi muerte, salvo a mi familia, es lo menos que puedo hacer por todos ellos.

—Parece que te dejan atrás, escocés. —Caigo al suelo jadeando, el dolor en mi cuerpo nubla mi visión, la sangre mana de mis heridas como un río—. Bienvenido al infierno.

# Capítulo 29



*Gillian*

**A**nuncian la llegada de jinetes, y a pesar de que mi madre intenta detenerme, no se lo permito. Soy la primera en salir al patio en el momento en el que los hombres comienzan a llegar, liderados por mi tío, quien es recibido por su esposa, mi padre y Ethan junto a Connor, pero no veo por ningún lado a Cedric.

Comienzo a impacientarme, veo muchos heridos, también mujeres que lloran porque sus hombres no han regresado. Corro hasta mi tío, y me mira con tanta desolación que sé antes de que pronuncie una sola palabra que lo que tiene que decir va a partirme el corazón.

—¿Dónde está? —musito con voz temblorosa, siento cómo mi madre se posiciona a mi lado, Nessa al otro, e intentan tranquilizarme—. Por favor...

—Mi hijo ha... —no es capaz de pronunciarlo, por lo que me dirijo hacia Ethan, que parece tan destrozado como Donnan.

—Gillian, él... —niega con la cabeza—. Nos salvó a todos. —Mira a la nada mientras comienza a llorar—. He dejado atrás a mi hermano —se lamenta, la furia me invade, comienzo a golpearle el pecho.

—¿Cómo has podido hacerlo? —le grito—. Le has abandonado, maldito cobarde —me revuelvo porque intentan apartarme—. Él jamás lo hubiera hecho.

—Cielo, por favor, detente. —Mi madre intenta abrazarme—. Cedric no querría esto, piensa en tu hijo.

Me detengo de golpe, mi bebé, mi pequeño milagro. Mis manos van hacia mi vientre, ya abultado, lo acaricio mientras cierro los ojos

sabiendo que Cedric jamás podrá hacerlo. Mis piernas fallan, no me sostienen, sin embargo, no caigo al suelo, mi madre y Nessa me sujetan mientras de mi garganta brota un alarido de puro dolor. Mi alma se desgarrá al pensar que nunca más volveré a verlo, que no le dije que le amaba cuando me lo suplicó.

Los sollozos sacuden mi cuerpo con fuerza, no soy capaz de respirar, siento que me estoy ahogando en un mar de sentimientos. Intentan calmarme sin éxito, no consigo ver más allá de todo lo que me han arrebatado.

—No puede ser —musito una y otra vez—. Él no me dejaría, no nos dejaría —me niego a creerlo—. Está vivo, tiene que estarlo.

—Llevala dentro y que venga la curandera —ordena mi padre.

Connor me alza, lo sé porque musita un perdón que no sé si podré concederles algún día. Lo que tanto temía, el miedo que siempre sintió aquel niño herido, se ha hecho realidad, lo han dejado atrás, le han dejado morir en una tierra hostil.

—Cedric... —grito antes de perder por completo el conocimiento.

\*\*\*

Escucho voces a mi alrededor, pero no quiero despertar. No pienso hacerlo, no quiero vivir en un mundo donde mi esposo ya no está. No me importan los ruegos de mi madre, ni los sollozos de Nessa, la cual ha perdido a su hermano mayor, solo quiero morirme para irme con él.

—No va a lograrlo —musita Nessa—. No sin mi hermano, él era su fuerza.

—Va a hacerlo —sentencia mi madre—. Tiene un hijo que cuidar, maldita sea. No puedo creer lo que ha sucedido.

—No puede estar muerto. —Mi corazón se rompe un poco más—. Ethan me ha explicado lo que ha sucedido, no lo estaba cuando se ha llevado a mi padre de allí y sí...

Abro los ojos, ambas se sobresaltan. Me incorporo a pesar de sentirme muy mareada.

—¿Qué has dicho? —pregunto—. Si estaba vivo, puede que...

—Hija mía... —Alzo la mano para acallarla, no quiero escuchar nada—. Gillian, tenemos que ser realistas. La posibilidad de que Cedric haya sobrevivido son pocas.

—Pero no es imposible —exclamo—. Es fuerte y joven. Un buen luchador. Puede que lo tengan prisionero, pero si vamos hasta allí y...

—Eso es una locura —interrumpe, poniéndose en pie—. No pienso permitir que salgas de Dunmara. Tu lugar está aquí o en Girnigoe, será tu elección como vi...

—No lo digas —le grito, levantándome también de la cama—. No seré viuda hasta que no tenga frente a mí el cuerpo de mi marido. Lo quiero aquí —grito sin importar que todos me escuchen—. Aunque sea para enterrarlo donde corresponde. Lo han abandonado como a un perro, y si nadie va a por él, lo haré yo misma.

La puerta de mi alcoba se abre para dar paso al laird MacGregor. Parece que ha envejecido diez años desde que partió de Dunmara, sus ojos se encuentran con los míos, me doy cuenta de que su pierna está herida.

—Estoy preparando un nuevo grupo de hombres para regresar por mi hijo —anuncia—. Tienes razón, lo traeré de vuelta vivo o muerto. Lamento muchísimo lo ocurrido, créeme, hubiera preferido ser yo quien ocupará su lugar, entregaré mi vida si es necesario por traerlo de vuelta donde pertenece.

—Él siempre os ha querido —comienzo a llorar cuando me mira sorprendido—. A pesar de que esa perra lo envenenó en vuestra contra, ha dado su vida por vosotros y ...

—¿Qué estás diciendo? —interrumpe, demasiado tarde me doy cuenta de que he dicho más de lo que debería, aunque ahora ya nada importa—. ¿Quién hizo qué?

—Brenda. —Ethan entra también, su padre lo mira anonadado—. No estaba muerta como todos pensabais. Lo encontré cuando tenía diez años y, desde entonces, envenenó su mente para que nos odiara.

—¿Cómo puede ser? —musita conmovido—. ¿Quieres decir que esa maldita perra vaga por mis tierras a sus anchas?

—Ya no. —Ahora llega Maeve muy digna, sabiendo que es muy posible que su esposo la odie—. Murió hace unos meses.

—Lo sabías —acusa dando un paso atrás—. ¿Sabías que mi hijo se veía con esa bruja y no lo impediste?

—No podía arrebatarme eso también.

—¿Te volviste loca? —grita enfurecido—. Has dejado que durante años te despreciara, que me odiara, sabes lo que he sufrido al ver cómo mi hijo se alejaba de mí cada vez más, y no me dijiste nada.

—Lo siento —solloza cubriendo su rostro—. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando en realidad, ya era demasiado tarde. Brenda había jugado bien sus cartas, los malos éramos nosotros y ella la pobre víctima.

—Al menos, la hubiera matado —grita de nuevo sobresaltándose.

—Entonces, Cedric jamás te lo hubiera perdonado —alza el mentón con orgullo—. Me equivoqué, pero en ese momento hice lo que creía correcto.

—Y ahora mi hijo ha muerto pensando que yo... —cae de rodillas, su esposa se apresura a llegar hasta él—. Regresaré a esa maldita isla, no dejaré piedra sobre piedra, si es necesario, la reduciré a cenizas, pero regresaré con Cedric a Dunmara.

—Él sabía la verdad —susurro, Donnan alza la mirada empañada—. Tanto tía Maeve como la curandera se la contaron. No quiso decir nada, imagino que creyó que no merecía vuestro perdón.

—Ni el tuyo —dice Ethan, lo miro destrozada, asiento sabiendo de sobra que es verdad.

No puedo olvidar su súplica, la forma en la que me miró por última vez al no obtener un te amo por mi parte. Si hubiera sabido que no iba a regresar... Me dejo caer de nuevo sobre la cama porque las fuerzas me abandonan.

Los remordimientos puede que nos acompañen a todos los presentes hasta el día de nuestra muerte.

# Capítulo 30



*Cedric*

**N**o estoy muerto, pero cualquiera en mi lugar desearía estarlo.

Encerrado en una celda mugrienta, ardiendo de fiebre por mis heridas mal curadas que hubieran matado a cualquiera, pero a mí parece ser que no me quieren ni en el mismísimo infierno.

En cuanto me tiraron aquí, me di cuenta de que no estaba solo. Una muchacha escocesa también corrió a mi lado al ver mi estado. Intentó curarme lo mejor que pudo teniendo en cuenta que no disponíamos de nada. No fue hasta la noche cuando pensaba que iba a morir por la pérdida de sangre que la puerta volvió a abrirse para dar paso a una encapuchada.

\*\*\*

*—Sabía que vendrías —dice mi compañera de encierro—. No he podido hacer nada por él. Solo intentar que dejará de sangrar..*

*—Es un milagro que no haya muerto ya —escucho que murmura—. La fiebre ya ha comenzado. Voy a curar y coser, ponle algo en la boca para que no grite, si no, alertará a los hombres de mi hermano.*

*Ni siquiera tengo fuerzas para replicar, para decirle que no pienso emitir sonido alguno. Sin embargo, cuando comienza a curarme, me alegro de no haberlo hecho, muerdo el palo que tengo entre los dientes con fuerza para ahogar los gemidos de dolor. Mi cuerpo tiembla, me siento sin fuerzas, lo único que quiero es morirme y dejar de sufrir. Ya ni siquiera el pensamiento de no volver a ver a Gillian y no conocer a mi hijo.*

*—He hecho todo lo que he podido —se lamenta—. Ayúdame a que beba algo para bajarle la fiebre. Si no le mata la infección, lo harán el frío o mi hermano.*

*Me atraganto con el brebaje que me dan, pero, aun así, insisten en que debo tomarlo todo. Cuando me vuelven a tumbar, solo quiero dormir.*

*—Volverán a por él. —Mi compañera de encierro no duda—. Su familia no va a dejarlo aquí.*

*—Puede que solo se lleven un cadáver y más muertes a sus espaldas —lamenta mi salvadora—. Einar no va a darse por vencido. Los odia demasiado, los culpa por la muerte de su esposa y...*

*—Tu hermano es el mismísimo demonio —interrumpe—. Yo no soy un guerrero, no supongo una amenaza y me tienen encerrada como un perro por el simple hecho de ser escocesa.*

*—¿Crees que no lo sé? —replica—. Desde que nuestro maldito rey cedió nuestras islas, Einar ha cambiado. Pensé que llegaría a aceptarlo, pero cuando Aileen murió... —guarda silencio, abriría los ojos si pudiera.*

*—Según me contaste, murió en el parto, ¿qué culpa tenemos los escoceses? —cuestiona la muchacha.*

*—Ellos mataron a mucha gente de la aldea, entre ellos, a la partera —responde dando la explicación requerida—. Puede que no sea lógico, pero en su mente lo es.*

*—¿Quieres decir que va a matar a todos mis compatriotas por el hecho de que uno asesinó a la única mujer que podía salvar a su esposa? —sigue interrogando.*

*—Es el sentimiento de culpa —continúa diciendo, entreabro mis ojos—. Él no estuvo a su lado, tenía que protegernos y luchaba contra los invasores mientras su mujer se desangraba.*

\*\*\*

Esa noche ninguno de los tres creímos que saldría con vida. Moira, que así se llama la escocesa encarcelada conmigo, me ha cuidado lo mejor posible desde entonces. No estoy seguro de cuánto tiempo ha pasado porque duermo y despierto desorientado.

*—Ya no tienes fiebre —dice impresionada—. Es un milagro.*

*—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Mi garganta quema, mi voz demasiado ronca.*

*—Tres días —responde, calculo que mi familia debe estar llegando a Dunmara. Mi corazón duele al pensar en cómo se tomará*

la noticia de mi muerte Gillian—. Pensábamos que no lo lograrías...

—¿Tú y quién más? —cuestiono de nuevo mirándola. Su rostro cubierto de mugre, cabello oscuro, pero con un color de ojos muy extraño, no son marrones, no son verdes, pero transmiten paz.

—Freydis —replica—. Es la hermana menor de Einar.

—Que supongo que es el bastardo que lidera la rebelión. —Asiente e intento incorporarme, pero gimo al no conseguirlo, ella me detiene para que permanezca tumbado en el frío suelo—. ¿Y está de acuerdo en que su hermana salve a sus enemigos?

—Ella lo hace igualmente —se encoge de hombros—. Fue la que impidió que me violaran, la que ha curado mis heridas y la que me trae algo de comida.

—Una santa —me burlo—. No deja de ser hermana de quien es.

—No son iguales —continúa defendiendo—. Freydis desea la paz. E intenta buscar una solución que aplaque la ira de Einar.

—Dudo que halle alguna que dé consuelo a su alma —musito recordando los años en los que he vivido cegado por el odio, culpando a las personas incorrectas de todos mis males—. Tenemos que salir de aquí.

—Lo he intentado —replica frustrada—. Pero no hay salida posible. Mucho menos para ti que ni siquiera puedes tenerte en pie.

—Tal vez esa muchacha que es un dechado de virtudes nos ayude —sugiero irónico—. ¿No lo habías pensado?

—Se arriesga demasiado —frunce el ceño, pensativa—. No creo que tenga el valor para desafiar a su hermano tan abiertamente.

—Pues moriremos aquí —sentencio—. Ahora no estoy en disposición de luchar, dudo que pueda sostener mi espada, si la tuviera.

—Lo sé —asiente—. Perdí las esperanzas hace semanas, highlander.

—Me llamo Cedric MacGregor —me presento como es debido.

—Moria Lennox —replica con una sonrisa llena de tristeza.

—¿Qué haces tan lejos de tu hogar, muchacha? —pregunto interesado.

—Buscar a mi padre —alzo una de mis cejas—. Investigaba las piedras de Brodgar y no volvió a casa.

—Es una soberana estupidez entrar en tierra enemiga por unas malditas piedras —mascullo.

—Se lo dije, pero no me hizo caso —escupe—. No podía dejarlo abandonado. —Sus ojos se empañan—. Pero lejos de salvarlo, lo único que he conseguido es terminar encerrada y con una sentencia de muerte pendiendo sobre mi cabeza.

—Puede que él también esté muerto. —Veo el dolor reflejado en sus ojos, muerdo mi lengua, agacha la cabeza y no vuelve a hablar.

Por mi parte, podría golpearme por ser un bastardo sin sentimientos. Moira no necesitaba escuchar eso por mi parte, seguramente la esperanza de volver a ver a su padre es lo que la ha mantenido cuerda hasta ahora. No muchas mujeres tendrían la fortaleza de sobrevivir a condiciones inhumanas como estas.

Me pregunto por qué todavía me mantienen con vida, ese malnacido podría haberme matado en batalla y, sin embargo, me mantiene encerrado como a un perro. ¿Es una especie de venganza? ¿Pretende conseguir algo teniéndome en su poder?

—¿Todo ha estado en calma mientras estaba inconsciente? —pregunto, llamando su atención, me mira pensativa, tarda en responder.

—Lo cierto es que sí —susurra—. Es raro porque siempre están al acecho, pendientes de que ningún escocés pise su isla, como ellos la llaman.

—Entonces algo está pasando —sentencio.

# Capítulo 31



*Gillian*

**N**o puedo soportar pensar que han pasado cuatro días y que aún les costará, al menos, dos más para llegar hasta Cedric. No he podido dormir ni comer, no importa lo que me haya dicho mi madre, mi tía o incluso Nessa, no soy capaz de probar bocado y si lo hiciera estoy segura de que vomitaría en el acto.

¿Cómo voy a hacerlo sabiendo que Cedric puede estar herido y abandonado? ¿O sufriendo a manos de sus enemigos...? O peor aún... No puedo pronunciar las palabras, las lágrimas vuelven a brotar, el dolor me asfixia.

—Si no puedes controlarte, pienso pedir a la curandera que te dé algo que te haga dormir una semana, Gillian. —Mi madre hace tiempo que ha perdido la paciencia viendo cómo me consumo, cómo pierde a su hija un poco cada día—. ¿Quieres que cuando tu esposo regrese te vea así?

—¿Crees que volverá? —cuestiono, mirando a la nada—. ¿Vivo, al menos?

—Sí —sentencia con una seguridad que yo no tengo—. Van a traerlo de vuelta.

—No debieron dejarlo en primer lugar —replico, cada vez que lo recuerdo, que lo imagino, la furia se apodera de mí—. Está solo creyendo que yo... —cubro mi rostro con mis manos, ocultando mi vergüenza—. Si, al menos, le hubiera dicho que, a pesar de todo, le amaba...

—Se lo dirás —acaricia mi cabello—. Bebe esto —me ofrece un vaso que miro con recelo—. Es algo para templar los nervios, nada más.

Confío en ella porque es mi madre, nunca me daría nada que pudiera dañarme a mí o a mi bebé. Lo tomo a desgana, poco después siento cómo mis párpados pesan cada vez más, la miro dolida, comprendiendo que ha cumplido su amenaza.

—Lo siento, pequeña —susurra llorando también—. No puedo perderos.

El sueño me lleva lejos de aquí, lejos del dolor....

\*\*\*

*Estoy en las colinas de Girnigoe, ¿por qué? i*

*Escucho unos suaves pasos, doy media vuelta y me encuentro a Cedric caminando hacia mí con un gesto tranquilo. En sus ojos negros ya no veo resentimiento ni odio, solo paz, incluso me regala una sonrisa que me trasporta a nuestra niñez.i*

*—Cedric —murmuro temblorosa—. ¿Qué hacemos aquí?*

*—No lo sé —se encoge de hombros llegando a mi lado, mira a su alrededor—. No recordaba lo hermoso que es tu hogar, mucho más que el mío.*

*—¿Dónde estás? —pregunto, me mira perdiendo la sonrisa, su mano se alza y acaricia mi mejilla con suavidad—. Van a ir a buscarte...*

*—Estás muy delgada —regaña sin darle importancia a mis palabras—. ¿Qué te dije? —pregunta—. No importa lo que pase, debes cuidar de ti y de nuestro hijo. Me lo prometiste.*

*—No hables así —espeto, alejándome de su contacto—. No hables como si esto fuera una despedida. Llegarán pronto, y volverás conmigo.*

*—Pensé que no querías estar atada a mí —bromea, niego intentando contener el llanto—. No llores —me ordena con firmeza—. No lo merezco.*

*—Eres mi esposo —exclamo—. Te amo, Cedric.*

*Veo cómo sus ojos se abren por la sorpresa, cómo su pecho deja de subir y bajar como si estuviera conteniendo el aliento.*

*Finalmente, sonrío, me abraza y me dejo envolver por su calor, su fuerza y su presencia que tanta falta me hace. Le devuelvo el gesto, entierro mi rostro en su pecho, inhalo con fuerza su aroma, no quiero soltarlo porque sé que, si lo hago, todo terminará.*

*—Tienes que regresar a mi lado, esposo —murmuro contra su piel, lo siento temblar—. Tienes que conocer a nuestro hijo y resarcirme por todos los años en los que me has mantenido alejada cuando lo único que deseaba era ser tu apoyo.*

*—Lo sé —besa mi cabello con suma ternura—. Sé que solo querías ayudarme, que me amabas incluso cuando no lo merecía. Y que sigas haciéndolo es el mayor regalo que podías darme.*

*Alzo el rostro para contemplar el suyo, me besa con suavidad, me alzo de puntillas porque necesito mucho más, pero se aleja, como si algo lo obligara a ello.*

*—Gracias —dice, ante mis ojos comienza a desvanecerse—. Gracias por amarme.*

*—¡Cedric! —grito cuando desaparece, miro a mi alrededor desquiciada, pero me encuentro sola en el prado donde tantas veces corrimos, y ahora Girnigoe ya no se siente como mi hogar.*

\*\*\*

*—Está vivo —exclamo abriendo los ojos—. Cedric va a volver.*

*Nessa aparece en mi campo de visión, ella tiene tan mal semblante como yo. Me mira con una lástima infinita, mi corazón da un vuelco ante el terror que me invade.*

*—¿Han llegado? —pregunto ansiosa, niega con la cabeza—. ¿Cuánto he dormido?*

*—Casi un día entero. —Gruño furiosa—. Debes tranquilizarte, o tengo órdenes de tu madre de volver a dormirte.*

*—No lo intentes —siseo—. No pienso caer en su trampa otra vez. Fui lo bastante estúpida como para confiar en ella, no sucederá de nuevo.*

*—Lo ha hecho por tu bien —rebate—. No estás pensando en tu bebé, y es lo que Cedric querría.*

*—No hables como si ya hubieras enterrado su cuerpo —alzo la voz—. Todos actuáis como si estuviera muerto.*

*—Gillian, lo hirieron —susurra con dolor—. ¿Crees que lo dejarían con vida?*

*—No está muerto —repito—. Yo lo sentiría...*

*—Sé cuánto amas a mi hermano, yo también —continúa diciendo con condescendencia—. Pero cuanto antes nos hagamos a la idea de*

que ya no está con nosotras...

—Cállate —reacciono como nunca, me incorporo mientras mi mano golpea la mano de mi cuñada y mejor amiga, veo cómo su rostro gira, jadeo anonadada—. Dios mío... Nessa, yo no quería, lo siento mucho.

Me mira con decepción, se levanta muy lentamente para alejarse de mí, me gustaría correr hacia ella y detenerla, pero siento que no es el momento.

—No estás en tus cabales —musita enfadada—. Y solo por eso y porque estás embarazada de mi hermano no te devuelvo el golpe. Pero no lo olvides, Gillian Sinclair, jamás oses ponerme la mano encima otra vez.

Sale dando un portazo. Sollozo sintiéndome culpable por haberla golpeado sin motivo alguno. Nunca me he considerado una mujer violenta, pero no quería seguir escuchando la posibilidad de que Cedric no vuelva a mi lado.

Me levanto de la cama, aunque me siento muy débil, sin embargo, permanecer acostada ya no es una opción. Me doy cuenta de que es de noche, salgo hacia el pasillo en busca de mi madre o de alguien que pueda darme alguna información.

—Ha perdido el juicio —exclama Nessa desde el salón—. Me ha golpeado. No quiere escuchar la realidad, madre.

—¿La puedes culpar? —pregunta mi tía—. No sabe si su marido está vivo o muerto.

—También es mi hermano y tu hijo —continúa exaltada—. Soy la primera que quiere ver a Cedric entrar por esa maldita puerta, pero negarme la realidad no va a traerlo de vuelta.

—Continuaremos rezando. —Cierro los ojos, me apoyo en la fría pared de piedra—. Yo tampoco puedo aceptarlo, Nessa. El dolor es demasiado intenso.

—¿Crees que no quiero morir cada vez que pienso en no volver a verlo? —cuestiona dolida—. Amo a mis hermanos, a toda mi familia, pero sabes que Cedric para mí es... —se rompe, escucho un grito que me hiela la sangre y después unos sollozos desgarradores mientras su madre intenta consolarla.

Doy un paso al frente y entro en la estancia para verla arrodillada en el suelo. Maeve, al verme, sonrío con tristeza, le hago un gesto para que se aparte porque necesito ser yo quien le dé consuelo a Nessa. Cuando se da cuenta de que soy yo, intenta apartarme, pero no con mucha decisión, finalmente no solo permite que la abrace, sino que me envuelve entre sus brazos y lloramos juntas.

Una siendo el apoyo de la otra mientras nos desmoronamos en pedazos. Nadie nos interrumpe, son espectadores mudos del dolor que nos une, de la angustia que nos invade ante la incertidumbre.

# Capítulo 32



*Cedric*

*Una semana encerrado...*

**H**e perdido la esperanza de que ocurra algo que me salve de este encierro. Aunque no creo que dure mucho, los rebeldes comienzan a impacientarse, quieren sangre, la mía para ser más precisos.

—Las heridas, por extraño que parezca, están cerrando bien —dice Freydis, sigue viniendo a curarme y nos trae comida—. No puedo seguir mintiendo a mi hermano mucho tiempo más...

—Pues libéranos —replico—. No eres como él, si lo que temes son las represalias, ven con nosotros, en mi clan no te faltará de nada. Te ofrezco mi protección y la de mi padre, el laird.

—No puedo dejar a mi gente... —muerde su labio inferior—. Pero sé que, si no os saco de aquí, moriréis. Y vosotros no sois responsables de lo que hace vuestro rey.

Es una muchacha inteligente y justa. No se parece nada a su hermano, y ahora comprendo por qué mi primo Connor se sintió atraído por ella la primera vez que la vimos, no es solo su belleza.

—¿Has descubierto algo sobre mi padre...? —pregunta Moira, cada día lo mismo para no recibir información precisa.

—No puedo asegurarlo, pero... —se calla, agacha la mirada y sé que ella sabe algo que puede destrozar a la morena que agazapada contra la pared contraria la mira con algo parecido a la ilusión—. Según me han dicho varios hombres, un hombre con las características de tu padre entró en nuestras tierras, aquel día no se hizo prisioneros.

—Mientes —musita conmocionada—. Puede que te equivoques o que los hombres de tu hermano mientan para castigarme.

—Pensaron que era un espía de la corona —niega con tristeza—. Lo siento mucho, Moira.

—Piensan lo mismo de mí, ¿por qué no me matan? —alza la voz, la noruega mira a nuestro alrededor, algo en su semblante cambia, sus ojos se abren asustados y me doy cuenta de que no estamos solos.

—Porque, aunque eres una perra escocesa, eres mujer y puedes servir de entretenimiento a mis hombres. —El gran Einar Thorsson en persona, ante nosotros—. ¿Qué haces ahí dentro, hermana? —pregunta mientras me observa.

—Curar sus heridas —alza el mentón—. ¿Y tú, Einar? ¿No tienes mejores cosas que hacer?

—Lo cierto es que estos días todo ha estado demasiado tranquilo —replica como si eso le molestase—. Pensé que el rey escocés enviaría hombres a por él —me señala—. Pero parece que no eres importante —se burla—. Ni siquiera para tu familia, ya que te dejó atrás.

No caigo en sus provocaciones, me pregunto por qué demonios está jugando al gato y al ratón, sobre todo, porque yo estoy indefenso. Herido, débil por la falta de alimento y sin mis armas.

—Déjalos en paz, Einar. —Freydis se pone de pie frente a él, solo separados por los barrotes—. Libéralos.

El hombretón la observa durante lo que parece una eternidad, después echa la cabeza hacia atrás y comienza a reír. Su hermana lo mira enfurecida, aprovecha para salir de la celda y posicionarse frente a la puerta como si así pudiera protegernos.

—Basta. —Empuja su pecho, el hombre deja de reír, ahora la mira molesto—. ¿Por qué te comportas de este modo? —acusa—. Deja que regresen a su hogar...

—¿Se te olvida lo que le hicieron a mi esposa? —sisea, acercándose peligrosamente a ella, me muevo haciendo una mueca de dolor por puro instinto, pero Moira me detiene, la miro para ver cómo niega despacio—. Ninguno de ellos merece vivir, ella era inocente.

—Me parece bien defendernos cuando nos atacan —replica—. Pero Moira no ha hecho nada. —Ambos la miran, ella se encoge a mi

lado—. Deja que vuelva con su clan, no es ninguna espía, solo buscaba a su padre.

—Y lo habéis matado —sisea, ahora soy yo quien la insta a callarse—. Malditos bárbaros...

—Moirá, no —exclama Freydis—. Einar, vamos —tira de él, pero el guerrero no se mueve. Solo mira a la muchacha que acaba de insultarlo dejándose llevar por el dolor por la pérdida de su padre.

—Tal vez sea hora de que lo acompañes —amenaza con su mano sobre la empuñadura de su espada, la protejo con mi cuerpo, aunque es una estupidez, ahora mismo no soy defensa para nadie, ni siquiera para mí.

—No. —Freydis lucha contra él, un silbido llama la atención de Einar, nos observa por última vez y se marcha empujando a su hermana, que no cae al suelo porque se coge a los barrotes con fuerza—. Eso no ha sido prudente —regaña mirándonos—. No le retéis si queréis que os saque de aquí con vida.

—¿Lo harás? —pregunto sorprendido.

—Sí —asiente—. Lo he visto en sus ojos, no os va a dejar libres como me prometió. Os matará solo por el puro placer de hacerlo y, como he dicho, soy partidaria de matar para defender, no porque mi alma llena de odio me lo pida.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —pregunto interesado.

—Algo ha llamado la atención de sus hombres —replica—. Voy a utilizar eso en nuestro favor. Iba a esperar a la noche, pero creo que ahora es el mejor momento. Esperad aquí, volveré lo antes posible.

Se marcha corriendo, como si ya tuviera claro un plan cuando hasta hace unos minutos no quería arriesgarse. Moira no ha pronunciado palabra, sus ojos enrojecidos por el llanto miran hacia la nada.

—Vendrás conmigo —susurro—. No temas, no tienes por qué estar sola.

—Siempre lo estaré —susurra, alza la mirada hacia mí—. Él era todo lo que me quedaba y ni siquiera he podido darle un entierro digno.

No tengo palabras que puedan consolarla, por lo que guardar silencio me parece lo más prudente. Me concentro en intentar

escuchar lo que sucede ahí fuera. ¿Por qué Einar se ha marchado? ¿Qué significa ese silbido entre ellos?

Me tenso cuando, poco después, escucho los pasos de alguien descendiendo las escaleras hacia las mazmorras. Freydis aparece cargada con varias cosas. Lanza a mis pies mi arco y espada, tiende a Moira una capa muy parecida a la que porta ella.

—Es el momento —sentencia—. Alguien viene, podemos utilizar eso a nuestro favor.

—¿Alguien? —pregunto mientras abre la celda—. ¿Quién?

—Enemigos —responde—. Para mi hermano y sus hombres siempre lo son.

La sigo en silencio, concentrándome en que mi debilidad y el dolor de mis heridas no me deje atrás ni sea una losa para las dos mujeres que caminan delante de mí. La noruega nos guía por pasadizos que a mi parecer me son interminables, cuando al fin salimos, la luz del sol me ciega.

—Dios mío —escucho a Moira—. Pensé que jamás volvería a ver un nuevo día.

Cuando mis ojos se acostumbran, me doy cuenta de que hemos salido de la fortaleza por una especie de entrada secreta. Nos tiende algo de comida y agua, nos observamos los tres sabiendo que es muy posible que jamás nos volvamos a ver.

—Ven con nosotros —insisto una vez más—. Puede que tu hermano no te perdone esto, que lo tome como una traición.

—Para él hace mucho tiempo que soy una traidora —se encoge de hombros—. No os preocupéis por mí. Debéis seguir todo recto, el cauce del río os llevará a la orilla, hay una pequeña barcaza que espero sea suficiente como para que lleguéis a puerto seguro. No puedo hacer más.

—Nos has salvado la vida, nos has dado libertad —le digo—. Nunca lo olvidaré.

Escuchamos gritos que nos ponen en alerta. Algo me dice que no puedo irme, corro en dirección contraria a la que Freydis me ha aconsejado, a pesar de sus ruegos, llego justo a tiempo para ver cómo hombres MacGregor y Sinclair se enzarzan en una nueva batalla, ahora son mucho más numerosos. ¿Por eso han tardado más

en llegar? Sonríó como un loco al comprender que no me han dejado, que me aman lo suficiente como para arriesgarse sin saber si estoy vivo o muerto.

—Han venido por mí —murmuro, las mujeres llegan a mi lado.

—Dios mío —exclama la rubia—. No sé si es que son muy valientes, o unos locos.

—Supongo que ambas —ríó, lo hago como hace mucho no lo hacía, a pesar de estar viendo una completa carnicería ante mis ojos—. Debemos detener esto.

—Secuéstrame —dice de golpe, la miro como si hubiera perdido el juicio—. Puede que Einar solo os de tregua si cree que mi vida corre peligro.

—Tendré que llevarte con nosotros —le digo, frunciendo el ceño—. ¿Quieres dejar tu patria?

—¿Qué patria? —cuestiona—. Ya no queda nada. Los tiempos cambian lo queramos o no, mi hermano no lo aceptará jamás, pero yo empiezo a hacerlo y no quiero vivir siempre rodeada de muerte y resentimiento.

—Moira, escóndete tras de mí —insto—. No te haré daño.

Dicho lo cual mi daga roza su cuello, la cojo sin apretar demasiado y comienzo a caminar para llamar la atención del líder rebelde.

—Deteneos —ordena en cuanto nos ve aparecer—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —inquire furioso—. Suelta a mi hermana.

—No hasta que des la orden a tus perros de detener esta batalla —grito, mi progenitor me mira como si estuviera viendo un fantasma—. Hola, padre. Gracias por venir a por mí.

—Cedric —exclama—. Estás vivo...

Ethan y Connor corren hacia mí. Mi hermano quiere abrazarme, lo veo en sus ojos, pero se contiene entendiendo que lo que estoy haciendo es nuestra única oportunidad de salir de aquí.

—Llévate a Moira al barco —susurro—. Comenzad a dispersaos y avanzad.

—No pienso volver a dejarte atrás —niega, mirando a la susodicha—. ¿Quién es ella?

—Moirra Lennox —respondo sin perder de vista a nuestro enemigo—. Cautiva de los noruegos. Se viene con nosotros.

—¿Hay acuerdo o no, Thorsson? —pregunta mi padre—. Entrégame a mi hijo y nos marcharemos, me aseguraré de que nuestro rey te conceda el dominio de la isla.

—Qué magnánimo, MacGregor —se carcajea—. Pero sigo viendo cómo el malnacido de tu hijo amenaza a mi hermana. La única familia que me queda.

—Se viene con nosotros —replico—. No le haremos ningún daño, pero es nuestro salvoconducto.

—¿Crees que voy a dejaros salir de aquí? —pregunta furioso—. Prefiero verla muerta que en manos de los escoceses.

La escucho jadear, siento cómo deja de respirar, incluso juraría que siento su corazón partirse en mil pedazos ante la afirmación de su hermano.

—No lo escuches —susurro—. No es él quien habla, sino el rencor.

—Basta, Einar —alza la voz—. Detén esta guerra, no va a devolvete a Eileen.

Me complace ver que los hombres comienzan a retirarse, los deja marchar sin mover un solo dedo hasta que quedamos mi padre, Connor, Ethan y yo.

—Llévate a Moirra, maldita sea —siseo—. No podremos avanzar si tenemos que cuidar de ella.

Ethan y Connor finalmente asienten y se marchan. Mi padre se posiciona a mi lado a la espera de que el vikingo dicte sentencia.

—Decide —insto cansado de todo esto—. O nos dejas salir de aquí, o contempla cómo la degüello.

—No vas a hacerlo —se jacta con seguridad—. Ella ha salvado tu miserable vida y así se lo pagas —escupe—. ¿Ves, hermana? ¿Ya te has convencido de que no hay un escocés bueno que merezca ser salvado?

Es la misma Freydis quien aprieta la daga para hacer un pequeño corte que comienza a sangrar. Einar abre mucho los ojos al darse cuenta de que no estoy mintiendo.

—¿Qué haces? —siseo—. ¿Te has vuelto loca? —Lucha contra mí para seguir ejerciendo presión—. No pienso hacerlo.

—O me hieres, o no se lo va a creer —masculla—. No voy a morirme por un poco de sangre.

Tiene razón, el semblante de Einar Thorsson cambia, dejando claro que su hermana le importa, a pesar de los desacuerdos entre ellos. Alza la mano, una orden silenciosa para que sus hombres bajen las armas, insto a mi padre para que se mueva, debo ser el último en salir.

—Iré por ti, MacGregor —amenaza—. Y destruiré todo lo que te importa.

—Inténtalo —asiento, caminando hacia atrás; él, por el contrario, no ha dado un solo paso—. Prometo darle mejor trato en mi hogar que el que tú me has dado en el tuyo.

Una vez fuera de la fortaleza, corremos, al menos, yo intento ir todo lo rápido que puedo. Cuando veo el puerto y la embarcación que de nuevo ha traído a mi gente hasta aquí, estoy a punto de flaquear, pero no hay tiempo, no creo que los noruegos nos den tregua.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —recrimina Connor, pero no me mira a mí, sino a Freydis—. ¡La has herido!

—No ha sido él —replica la muchacha—. Soy la culpable, mi hermano no os hubiera dejado ir.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, primo? —cuestiono irónico, me tensó cuando me abraza con fuerza, abro los ojos impresionado.

—Maldito cabrón, no vuelvas a asustarnos así —recrimina entre dientes, no puedo hacer otra cosa que reír cuando no hace mucho le hubiera dado un puñetazo por el insulto.

El barco ha zarpado y yo ni siquiera me había dado cuenta, me alejo de Connor cuando mis ojos se encuentran con los de Ethan, que permanece al lado de Moira.

—Me has liberado —dice la chica en cuanto me acerco.

—Te dije que lo intentaría —me encojo de hombros algo cohibido ante la gratitud que brilla en su mirada—. Ethan...

—¿Ethan? —cuestiona—. ¿Te haces una idea de lo que hemos pasado? ¿De cómo me sentí teniendo que dejarte atrás y...? —la emoción no le permite hablar. Actúo por instinto, esta vez soy yo quien lo abraza, mis ojos y los de mi padre se encuentran y la sensación de estar en casa me embarga y me llena de paz.

# Capítulo 33



*Cedric*

**M**e aparto de mi hermano y camino hacia el hombre que me dio la vida. Y al que he odiado gran parte de ella sin que se lo mereciera, sin haberme dado motivo alguno para pensar que no me quería igual que a Ethan o Nessa.

—Pensé que te había perdido —murmura, miro su pierna porque recuerdo que lo hirieron, pero se comporta como si nada—. No pienso permitir que vuelvas a hacer algo así, Cedric —amonesta—. Es mi deber protegerte, no al revés, ¿me entiendes?

—Los MacGregor necesitan a su laird —replico emocionado, carraspeo para disimularlo, nunca se me ha dado bien mostrar mis sentimientos.

—Te equivocas —rebate con firmeza—. Un padre necesita a sus hijos, a todos. Hubiera dado mi vida con gusto sabiendo que vosotros regresabais sanos y salvos a Dunmara.

Tengo tantas preguntas, quiero saber cómo está Gillian y la vez me da miedo, ya que la realidad puede ser más dolorosa que la incertidumbre.

—¿No tienes nada que decirme, Cedric? —Por cómo lo pregunta, comprendo de inmediato que lo sabe, que el secreto que llevo una década guardando ha salido finalmente a la luz.

—Lo sabes. —No sirve de nada hacerme el tonto, asiente—. Entonces no tengo mucho más que decir, padre. Pedir perdón no va a cambiar el hecho de que me he comportado como un bastardo con todos vosotros. Mucho más con Maeve, porque le echaba toda la culpa y yo no podía permitirme...

—No podías quererla —termina por mí como si fuera capaz de leer mi mente—. Pero ya lo hacías, Cedric. Creo que ambos os

enamorasteis el uno del otro cuando apenas eras un bebé —habla sonriendo, aunque veo la tristeza en su mirada por todo lo que hemos perdido a lo largo del camino—. Ella nunca ha dejado de amarte, es tu madre, por más que no te diera la vida. Si lo que temes es que Maeve no te perdone...

—No es eso —interrumpo incómodo—. Mi temor es que no lo hagas tú. —Abre los ojos sorprendido—. Sé que Maeve tiene un corazón enorme y me lo ha demostrado a lo largo de los años. No importa lo que hiciera o dijera, siempre estaba ahí.

—No tengo nada que perdonarte, Cedric —murmura acercándose, sus manos cubren mi rostro—. Eres mi hijo, sangre de mi sangre. Eras solo un niño en medio de una guerra que no era tuya y que yo no sabía que se estaba librando.

—Lo siento mucho, padre —rompo a llorar, poco me importa que estemos rodeados de guerreros que pueden pensar lo que quieran de mí. Me abraza, le dejo hacer cerrando los ojos, sintiéndome niño otra vez—. Desearía no haber conocido nunca a Brenda...

—Deseo lo mismo —suspira—. Pero no por conocerla, sino por el daño que te ha hecho. Eras un niño feliz, alegre y amoroso, y esa perra te convirtió en un ser desprovisto de sentimientos, solo sembró en ti el odio y el resentimiento.

Me suelta cuando soy capaz de calmarme, estamos solos, como si todos a nuestro alrededor comprendieran que esto era necesario entre los dos para poder sanar y tener un futuro esperanzador donde poder recuperar la relación de padre e hijo que tuvimos cuando era niño.

—Volvamos a casa —me dice con cariño—. Gillian está deseando verte.

—¿De verdad? —pregunto, esperanzado, con el corazón golpeando con fuerza mi pecho, asiento sonriendo—. No sabes lo furiosa que se puso cuando le contamos lo sucedido. Golpeó a tu hermano acusándonos de abandonarte.

—No fue así —rebato, caminando con él por la cubierta—. Supongo que debió asustarse mucho...

—Sí lo fue, y no la culpo por reaccionar de ese modo —replica—. Te ama, ¿cómo esperabas que recibiera la noticia de tu supuesta

muerte?

—No sé si sigue haciéndolo —niego, apesadumbrado, mirando el mar que tenemos en frente—. Y no puedo culparla por ello.

Mascula una maldición, le miro ceñudo para ver que niega con la cabeza como si me diera por perdido.

—No puedes negar que eres mi hijo —dice—. Eres igual de obtuso que yo a tu edad. Aunque más listo, ya que nunca le has sido infiel —musita, agachando la mirada, eso es algo que le pesa y que nunca va a abandonarlo—. Gillian te ama. Y lo hace con tanta intensidad que ha enfermado por tu ausencia, no debería decírtelo, pero siento que, si no lo hago, seguramente, ninguno de los dos va a ser sincero con el otro por puro miedo u orgullo.

—¿Enferma? —cuestiono preocupado, el temor me atenaza el cuerpo—. Eso no puede ser...

—Tranquilo, están cuidando de ella. —No me sirve de mucho escuchar eso, pero tendrá que servir—. Concéntrate en llegar tú en buen estado para no preocuparla más. No tienes buen aspecto.

—Debes agradecersele a Freydis —respondo, buscándola sin hallarla—. Sin su ayuda, hubiera muerto.

—Solo por eso perdonaré la vida de ese miserable cuando venga a por su hermana —mascula mi padre mirando hacia atrás—. Con suerte el invierno los retrasará.

—No creo que Einar Thorsson abandone las Orcadas en son de paz —replico—. Ni por su hermana ni por nadie. La muerte de su esposa lo ha convertido en un monstruo.

—Eso no es culpa nuestra —espeta—. En cuanto lleguemos, informaré de nuevo al rey, pero nosotros no volveremos a las islas. Ya se verá cómo se resuelve el conflicto, no pienso arriesgar más a mi gente, y Malcom opina lo mismo.

Me siento agotado, solo quiero llegar a Dunmara y no volver a salir de las tierras que en el pasado llegué a odiar. Perderme entre los brazos de mi esposa, decirle lo mucho que la amo y pedirle mil veces perdón por todo lo que le he hecho.

—Intenta descansar —palmea mi hombro—. Trataré de buscar algo de comida.

—¿Dónde están las mujeres? —cuestiono.

—No debes preocuparte por ellas, Connor y Ethan se encargarán.

—Moira es algo asustadiza —replico—. Y me gustaría que Freydis viera mis heridas. La del costado tira demasiado y temo que se haya abierto.

Las encontramos en la otra parte de la embarcación y, tal como ha dicho mi padre, las acompaña Ethan, Connor observa a lo lejos, no parece muy contento.

—¿Estáis bien? —pregunto, ambas asienten—. Freydis, no sé si mi herida...

—Déjame ver —se levanta y hace lo que le he pedido, revisa mis heridas, y por la mueca que hace, sé que algo no va bien—. Como suponía, la del costado ha vuelto a abrirse un poco, pero es normal, era muy profunda.

—¿Tendrás que coser? —pregunta mi hermano, mirando horrorizado mi costado—. ¿Cómo demonios sigues vivo?

—Supongo que no me quieren ni en el infierno —bromeo, mi padre gruñe, miro sobre mi hombro, él tampoco puede apartar los ojos de mi herida—. No es para tanto.

—Por supuesto que no —masculla—. Verás cuando tu mujer lo vea.

—¿Es aprensiva? —pregunta la vikinga sin dejar de limpiarme—. Aquí no tengo nada con lo que poder curarte. Al menos, el agua de mar es buena —musita pensativa—. Vendas. Es lo único que puedo hacer por ti hasta que lleguemos a nuestro destino, si es que Einar no nos alcanza primero.

# Capítulo 34



*Gillian*

**N**o he vuelto a soñar con Cedric. Sin embargo, he dejado de comportarme como una histérica y hecho caso a mi madre. Me he centrado en mi salud, en comer y dormir lo máximo posible, también he rezado, muchísimo. Mi mayor deseo es verlos aparecer junto a mi esposo, acaricio mi vientre mientras observo por la ventana de mi alcoba. No he sentido deseos de abandonarla desde ayer, doy gracias a mi familia por no obligarme a ello.

—Ya llegan. —La puerta se ha abierto con estruendo, revelando a una Nessa jadeante—. Han dado el aviso, Gillian.

—Cedric... —comienzo a decir aterrorizada.

—No lo sé —dice apresurada—. Vamos.

Salgo corriendo lo más rápido que puedo, teniendo cuidado de no caer por las escaleras y romperme el cuello. Al salir al patio, todavía no han llegado y me siento desfallecer por los nervios, las náuseas hacen acto de presencia amenazándome con vaciar el estómago delante de todos los que, como yo, esperan la llegada de sus hombres.

—¿Por qué tardan tanto? —pregunto, caminando de un lado a otro. Tras de mí, mi madre y mi tía de nuevo esperan en silencio la llegada de sus esposos, con el miedo reflejado en sus ojos y la esperanza en sus corazones—. No voy a poder soportarlo si Cedric regresa...

—¡Gillian, mira! —exclama mi prima y cuñada, el primero en entrar por el portón es mi marido, sobre un caballo, desaliñado,

ojeroso y mucho más delgado que la última vez que lo vi, pero vivo —. Gracias a Dios.

Es lo único que escucho, porque comienzo a correr sin importarme quién me vea o qué pueda pensar de mí. Cedric desmonta y también camina en mi dirección, me lanzo a sus brazos, me recibe entre ellos mientras rompo a llorar por la emoción, por el miedo contenido, dando gracias a Dios por tenerlo de vuelta.

—No llores, mi amor. —Ni siquiera logro comprender lo que me dice, solo sé que está conmigo, que ha regresado a mi lado—. No llores, por favor.

El mundo a nuestro alrededor deja de existir, me separo un poco para mirarlo a los ojos, apagados, hundidos y empañados por la emoción. Volvemos a abrazarnos, no me importa saber que su madre debe estar deseando hacer lo mismo, me dejo llevar por el egoísmo. Me niego a soltarlo porque temo que de nuevo todo sea un sueño y al despertar tenga que enfrentarme otra vez a una realidad donde él no esté.

—No voy a irme, Gillian —susurra contra mi cuello, lo besa—. Suéltame para que podamos buscar un lugar más privado, ¿te parece?

Finalmente, me separo a desgana, miro a mi alrededor para descubrir que los hombres no han llegado solos. Dos muchachas más o menos de mi edad y muy hermosas los acompañan.

—¿Quiénes son? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Freydis Thorsson. —Noruega, pienso molesta—. Y Moira Lennox. Su padre ha muerto a manos de mi captor, es escocesa.

—Reconozco el apellido, esposo —replico—. Lo que no entiendo es por qué las habéis traído con vosotros.

Me cruzo de brazos esperando una respuesta por su parte. ¿Qué son para él para arriesgarse a traerlas hasta Dunmara?

—Moira no tiene a nadie, estaba cautiva —explica extrañado por mi conducta—. Freydis fue la que me salvó la vida aún contra la oposición de su hermano.

—Encomiable —espeto, lanzando una mirada a la muchacha del cabello como la nieve—. ¿Te has parado a pensar que gracias a ella tendremos a los noruegos a nuestras puertas pronto?

—Fue la única manera de salir de allí —explica mi tío y suegro—. Querida, que preparen un baño para tu esposo y comida.

—Debo curarlo —interviene la vikinga—. La herida se ha abierto un poco.

—Puedo hacerlo yo —replico—. Para eso soy su esposa —recalco, alguien golpea mi costado, miro de reojo, se trata de Nessa, quien sonríe a las recién llegadas.

—¿Eres curandera? —Lejos de mantenerse callada, osa replicarme, me tenso preparada para atacar, solo la llegada de Maeve, quien abraza a su hijo, me hace guardar silencio.

Me retiro para ordenar lo que me ha pedido mi suegro, pero lo hago furiosa. ¿Cómo se le ha ocurrido traer a nuestra enemiga a Dunmara? Me importa poco lo que haya hecho por él, su sola presencia ya presagia problemas, su hermano vendrá a por ella y de nuevo se derramará sangre MacGregor.

—Gillian —me detengo al pie de las escaleras, Connor se acerca a mí—. ¿Por qué te comportas así? —pregunta—. Casi te vuelves loca cuando Cedric no volvió y ahora...

—¿Tú también estás de acuerdo con semejante locura? —interrumpo—. ¿Es que os ha nublado el juicio esa bruja vikinga?

—¿Estás celosa? —pregunta, intentando contener la risa, gruño—. Lo estás —acusa carcajeándose—. Por el amor de Dios, hermana. Puede que Cedric sea muchas cosas, pero no te sería infiel, mucho menos cuando ha estado cerca de morir. Simplemente le salvó la vida y ha sido nuestro salvoconducto para salir de Kirkwall.

No digo nada, doy media vuelta y comienzo a subir las escaleras después de dar la orden de que preparen la tina en nuestros aposentos. Preparo su ropa y me siento sobre el lecho a esperarlo, mis manos entrelazadas sobre mi regazo, mirada agachada al darme cuenta de que mi comportamiento estúpido ha empañado nuestro reencuentro.

Las criadas llenan la tina con agua caliente, y dejan algo ligero para comer. Me doy cuenta de que no he ordenado nada para las recién llegadas, imagino que Maeve se encargará de ello, aunque después deba disculparme.

Cuando finalmente la puerta vuelve a abrirse, levanto la mirada encontrándome con la de Cedric. Cierra y camina hacia la tina sin dirigirme la palabra, ¿volvemos a eso? ¿Vuelve a ser el mismo de antes? ¿O algo ha cambiado durante su ausencia? Demasiadas preguntas sin respuesta que me hacen temer de nuevo. Aunque no me lo pide, lo ayudo a desvestirse y contengo un jadeo al ver sus heridas, no necesita mi llanto, ni mi lástima.

—¿El agua está muy caliente? —susurro mientras se sumerge.

—Está bien —responde sin emoción—. Puedo hacerlo yo.

No le obedezco, comienzo a lavar su cabello más largo que cuando se fue hace semanas. Mis manos se pierden entre las hebras de cabello oscuro, me deleito con su tacto porque durante días pensé que jamás volvería a tenerlo a mi lado. Cuando acabo, comienzo a lavar su cuerpo, sus manos me detienen cuando sumerjo las mías, le miro sorprendida. Sus ojos son dos pozos negros, se muerde el labio inferior y comprendo de inmediato lo que sucede, lejos de asustarme o sentirme avergonzada, me suelto de su agarre y mi mano encuentra de inmediato su hombría.

Gime y echa el cuello hacia atrás, no puedo evitar besárselo. Traga con fuerza, susurra mi nombre casi con devoción, todo termina incluso antes de comenzar.

—Maldición —masculla levantándose, consiguiendo que mucha del agua termine en el suelo. Se seca con rapidez, casi con frustración, no comprendo por qué se comporta de este modo, ni que es lo que he podido hacer mal.

—Cedric... —me mira sobre su hombro—. ¿Qué es lo que...?

—Dime una cosa, esposa —interrumpe enfrentándome—. ¿Me has tocado porque crees que Freydis también lo ha hecho? —Abro mucho los ojos ante semejante pregunta, pero, lejos de amedrentarme, me enfurece de nuevo.

—¿Lo ha hecho? —replico de vuelta mientras me pongo de pie—. ¿Es por eso por lo que no deseas mis atenciones?

—¿Que no las deseo? —pregunta incrédulo—. Gillian acabo de estallar en tu mano con solo tocarme —se carcajea—. ¿De verdad que estás tan ciega como para no verlo?

—¿Qué debo ver? —inquiero a la defensiva—. Dime, Cedric. ¿Qué es lo que mi estúpida mente no logra comprender?

—Que te amo —espeta—. Solo mi amor por ti me mantuvo con vida cuando debería haber muerto en esa maldita isla. Solo rezaba a cualquier dios que quisiera escucharme para que me permitiera volver a tu lado y enmendar todos mis errores. Ver crecer a mi hijo, suplicarte perdón hasta el final de mis días.

—Cedric...

—Y tú te enfureces porque traemos a dos mujeres —exclama molesto, dolido—. ¿Piensas que me interesa alguna de ellas? ¿Te he dado alguna vez motivos para pensar que es mi polla quien gobierna mi cabeza?

Enrojezco hasta la raíz de mi cabello no solo porque me siento una tonta en este momento, sino por su forma de hablar. No puedo evitar mirar cierta parte de su cuerpo que acaba de nombrar, ya que continúa desnudo como su madre lo trajo al mundo. Y lejos de reposar entre sus piernas, está muy despierta a mi parecer.

—Te recuerdo que hacía años que no te veía, y cuando lo hacía, no me permitías acercarme lo suficiente —replico mordaz.

—Si lo hubiera hecho, ahora mismo tendríamos unos cuantos mocosos. —Que lo reconozca abiertamente me deja con la boca abierta—. Podríamos pasarnos horas mientras me recriminas todo lo que he hecho mal, pero eso no cambia lo que siento por ti.

—¿Y yo debía adivinarlo? —escupo, negándome a que sus palabras me hagan flaquear—. ¿Ahora debo saber que mi esposo no se ha traído a alguna de esas mujeres para divertirse...?

Gruñe, veo cómo se tensa antes de rodear la tina que nos separa, coge mi rostro entre sus manos y se apodera de mis labios. Mi primera reacción es dar manotazos sobre su pecho desnudo para que me suelte; lejos de eso, me abraza, y es cuando siento su cuerpo contra el mío cuando dejo de luchar. El fuego se enciende en mi interior, me aferro a sus hombros para no caerme, soy consciente de que caminamos, pero no hacia dónde hasta que caigo sobre la cama.

Comienza a desnudarme sin que oponga resistencia mientras lo observo embelesada. Sus manos acarician mi vientre prominente

casi con adoración, se arrodilla y deja suaves besos mientras susurra palabras que no logro comprender porque el deseo se ha apoderado de mi cuerpo y de mi mente. Ya no existen dudas, no existe el miedo o la furia, solo él y yo.

# Capítulo 35



*Cedric*

La felicidad de volver a tener a Gillian entre mis brazos se ha visto empañada por su reacción ante la llegada de Freydis y Moira. En ningún momento pensé que serían un problema más añadido a mi matrimonio. Suplico a mi madre que las atienda mientras voy en busca de mi mujer, no pienso seguir postergando la conversación que deberíamos haber tenido hace mucho tiempo, aunque eso signifique sufrir.

Lo que tampoco esperaba era hacer el ridículo ante ella solo por un par de caricias por su parte. La deseo tanto y desde hace años que mi cuerpo ya no me obedece, han sido semanas en las que creía que no volvería a verla, a sentirla. Mucho menos que dude de mi lealtad hacia ella, puede acusarme de muchísimas cosas, pero nunca de haber mirado a otra mujer.

Por ello, aunque he intentado comportarme, decido que es momento de dejar que nuestros cuerpos hablen. Creo que soy mejor expresándome con caricias y besos que con palabras, me recreo en su vientre, donde crece mi hijo, me maravillo por el milagro de la vida porque sigo sin merecerlo.

—Cedric... —se remueve inquieta, sé lo que quiere.

Llego de nuevo hasta sus labios mientras me adentro despacio en su interior, ambos gemimos, me quedo inmóvil temiendo hacerle daño cuando lo único que deseo en este momento es moverme, fuerte, rápido y alcanzar el paraíso, esta vez entre sus brazos, los cuales me rodean mientras se pierden en mi cabello, sus piernas aferradas a mis caderas mientras las suyas salen en busca de más, lo pide sin palabras, lo escucho en sus gemidos, en los jadeos ahogados contra mi cuello.

Aprieto mis dientes intentando aguantar, mis manos se apoderan de sus caderas, embisto, amaso sus pechos más plenos que la última vez que los vi. Estoy volviéndome loco al sentir cómo me aprieta en su interior, cómo gime mi nombre, temo volver a hacer el ridículo y terminar demasiado rápido sin que ella alcance las mismas cotas de placer que yo.

—Gillian —jadeo cuando araña mi espalda—. No puedo más...

Aumento el ritmo, y cuando grita mi nombre, me dejo ir en su interior gruñendo mientras muerdo su cuello y beso sus labios, que todavía pronuncian mi nombre.

—Dios mío —jadea conmigo todavía en su interior y mi cuerpo temblando sobre el suyo. No quiero apartarme porque tengo miedo a que vuelva a interponer un muro entre nosotros—. Cedric, no sabía que esto era posible...

Alzo la cabeza, aunque la siento pesada, mis heridas duelen, pero mientras he estado poseyéndola, era en lo que menos podía pensar, si se han abierto más, me importa poco.

—¡Tus heridas! —exclama, recordándolo como si pudiera escuchar mis pensamientos—. Dije que te curaría y...

—Estoy bien —interrumpo mientras ella se remueve para apartarme, gruño porque cierta parte de mi cuerpo que todavía se encuentra en su interior despierta contenta—. No hagas eso —amonesto—. O volveré a hacerte el amor.

Se detiene, aunque en sus ojos veo que no le desagrada la idea. Solo lo hace porque teme que me haga daño, se siente culpable por no pensar en mí cuando lo último que necesito es que crea que necesito algún tipo de cuidado especial por el hecho de haber estado al borde de la muerte. No quiero volver a pensar en aquellos días en los que el sufrimiento y el dolor me hicieron desear morir en alguna ocasión.

Me alejo porque sé que debo hacerlo. En cuanto lo hago y se ve libre de mi peso, se incorpora, sus pechos plenos ante mí. Muerdo mi labio inferior para controlarme porque parece que ella está ajena a lo que su cuerpo desnudo produce en el mío, aunque no lo escondo.

—Déjame ver —susurra—. Dios mío —jadea, alza sus ojos para encontrar los míos, los suyos empañados por las lágrimas—. ¿Cómo es posible que estés vivo?

—Porque tenía que volver a ti —acaricio su mejilla borrando el surco que corre por ellas—. Pensé en rendirme, pero necesitaba pedirte perdón.

—¿Realmente me amas? —su pregunta me mata, duele más que ser atravesado por una espada, las dudas que leo en sus ojos, el miedo, la desconfianza.

—Sí —respondo sin lugar a duda, con firmeza y sin dejar de mirarla, con la esperanza de que vea en mis ojos algo que consiga que me crea, ya que parece ser que las palabras y las acciones no son suficientes—. Gillian...

Unos suaves golpes en la puerta nos interrumpen, blasfemo y gruño. Mi esposa se cubre rápidamente y hago lo propio para que no me encuentren como mi madre me trajo al mundo.

—Muchacho, me habían dicho que estabas herido, pero no veo la gravedad. —La curandera entra, veo en el pasillo a toda la familia, incluida a Freydis y Moira. La puerta se cierra, y la mujer mira a Gillian, que sonrojada intenta arreglar su cabello—. El baño ha durado demasiado —se ríe—. Veamos esas heridas, la vikinga ya me ha informado de todo.

De reojo me doy cuenta de que de nuevo Gillian se tensa ante la mención de mi salvadora. En otro momento, puede ser que me hiciera gracia, ahora, lo último que quiero es que se sienta insegura cuando estoy intentando que crea en mis sentimientos.

—Tendré que coser de nuevo. —Mi esposa palidece, me mira con culpabilidad, niego con la cabeza para hacerle entender que ella no es responsable—. Sin embargo, están mejor de lo que esperaba. No hay infección y eso es lo que te ha salvado la vida. Pocos hombres han sobrevivido a semejantes heridas, muchacho.

—He tenido mucha suerte —replico, sin dejar de observar a la mujer que robó mi corazón desde que éramos niños.

—Desde luego —asiente, y cuando acaba, añade—. No os dejéis de nuevo llevar por la pasión, o, al menos, controlaos un poco. — Gillian gime y oculta su rostro entre las manos avergonzada—. Niña,

no hay nada de malo —ríe la anciana—. Todavía recuerdo cuando mi esposo me dejaba con las piernas temblando.

Se carcajea mientras se dirige a la puerta, al abrirla, compruebo que nadie se ha movido del pasillo, como si mi vida corriera peligro. Ruedo los ojos, la primera en pasar es Maeve, que se asegura de que estoy bien con sus propios ojos, sonrío más tranquila. Mientras que lady Rowenna se acerca a su hija para asegurarse de que está bien, menos mal que los hombres son más comedidos y no entran como una tromba.

—Viendo que estás bien —dice mi padre desde la puerta—, creo que lo correcto sería comer todos en el salón. —Asiento—. Es un día para celebrar.

La alcoba queda vacía, solos Gillian y yo. Decido vestirme y ella hace lo propio en completo silencio. Me pregunto qué es lo que le pasa por la cabeza, por primera vez desde que he llegado, me doy cuenta de que, a pesar de que su vientre ha crecido, sigue estando delgada, y las ojeras en su hermoso rostro no deberían haberme pasado desapercibidas.

—¿Te encuentras bien? —Me mira sorprendida, asiente tras unos instantes de duda—. Imagino que estas semanas no han sido fáciles.

—No, no lo han sido —reconoce, volviéndose hacia mí mientras trenza su hermoso cabello, me gustaría decirle que lo deje suelto, pero me contengo al ver que tiene algo que decir—. ¿Crees que ha sido fácil para mí ver cómo todos volvían menos tú? ¿Saber que mi esposo es un hombre con madera de mártir y que prefirió dar su vida para salvar la del resto?

—Gillian... —intento explicarme, pero alza su mano para acallarme.

—Entiendo —asiente—. Se trataba de tu padre y hermano, pero ¿y yo?, ¿y tu hijo?

—No fue así —me levanto para acercarme a ella, necesito tocarla—. Claro que quería volver a tu lado, ¿no te lo he dicho? ¿A qué temes, Gillian? Te he abierto mi corazón, te lo ofrezco todo, te doy mi alma, mi cuerpo, mi vida entera.

—Temo que vuelvas a herirme —exclama—. Me duele que no haya sido yo quien abriera tus ojos, quien te hiciera cambiar y

comprender que tu realidad no era la de los demás.

—Lamento que no haya sido así —replico—. Pero ninguno podemos cambiar el pasado. Lo único que te pido es que seas mi compañera, que me permitas amarme, que criamos a nuestro hijo juntos.

—Exiges una fe ciega en ti —dice, dando varios pasos hacia mí, al menos, no se aleja—. Cuando pensé que te había perdido, creí morir, lo hubiera hecho si no fuera por el bebé que crece en mi vientre. —Escucharla decir algo semejante hiela la sangre en mis venas—. Me recriminaba a mí misma no haberte dicho lo que te amaba, que nunca había dejado de hacerlo, pero que la única forma de protegerme del dolor que me infligía tu desprecio era luchar contra ese sentimiento con la esperanza de terminar matándolo.

—Doy gracias a Dios porque no haya sido así. —Intenta sonreír, pero le tiembla el labio inferior, señal de que está a punto de romper a llorar de nuevo.

—Te amo, Cedric MacGregor, y estoy cansada de luchar contra ello —acaricia mi mejilla—. ¿Me prometes que nunca más vas a alejarte de mí?

—Te lo juro —la abrazo—. Gracias —repito una y otra vez—. Te lo juro por mi honor, esposa. —Alza su rostro, la beso y ella sonríe. Su mirada se ilumina, toda sombra de duda o dolor desaparece como por arte de magia y mi corazón se siente más ligero que en mucho tiempo.

Me gustaría permanecer en esta habitación durante horas, pero sé que nuestra familia nos espera para celebrar que haya vuelto, y lo más importante, que todos lo hayamos hecho con vida, algunos otros no han tenido tanta suerte. Descendemos las escaleras cogidos de la mano, siento tanta paz que me recrimino a mí mismo no haber hecho esto mucho antes. Todos sentados a la mesa nos ven llegar y aplauden al darse cuenta de que al fin he dejado de ser un estúpido. Nos sentamos en nuestros lugares correspondientes y la cena comienza, todos hablan emocionados mientras observo en silencio.

—Me alegra ver que mi hermana y tú seréis felices a partir de ahora. Por lo que, llegado el momento, podré regresar a Girnigoe. —Connor, sentado a mi lado, habla en voz baja sin dejar de comer—.

Estaba más que preparado para partirme las piernas. —Su amenaza me hace reír, Gillian nos observa con el ceño fruncido, intentando mantener una conversación con Nessa.

—No hará falta —niego todavía sonriendo—. Pretendo hacerla muy feliz, Connor.

—Es lo único que pido —asiente—. Sé que lo harás.

# Capítulo 36



*Gillian*

No recordaba la sensación de felicidad plena. Esa que te embarga el corazón y cura todos los males y las viejas heridas. Sé que todavía nos queda camino que recorrer, debemos reconstruir la confianza que durante años Cedric se encargó de destrozarnos, y él debe comenzar a creer que vive rodeado de gente que lo ama sin importar nada.

Me doy cuenta de que mi hermano habla con mi esposo, por primera vez en años no veo acritud entre los dos, susurran cómplices, mientras que Ethan mira embelesado a la escocesa que no sabe dónde esconderse. Me siento mal por el recibimiento que les he dado, más por la morena que por la vikinga, puede que mi esposo sea capaz de olvidar, perdonar y diferenciar, pero yo solo puedo ver a la hermana del hombre que casi lo mata.

—¿Quieres dejar de mirarla así? —sisea Nessa—. No es mala, Gillian. Y ha salvado a mi hermano, solo por eso deberías estar más que agradecida.

No replico nada porque sé que tiene razón, sin embargo, no puedo dejar de sentirme insegura ante su abrumadora belleza, y la gratitud que Cedric parece sentir. No es un hombre que cree vínculos con desconocidos, ya que durante años incluso rehuía los lazos familiares. La muchacha parece sentir mi mirada porque deja de hablar con mi tía para dirigir sus ojos hacia los míos, en ellos no veo acritud ni resentimiento por la forma en la que la he recibido. Soy la primera en mirar hacia otro lado, Nessa alza una de sus cejas, niego para dejarle claro que no quiero hablar sobre lo que nuestra invitada provoca en mí.

—Debes olvidar los celos —susurra insistiendo—. Cedric no siente nada por ella. Te ama a ti —añade con firmeza—. No te tenía por una mujer que se deja llevar por inseguridades.

Le lanzo una mirada que deja muy claro lo que pienso de sus palabras, sé que intenta provocarme y lo está consiguiendo, lucho por no empañar la alegría que se siente en el ambiente no solo por el regreso de los hombres, sino porque Cedric vuelve a ser el que era. Aquel niño que poco a poco fuimos perdiendo y que algunos ya habíamos dejado de esperar, aunque yo, muy en el fondo, jamás lo hice, ya que mi estúpido corazón no me lo permitía.

—No sigas presionando —siseo—. Estás comportándote como una niña —amonesto, a pesar de que ambas tenemos la misma edad.

—Esa eres tú, no yo —se jacta—. Comportate como la esposa de Cedric MacGregor de una vez por todas. Da la bienvenida a Dunmara como corresponde a ambas. ¿Crees que no me doy cuenta de que tu inquina solo es para la vikinga? Y dudo que solo sea por su procedencia o parentesco con el bastardo que casi acaba con mi adorado hermano. Es por su hermosura...

—Cállate —alzo la voz, Cedric me mira extrañado, de inmediato, sabe que algo va mal—. Mira lo que has hecho...

Solo se ríe y comienza a hablar con Ethan, que a su lado todavía no ha abierto la boca, algo raro en él. Puedo sentir cómo mi esposo me mira a la espera de que haga lo mismo, pero intento rehuirlo para no tener que mentirle, o peor aún, decirle la verdad de cómo me siento.

—Gillian, mírame —me pide, lo hago a regañadientes—. ¿Mi hermana te está molestando? —Niego mientras bebo un poco—. Entonces, ¿por qué estás enfadada?

—No lo estoy —miento, Nessa a mi lado hace un sonidito que no pasa desapercibido por su hermano—. ¿Qué te hace pensarlo? —intento sonreír.

—Tus gestos, y que tu cuerpo está tenso como la cuerda de mi arco —replica, volviéndose hacia mí, dando la espalda a Connor—. Quiero la verdad, no me obligues a sacarte de aquí para buscar privacidad y así sonsacártela de otro modo...

La forma en la que lo dice y cómo me mira consigue que me remueva en mi asiento recordando lo que ha sucedido entre nosotros hace unas pocas horas.

—Ya lo sabes —mascullo cansada de este tema—. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Me observa por lo que parece una eternidad antes de suspirar, coge mi mano bajo la mesa y la aprieta entre la suya, parpadeo porque un simple gesto consigue que mis emociones vuelvan a descontrolarse. No comprendo por qué puedo pasar de la furia más absoluta a la tristeza o alegría en un simple abrir y cerrar de ojos.

—Tendré que recordártelo de nuevo —murmura sin mirarme—. Te he prometido hacerte feliz y sigo fallando. —Algo en mí se resquebraja, me siento culpable por comportarme tan irracionalmente cuando Cedric no ha hecho nada—. ¿Me tendrás paciencia?

—¿Y tú a mí? —pregunto de vuelta, sonriendo para tranquilizarlo, me devuelve el gesto.

—Siempre —promete con tanta sinceridad que consigue que mis temores se disipen.

Cuando la cena termina, los hombres quieren hablar con Cedric. Necesitan saber a qué atenerse con el enemigo para estar preparados. Las mujeres nos retiramos al salón privado de la señora de Dunmara, donde nos sentamos frente al fuego, tanto mi madre como mi tía están pletóricas, ya que tanto sus esposos como hijos han vuelto sanos y salvos y esta vez no hemos tenido que lamentar pérdidas.

—¿Te encuentras bien? —Miro a mi derecha sorprendida porque es la muchacha de cabello como la nieve la que me habla, la que parece preocupada por mí, cuando lo único que he hecho desde su llegada no es lo más correcto ni educado.

—Sí, gracias —respondo algo avergonzada—. Cansada, pero es normal en mi estado.

—¿Tenéis parteras en el clan? —Asiento—. Me gustaría aprender —exclama emocionada—. Tengo conocimiento de todo lo demás, pero jamás he asistido a un parto.

—¿En tu hogar no nacen niños? —pregunto extrañada.

—En los últimos tiempos no —niega con pesar—. La partera que teníamos la mataron la misma noche que la esposa de mi hermano se puso de parto. Murieron tanto ella como el niño.

—Lo lamento —musito—. Debió ser duro para él.

—Ha hecho que se convierta en alguien que ya no reconozco. —Puedo sentir su tristeza—. Aunque no pierdo la esperanza de que Einar encuentre algún día alguien que le devuelva las ganas de vivir en paz.

Asiento porque no sé qué decir a eso. No puedo sentir lástima por el hombre que casi acaba con Cedric, además, lo mantuvo cautivo, y hubiera muerto si la mujer que tengo al lado no hubiera intervenido. De reojo, veo cómo habla con Moira, que parece mucho más tímida, me remuevo inquieta sintiéndome fuera de lugar, a pesar de estar en mi hogar y arropada por mi familia.

—Cielo —llama mi madre, la miro—. Le estaba diciendo a tu tía que ahora que tu padre y hermano han regresado, querrán marchar de inmediato a Girnigoe.

—Lo comprendo, madre —asiento, aunque su marcha me duela, sé que su lugar no está en Dunmara.

—Sin embargo, prometo llegar para el parto, nada ni nadie lo impedirá —sentencia—. No debes temer, estaré a tu lado en tan duro trance y veré nacer a mi nieto o nieta.

—No me cabe la menor duda —bromeo, haciendo que todas las presentes se rían.

—¿Crees que padre querrá partir de inmediato? —cuestiono, intentando sonar despreocupada.

—Por lo que me ha dicho, sí —asiente con seriedad—. Quiere replegar a sus hombres en Girnigoe y prepararse para la invasión vikinga.

—Mi hermano no atacará sin un buen plan. —Miro a la noruega—. Y no podrán llegar aquí hasta que pase lo más crudo del invierno. Puede que haya perdido el norte, pero no es un suicida.

—No, es un maldito asesino —espeto sin poder callarme—. He visto las heridas que infligió a mi esposo —me gusta recalcarlo—. Imagino a cuánta gente ha matado jugando a ser un dios.

—Einar no es así —intenta defenderlo con fervor—. No era así —musita derrotada—. Soy la primera que tiene la esperanza de que vuelva el hombre que sé que es. Pero la ira lo ciega, el dolor de la pérdida ha hecho que se convierta en alguien que detesto y al que siento que no puedo salvar.

Aunque no quiero sentir lástima, lo hago, porque sus palabras me recuerdan las miles de veces que me sentí de ese modo con Cedric. La desesperanza de saber que son otra persona completamente distintas, que pueden cambiar, pero no quieren, es doloroso, y muy difícil de aceptar. Sin embargo, mi esposo jamás se convirtió en un asesino que sesgaba vidas por el simple placer de hacerlo o porque estaba convencido de hacer lo correcto en nombre de su patria.

—Mientras tanto, sigue matando —replico—. Vendrá hasta aquí, no quiero ver a mi gente morir.

—No tiene por qué ser así —interviene Maeve—. Comprendo cómo te sientes, querida. Sin embargo, estás volcando tu ira sobre la persona equivocada, ya que Freydis no ha empuñado una espada en contra de nuestros hombres. Ella intenta salvarlos...

—¿A todos? —pregunto, observándola en busca de una respuesta, agacha la mirada, por lo que de inmediato comprendo que no.

—Al principio, también me cegó la rabia —reconoce—. Había perdido a mi cuñada y sobrino y a todo lo que conocía. Nos lo habían arrebatado y no podía comprenderlo.

Guardamos silencio, inspira como si así pudiera armarse de valor para continuar hablando. Me mira con tanto pesar en esos hermosos ojos que me siento como una víbora por estar presionándola.

—Al principio, no moví un dedo por detener a mi hermano —reconoce, la vergüenza es casi palpable en su voz—. Pero no tardé demasiado en comprender que muchos de los que llegaban a la isla lo hacían por orden de su rey, y que no venían a robar, sino a hacernos comprender que somos uno, nos guste o no.

—Lamentamos que vuestro rey y el nuestro se hayan repartido territorios. —Miro a mi madre—. Pero mi esposo, al igual que el laird MacGregor, obedecen órdenes. Los escoceses mejor que nadie

sabemos lo que es que nos arrebatan nuestras tierras y no poder hacer nada. Por nuestra parte, no queremos ser enemigos, hemos luchado durante dos décadas por la paz y ahora se ha visto truncada por un juego de poder ajeno a nosotros.

—Lo comprendo bien —asiente—. Por eso espero que, cuando mi hermano venga a por mí, hayamos encontrado la forma de que las muertes cesen.

—¿Y tienes algo pensado? —Niega ante mi pregunta, ruedo los ojos—. Perfecto.

—Tenemos, al menos, unas semanas... —dice mi tía, preocupada, no puede ocultarlo, ya que es su hogar lo que está en peligro.

—Tal vez, si la devolvemos... —sugiero sin acritud.

—Hija —exclama mi madre—. No es un caballo.

—Solo intento ahorrarnos más problemas —me defiendo—. Disculpadme si no deseo ver sangre MacGregor o Sinclair derramada.

—Ella tiene razón —replica pensativa—. Es eso o... —guarda silencio, como si le pareciera una locura lo que está pensando.

—¿Qué? —inquiero, perdiendo la paciencia—. Habla de una maldita vez.

—Podría casarme... —Abro la boca incrédula por semejante estupidez—. Si lo hago, Einar no podrá matar a nadie porque seríamos familia y...

—¿Tienes algún candidato? —cuestiono con sorna.

—Tu hermano —responde mirándome, me levanto como un resorte, ella hace lo mismo.

—¿Perdón? —siseo—. Sobre mi cadáver. ¿Quieres que lo maten a él? ¿Te has vuelto loca? —alzo cada vez más la voz enfurecida. Mi madre me contiene porque lo único que quiero hacer en estos momentos es abalanzarme sobre ella.

—¿Crees que me gusta la idea? —espeto—. Nunca me había planteado casarme, mucho menos sin amor. Pero he estado pensando desde que subí al maldito barco, la única manera de que esto termine es con alianzas, ofrecerle a Einar algo que no pueda rechazar.

—¿Por qué Connor y no Ethan? —pregunto desconfiada—. También será laird algún día...

—Es mi manera de alejarlo de Dunmara. —Lo pienso y tiene sentido—. Si llega aquí, querrá acabar lo que empezó porque Cedric lo ha dejado en ridículo delante de sus hombres. Si me marchó a Girnigoe y él lo sabe, va a ir tras de mí.

—O puede que le importes un comino y haga una parada aquí para quemar Dunmara hasta los cimientos.

—Mi hermano no es estúpido —exclama molesta—. Hasta ahora nuestro rey no ha intervenido, pero si sigue causando problemas, puede perder la cabeza, y él lo sabe. Es una forma de acabar con esto de una maldita vez.

# Capítulo 37



*Cedric*

**M**e tenso cuando escucho la voz de Gillian, me levanto de mi asiento y no espero, a pesar de que mi padre me grita que no debo intervenir. No necesito verlo para saber que la discusión tiene que ver con Freydis, los pocos pasos que debo recorrer para llegar al salón privado de Maeve me parecen una distancia abismal porque el miedo a que mi esposa reaccione de alguna forma en la que pueda dañarse me aterra.

Cuando abro la puerta, mi suegra la está sujetando, pero no las encuentro enzarzadas en ninguna pelea en la que deba intervenir. Me miran, algunas aliviadas, otras sorprendidas.

—¿Qué sucede? —pregunto, mirando a mi mujer, es de ella quien quiero la respuesta—. ¿Por qué gritas?

—Tu invitada tiene una maravillosa idea —se burla—. Ha decidido casarse.

Miro a Freydis sin comprender, esta parece algo superada por la situación. Vuelve a sentarse, como si el peso de todo lo que lleva auestas fuera demasiado para ella, comprendo cómo debe sentirse, y la animadversión de Gillian por ella no es lo que necesitamos en estos momentos.

—No entiendo nada —mascullo—. ¿Alguien puede explicarme qué demonios sucede aquí? —exijo, perdiendo la paciencia. Puede que intente volver a ser aquel Cedric del pasado, sin embargo, siempre he tenido un carácter difícil de controlar.

—Freydis piensa que un matrimonio sería una buena alianza y una forma para que las muertes cesen —explica Maeve—. Pero Gillian no se ha tomado bien la elección de candidato...

—Por supuesto que no —exclama, soltándose del agarre de su madre—. Mi hermano merece algo mucho mejor que un matrimonio forzado por las circunstancias.

—¿Connor? —pregunto, mirando a Freydis, asiente—. ¿Por qué...?

—¿Qué sucede, Cedric? —interrumpe Gillian—. ¿Te extraña que no seas tú el elegido? ¿Maldices tu mala suerte por estar ya casado?

—Niña —amonesta Rowenna—. ¿Se puede saber qué disparates estás diciendo?

—Yo jamás... —Freydis se levanta de su asiento de nuevo—. No veo a Cedric de ese modo —se defiende—. Y el a mí mucho menos. Te llamaba delirando mientras luchaba por mantenerlo con vida. ¿Por qué dudas de su amor?

Me mira con los ojos anegados en lágrimas y sale corriendo de la sala, a pesar de que su madre le ruega que se detenga. Me siento de nuevo en una encrucijada donde debo ocuparme de cosas importantes que atañen a miles de vidas o correr tras la única persona que amo más que a mí mismo.

—Ve. —Mi padre está tras de mí, como siempre, no me he dado cuenta de su llegada—. Tu esposa te necesita.

—Pero... —Connor se deja ver, está apoyado en la pared más cercana a la puerta y por su gesto comprendo que ha escuchado lo suficiente.

—Tu padre tiene razón —dice moviéndose—. Deja que yo me ocupe de mi futuro matrimonio. —Lo miro incrédulo—. ¿Qué? —cuestiona guiñándome un ojo—. En algún momento me tendré que casar...

—Eso ya lo veremos, hijo. —La llegada de Malcom Sinclair nos interrumpe a todos—. Muchacho, tu deber es para con tu esposa. Deja que nosotros nos ocupemos de esto, ya has hecho más que suficiente.

Asiento y corro tras ella, ha subido las escaleras, por lo que imagino que debe haberse refugiado en nuestra alcoba, pero cuando entro, no está. El miedo me invade, ¿dónde puede haber ido? Paso una mano por mi cabello de por sí desordenado, me siento frustrado porque pensaba que todo estaba solucionado y que, a partir de

ahora, todo sería más fácil, pero no es así. No consigo que Gillian confíe en mí, y lo que más me duele es que eso la está haciendo sufrir en vano.

—Hijo —me giro para ver a Maeve caminando hacia mí—. Si no está en vuestra alcoba, debe estar en la tuya. —Frunzo el ceño sin comprender—. En la que ocupaste desde que naciste —aclara, parpadeo sorprendido—. Cuando te fuiste, ella pasaba horas allí, muchas veces incluso dormía en tu lecho y no en el vuestro. Creo que encontraba consuelo entre esas cuatro paredes que te vieron crecer.

—Gracias. —Ella asiente y sonríe de esa forma tan suya—. Gracias, madre. —Contiene un sollozo, sus ojos se humedecen—. Sé qué hace mucho que no te llamo así y espero que no te moleste, si lo hace...

—Me has hecho muy feliz —se lanza a mis brazos—. Pensé que jamás volvería a escucharlo de tus labios. Te amo, mi niño.

La emoción me embarga, me siento demasiado expuesto, por lo que me separo con lentitud y pongo como excusa que debo hablar con Gillian, aunque en realidad no estoy mintiendo. Necesito encontrarla, saber que está bien y hacerle comprender de una maldita vez que no hay poder sobre la tierra, humano o divino, que me haga dejar de amarla como lo hago.

Al abrir la puerta de mi antigua alcoba, de inmediato distingo el menudo cuerpo de Gillian sobre la cama. Acurrucada mientras los sollozos la estremecen, me apresuro a llegar hasta ella, me tumbo a su lado y la abrazo. Se tensa, pero no me aparta, escondo mi rostro entre su cabello y su cuello y comienzo a dejar suaves besos con la intención de calmarla y que sienta mi amor.

—No era necesario que me siguieras —dice tiempo después, cuando se calma lo suficiente, aunque su voz ronca por el llanto duele—. Hay cosas que debéis tratar de inmediato, es importante por la seguridad de los clanes y...

—Tú eres lo más importante para mí —interrumpo, instándola a que se dé la vuelta y me mire, necesito que lo haga—. ¿Por qué has dicho esas cosas allí abajo?

Rehúye mi mirada. Mi mano coge su barbilla, quiero ver qué me dicen sus hermosos ojos, ellos gritan lo que ella lucha por callar.

—Bueno, no puedes negar que nuestro matrimonio te fue impuesto. —Un golpe no me hubiera dolido más—. Si no fuera por mi embarazo, tú y yo no estaríamos juntos.

—Te equivocas —espeto, intento mantener la calma—. Tú y yo estaríamos juntos, puede que no casados, pero, sin duda alguna, no te hubiera dejado escapar.

—Eso nunca lo sabremos —musita pesarosa—. Estoy cansada, me gustaría dormir. Ha sido un día demasiado intenso.

—¿Por qué has venido hasta aquí entonces? —Se encoge de hombros mientras se incorpora y baja de la cama, se dirige a la puerta—. Deja de huir, pensé que estábamos bien. Que al fin habías comprendido que te amo.

—No me hagas caso —susurra a punto de salir de la alcoba—. El embarazo va a volverme loca. Mi madre me ha dicho que es normal, pero odio comportarme como una harpía, detesto llorar por todo o reír por nada, es como si estuviera perdiendo el juicio.

Camino hasta ella, cojo su mano, recorremos el pasillo hasta nuestra alcoba. No pienso dejarla sola esta noche ni ninguna otra. Ahora somos uno; cuando sufre, yo también; si llora, estaré consolándola; si se enfada, intentaré calmarla.

—Mañana será un nuevo día. —La ayudo a desnudarse, dejo suaves besos por su espalda, su piel se eriza, sonrío complacido—. Te amo, eres lo más bello que han contemplado mis ojos. Y eres toda mía.

—¿Y tú eres mío? —se gira, aunque está casi desnuda—. ¿Para siempre?

—Hasta mi último aliento —sentencio—. Hasta que mi corazón deje de latir.

—Te amo. —Se alza de puntillas y me besa, la cojo en brazos y me encamino hacia la cama para demostrarle una vez más cuánto la adoro.

# Capítulo 38



*Gillian*

Los últimos días han sido los más felices de mi vida. He dejado todos mis temores e inseguridades atrás con la ayuda de un Cedric que ni siquiera recordaba que existía. No hay momento en el que estemos juntos que no aproveche para darme una caricia, una palabra o una simple mirada que me demuestre cuánto me ama.

Ni siquiera la posibilidad de que mi hermano deba unirse en matrimonio con una mujer que ni siquiera conoce y que va a traer muerte hasta nuestras puertas puede empañar mi felicidad. Mientras bordo algunas cosas para nuestro bebé, que cada vez se hace notar más en mi vientre, contemplo cómo mi esposo habla con su padre y el mío con una tranquilidad que hacía años que no sentía. Debe darse cuenta porque se gira y, al sorprenderme, sonrío y mi guiña un ojo, me ruborizo.

Dice algo a los hombres, estos asienten y se levanta para dirigirse a mí. Se sienta a mi lado, ambos nos miramos como si fuéramos capaces de hablarnos con una simple mirada. Sé que está intentando averiguar mi humor, lo hace muy a menudo.

—¿Algo que quieras decirme, esposa? —murmura, asegurándose de que nadie nos escuche, niego riendo—. Entonces, ¿por qué me mirabas?

—¿Acaso no puedo hacerlo sin una razón? —devuelvo encogiéndome de hombros—. Solo pensaba en lo feliz que soy —confieso algo avergonzada, todavía me cuesta confiar en su cambio. Muchas veces temo que todo esto sea un sueño, o que el día de

mañana suceda algo que lo vuelva a convertir en alguien que no sea capaz de reconocer.

—¿De verdad lo eres? —Asiento, me abraza, ya no le importa que haya gente a nuestra alrededor, ni que Ethan o Connor se burlen por sus demostraciones de afecto hacia mí—. Eso alivia mi alma —susurra contra mi cuello—. Aligera un poco mi carga...

—Una que debes soltar —replico—. No puedes permitir que lo sucedido te persiga toda la vida. Si yo he podido dejarlo atrás, tú debes hacer lo mismo.

—Me he casado con una mujer muy sabia —musita, besando mi frente—. ¿Te encuentras bien? ¿El bebé está muy nervioso? —posa una de sus manos sobre mi vientre.

—Parece que ahora está dormido —respondo—. De noche se mueve más.

—Estoy impaciente por verlo. —Sonrío, acariciando su rostro.

—¿Otra vez? —Ethan aparece a nuestro lado acompañado de Moira, parece que la muchacha se siente más segura a su lado, no logro comprender el motivo—. ¿Por qué estás tan pendiente de Gillian, hermano? Debes dejarla respirar un poco...

—Cállate —escupe mi esposo—. Me gustaría verte a ti —bromea—. ¿De dónde venís?

—Hemos ido a cabalgar —responde—. Y antes de que me digas que es peligroso, te recuerdo que sé defenderme y que hemos doblado la guardia. Nadie puede entrar y salir de tierras MacGregor sin que lo sepamos.

El temor ante lo que está por venir y desconozco vuelve a invadirme, a pesar de que lucho contra ello. He vivido siempre en paz, y saberme ahora en peligro no es algo que sea capaz de olvidar con facilidad, aunque sepa que Dunmara es una fortaleza infranqueable.

—¿Y Freydis? —vuelve a preguntar, esta vez es Moira quien responde.

—No quiere salir de la alcoba —murmura—. Dice que así causa menos problemas.

—La negativa de Connor no ha ayudado. —Miro a mi esposo como si fuera estúpido—. No me mires así, Gillian. Puede que a

todos nos pareciera un disparate, sin embargo, puede que sea la única oportunidad que tengamos de que Einar no intente arrasar todo a su paso.

—Pues menos mal que no dijo que lo más conveniente sería tener incluso un hijo —espeto airada—. Mi hermano no la conoce, ¿por qué pedís de él semejante desatino? Puede que no lo quieras como yo, pero eso no significa que deba condenarse a un matrimonio con una extranjera que...

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho —interrumpe molesto, se levanta de su asiento—. Por supuesto que aprecio a Connor. Es mi primo y querría para él lo mismo que tenemos tú y yo, sin embargo, muy a mi pesar, a veces se necesita hacer sacrificios.

Me guardo para mí la opinión de que debería haber buscado la forma de salir de allí sin secuestrar a la vikinga, siento que ella utilizó a Cedric para escapar del yugo de su hermano y lo vamos a pagar todos con sangre.

—Tenemos todavía algunas semanas —interviene Ethan—. Prima, deja que nosotros nos encarguemos de esto. Sé que estás preocupada, pero os vamos a proteger con nuestra propia vida.

—No quiero que nadie tenga que dar la vida por mí —me levanto también harta de esta conversación que no nos va a llevar a ninguna parte, salvo a seguir discutiendo—. Por mi parte, no puedo apoyar el sacrificio de mi hermano, pero si él decide seguir adelante, me mantendré al margen con todo el dolor de mi corazón.

—Yo me he ofrecido voluntario. —Miro a Ethan con la boca abierta, Cedric blasfema y Moira parece a punto de desmayarse—. Pero la noruega opina que la mejor opción es Connor porque la alejaría de Dunmara.

—Os habéis vuelto todos locos —acuso—. Es como si esa maldita bruja os hubiera hechizado porque incluso te ofreces voluntario para unirte a ella. ¿Por qué? —cuestiono—. ¿Por su belleza?

—Gillian... —advierte mi esposo, lo miro con ganas de abofetearlo, pero me contengo cuando con un pequeño gesto me señala a la muchacha que siempre permanece en silencio, parece destruida y me doy cuenta de que algo le sucede—. ¿Puedes llevar a Moira a su alcoba? —Asiento—. Gracias, esposa.

La joven me sigue, pienso en ella como casi en una niña cuando debe tener mi edad, pero en los últimos meses siento que he tenido que crecer de golpe. Que todo lo sufrido me ha hecho pensar y sentir diferente.

—Lamento si he dicho o hecho algo para hacerte sentir mal —digo mientras avanzamos hacia las escaleras que nos llevarán a la planta alta—. No tengo nada contra ti, Moira.

—Porque soy escocesa como tú —resuelve sorprendiéndome—. Freydis no es mala —se detiene, hago lo mismo—. No es culpable de lo que ha hecho su hermano, ni de que nuestros respectivos reyes hayan jugado con su hogar. —Sé que tiene razón—. Ella me salvó al igual que a tu esposo.

—Siento todo lo que te sucedió —le digo con sinceridad—. Sé que has perdido a tu padre, que era la única familia que te quedaba. —asiente emocionada—. Y, aunque tengas razón, no logro comprender por qué me siento así respecto a ella.

—Su belleza hace que muchas mujeres la odiamos —la miro sorprendida—. Yo no, sé muy bien como soy y que jamás podré ser tan hermosa como ella o como tú. Pero no voy a dejar que eso me ciegue y no me deje ver lo bueno que ha hecho no solo por mí, sino por tu esposo.

—Es mi hermano —intento defenderme—. Quiero que se case por amor, ¿es tan difícil de comprender? —Niega sonriendo con algo muy parecido a la tristeza—. Si la amara...

—Entiendo tu punto de vista y el de ella —interrumpe—. Veremos qué depara el destino.

Continuamos por el pasillo que lleva a su alcoba, la cual comparte con Freydis, me siento tentada a entrar y hablar con la extranjera, pero temo que el resentimiento que todavía no soy capaz de controlar ocasione una nueva discusión.

—¿Me dirás qué te sucede con mi primo? —Ella me mira casi horrorizada mientras sus mejillas se tiñen de rojo, sonrío como quien sabe sin necesidad de palabras que es especial para la muchacha que tengo frente a mí—. Es apuesto, ¿verdad?

—No sé de qué hablas —intenta defenderse—. Él me salvó, me protegió en Kirkwall, le estoy muy agradecida. Además, desde mi

llegada, se ha asegurado de no dejarme mucho tiempo sola y...

—Ethan es un gran hombre y será un buen laird para los MacGregor —interrumpo—. Me gustaría que también me vieras como una amiga, sé que debes sentirte muy sola y perdida, pero si decides que Dunmara se convierta en tu hogar, estaré para ti cada vez que me necesites.

Un par de lágrimas brotan de sus ojos antes de que se lance sobre mí y me abraza, me lo agradece una y otra vez. Me río porque me siento algo cohibida ante tanto despliegue de emociones, pero no la aparto porque no puedo imaginar mi vida donde mi padre, mi familia, no estuviera conmigo.

—Ahora descansa. —Abre la puerta, intento no mirar hacia el interior—. Nos vemos a la hora de la comida.

Al girarme para marcharme, un dolor me hace jadear, apoyar mi mano en la fría pared de piedra y con la otra apretar mi vientre porque se ha sentido como si me hubieran atravesado con un hierro al rojo vivo.

—¿Qué sucede? —pregunta asustada—. ¡Freydis! —grita mientras intento recuperar el aliento después del ramalazo de dolor que me ha recorrido cada parte de mi cuerpo—. ¿Es el bebé? ¿Le he hecho daño? —parece horrorizada ante la idea, me apresuro a negar con la cabeza porque no soy capaz de pronunciar palabra.

—¿Qué pasa? —La noruega aparece en mi campo de visión—. ¿Duele? —Asiento apretando los dientes—. ¿Sangras? —pregunta mientras alza mi falda para asegurarse—. No lo haces. Moira, ayúdame a llevarla a su alcoba.

Agradezco a Dios que no estemos lejos porque el dolor, aunque menos intenso, sigue latente. Me concentro en caminar a su paso, ellas me sujetan con fuerza para impedir que me caiga. Cuando me dejan sobre el lecho cierro los ojos y suspiro aliviada al sentir algo de mejoría de inmediato sin poder comprender qué demonios sucede.

—¿Qué le pasa a mi hijo? —le pregunto asustada, ella se muerde el labio inferior pensativa—. Que nadie le diga nada a Cedric.

—Puede que solo se deba a algún esfuerzo que has hecho, o al exceso de emociones... —murmura—. No hay sangrado...

—¿Y si el bebé quiere nacer? —pregunta Moira—. Creo que deberíamos avisar a alguien...

—¿Sigue doliendo? —me pregunta sin hacerle caso, niego, siendo sincera, parece que nada ha pasado—. Creo que ha sido algún movimiento brusco o el exceso de preocupaciones —amonesta—. Y en eso me temo que soy responsable.

—No es cierto. —Su sorpresa consigue que sonría avergonzada—. He sido yo quien ni siquiera te ha dado una oportunidad, no estoy siendo mejor que tu hermano al odiar a alguien que no conozco y que solo quiere ayudar. Y lo más importante, que ha salvado al amor de mi vida y lo ha traído a casa.

—No hice nada —rebate—. Simplemente no podía quedarme de brazos cruzados viendo morir a un hombre que lo único que había hecho era cumplir órdenes.

—¿Y Moira? —pregunto mientras señalo a la joven con un movimiento de cabeza.

—Ella también es inocente —se encoge de hombros—. Solo buscaba a su padre. El cual murió por orden de mi hermano, lo que me extraña es que esta insensata siga hablándome.

Las tres reímos y me doy cuenta de lo injusta que he estado siendo, y por primera vez desde su llegada, me siento libre, como si me hubiera quitado un peso de encima.

# Capítulo 39



*Cedric*

—  
**N**o se escuchan gritos —bromea mi hermano, le doy un golpe en la nuca, él se queja, pero se ríe—. ¿Por qué me pegas? Estabas esperando, al igual que yo, para salir corriendo.

—No comprendo por qué demonios la detesta tanto —mascullo frustrado—. Dice que es feliz, intento de todos modos demostrarle mi amor, mi arrepentimiento. Pero con respecto a Freydis...

—Imagino que el miedo que pasó al pensar que no regresarías es algo que no le deja ver más allá. Y la vikinga es un recordatorio constante, por no decir que es demasiado hermosa para el gusto de muchas mujeres.

—Estupideces —espeto—. Mi esposa es la mujer más hermosa. No tengo ojos para otra, en realidad, nunca los he tenido.

—Es curioso. —Le miro—. Es cierto lo que dices, nunca te vi con mujeres... —añade pensativo—. ¿Era por ella?

Negar lo es una estupidez, asiento apartando la vista cuando sus ojos reflejan la sorpresa.

—Entonces, tú, cuando la embarazaste... —Cabeceo para que se calle—. No puede ser —exclama—. Eres apuesto —añade como si eso lo explicará todo.

—¿Y qué? —replico—. Mi odio no me dejaba pensar en nada...

—Pero deberías sentir —interrumpe, me mira como si fuera un espécimen extraño—. Dios mío, la amabas tanto que no eras capaz de tocar a ninguna otra.

—No quería ser como nuestro padre —reconozco ahora ya sin acritud.

—¿Y si jamás hubieras podido estar con ella? —pregunta en voz más baja.

—No sé qué hubiera hecho —reconozco—. Pero supongo que no estaría aquí. Tenía tan claro que deseaba destruirme que...

—No sigas —interrumpe de nuevo—. No quiero escuchar semejante pecado, mucho menos de tu boca. Eres mi hermano, maldita sea, Cedric. Daré gracias a Gillian toda mi vida porque ella te ha salvado, no fue ni el silencio de mi madre, ni su lealtad para contigo. Fue ella, fue tu esposa.

—Lo sé —asiento sonriente—. Siempre lo he sabido. Amarla me salvó de la oscuridad, aunque fue su amor el que me mantuvo con vida, todavía lo hace.

—Quiero tener lo que vosotros tenéis —se queja mientras avanzamos hacia la salida—. No pienso conformarme con menos.

—No debes hacerlo —concedo—. ¿Qué tal Moira? —pregunto irónico.

—¿Qué pasa con ella? —intenta disimular, pero no lo hace muy bien—. Es una buena muchacha. Y tanto padre como yo estamos dispuestos a que pertenezca al clan MacGregor.

—Sabes que no me refiero a eso —bufo, rodando los ojos—. No puedes ser tan estúpido, ella no se separa de ti, y la forma en la que te mira...

—No —detiene sus pasos y me mira con seriedad—. No sigas por ahí, no siento nada por la escocesa, no llama tanto la atención como la noruega. Lo cierto es que si Freydis me hubiera aceptado...

Escuchamos un golpe tras nosotros, alzamos la vista hacia las escaleras. Ahí en lo alto se encuentra Moira, la muchacha que al lado de su salvadora palidece, pero no por ello significa que no sea hermosa o carezca de valía.

—Lamento interrumpir —dice con voz temblorosa—. Gillian no quería preocupar a nadie, pero está en cama. Ha tenido un dolor muy fuerte en el vientre y Freydis y yo la hemos llevado a su alcoba. No parece que sea nada grave, mas...

Paso por su lado mientras sigue hablando. No necesito escuchar nada más para saber que mi esposa me necesita y para sentir que una vez más le he fallado por no estar a su lado para protegerla.

—No hay sangrado y el dolor ha desaparecido, no soy partera, pero diría que no hay peligro —escucho que le dice mi salvadora—. De todos modos, si no confías en mi criterio, puedo pedir que venga la curandera...

—No creo que sea necesario. —Me tenso ante sus palabras, entro en la alcoba revelando mi presencia—. Cedric...

—Esposa, vas a acabar conmigo —espeto intentando recuperar el aliento al verla aparentemente bien—. ¿Qué ha pasado? No deberías salir de la cama, al menos, hasta que nazca el bebé y...

—Alto —ordena—. No pasa nada. Seguro que Freydis tiene razón, puede que haya hecho un esfuerzo sin darme cuenta y mi cuerpo se ha resentido. ¿Crees que pondría a mi hijo en peligro?

—Por supuesto que no —resuelvo—. Eso no significa que no vayas a quitarme a mí años de vida con semejantes sustos —bromeo haciéndolas reír—. Por cierto, me complace ver que podéis estar juntas en la misma estancia sin tiraros de los pelos.

—Que gracioso —masculla—. Ni se te ocurra utilizar esto para estar encima de mí todo el tiempo —me advierte, alzo una de mis cejas porque ante esas palabras acuden varias imágenes a mi mente que nada tienen que ver con lo que ella se refiere, se da cuenta por mi mirada y se ruboriza—. ¡Cedric! —amonesta azorada.

—No he dicho nada —me defiendo mientras me carcajeo por su vergüenza. Me doy cuenta de que Freydis nos mira sonriente, pero en sus ojos un velo de tristeza impide que esa alegría aparente llegue a ellos.

—Os dejo solos —dice cuando se da cuenta de mi escrutinio—. Si necesitáis algo, estaré en mi alcoba...

Está a punto de salir de la estancia cuando las palabras de mi esposa la detienen, aunque no se gira para mirarla.

—No es necesario que te encierres, no eres nuestra prisionera. —No puedo sentirme más orgulloso, esta es la mujer de la que me enamoré—. En Dunmara todo el mundo es libre, Freydis.

—Gracias —musita, sale de la habitación dejándonos solos.

Me acerco hasta Gillian, sentándome en la cama mientras la observo en busca de alguna señal que me indique que sufre y lo hace en silencio para no preocuparme.

—Estoy bien —murmura, rodando los ojos—. Te conozco mejor que tú mismo —se jacta, acaricio su cabello algo sudoroso en sus sienes dejando claro que el dolor ha sido real e intenso—. ¿Te ha avisado Moira?

—Sí —asiento—. Y deberías haber dado la orden de inmediato en vez de intentar ocultarlo, no lo vuelvas a hacer —reprendo abrazándola, se deja hacer, apoya su cabeza en mi pecho.

—Me gustaría darme un baño —susurra tras un corto silencio en el que los dos hemos intentado tranquilizar nuestros corazones.

—Deja que te abrace un poco más —musito, acariciando su espalda—. Soy capaz de enfrentarme con la misma muerte, pero no con la posibilidad de que os suceda algo a ti o al bebé.

—No seas exagerado. —Sé que intenta relajar el ambiente, pero no me cabe la menor duda de que ella también se ha asustado—. No va a pasar nada. No quiero ni pensar cuando dé a luz..., ¿qué harás entonces?

—Tendrán que encerrarme —mascullo, levantándome para ordenar su baño—. Ahora vuelvo, ni se te ocurra moverte —le advierto con seriedad—. Lo digo en serio, esposa.

Salgo raudo mientras la escucho reír, sonrío como un imbécil, a pesar de saber que se está burlando de mí. Pido a las criadas que preparen el baño, me encuentro con las mujeres que no parecen preocupadas, por lo que Moira ha cumplido con mi petición de no asustarlas antes de tiempo.

—Gillian quiere un baño —explico cuando ven a las criadas preparando todo lo necesario.

—Marcharé a Girnigoe con el corazón y el alma en paz sabiendo que la cuidarás —dice Rowenna.

—Con mi vida —asiento—. Siempre.

Veo la emoción en sus ojos, puedo imaginar cómo se siente al saber que debe partir hacia su hogar dejando a su única hija atrás. Si aún no lo han hecho es porque mi padre y Malcom Sinclair están planeando cómo defendernos del ataque de los noruegos. Por no hablar de la idea de Freydis sobre el casamiento como arma contra su propio hermano.

Subo las escaleras en cuanto me informan de que la tina ya está lista. Gruño cuando veo que mi esposa no me ha obedecido y que está de pie desnudándose, cierro la puerta para darnos la privacidad que deseo.

—¿Nunca vas a hacerme caso? —pregunto, acercándome para ayudarla, para mí es un auténtico placer contemplar su espalda pálida, mis dedos la recorren, su piel se eriza, su cuello se arquea y deja caer todo su peso sobre mi pecho mientras mis manos la desnudan con delicadeza y una calma que estoy lejos de sentir. Recuerdo el baño después de mi llegada, tal vez pueda devolverle el favor, sonrío.

—Cedric... —susurra temblorosa.

—Deja que cuide de ti —beso su cuello—. Adentro.

Jadea ofendida, contengo una carcajada de puro milagro ante su mirada agraviada. Sé que me desea, sus pechos plenos con los pezones inhiestos, sus mejillas sonrojadas y el labio inferior hinchado por morderlo y así acallar lo que su cuerpo quiere gritar. No pretendo torturarla, por eso, cuando está dentro de la tina y el agua caliente cubre su cuerpo, lavo su cabello con mimo, a pesar de que dolor de mi deseo insatisfecho me hace apretar los dientes ante cada gemido que sale de su garganta.

Cuando llega el momento de adorar su cuerpo, lo disfruto tanto como ella. Sus manos se crispan en el borde de la tina, sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos que invitan a apoderarse de ellos y beber de sus gemidos hasta quedar saciado.

—No me tortures más —musita entre dientes cuando mis dedos acarician entre sus piernas, lanza un grito y se tensa—. Dios santo. Ambos nos miramos sorprendidos de que haya alcanzado el éxtasis tan rápido, sin embargo, para mí es la señal de que ha llegado el momento de salir del agua.

La alzo sin molestarme en secarla, me apodero de sus labios por fin, gruño como un animal y la tumbo en el lecho con cuidado. Le hago el amor muy despacio, sin prisa, sin brusquedad, permitiéndome perderme en su interior hasta que ambos tocamos el cielo con los dedos.

Abrazados y saciados, nos dormimos con una sonrisa en los labios.

# Epílogo



*Gillian*

**H**a llegado el día, mis padres se marchan, ya no lo pueden retrasar más.

Sin embargo, como temía, Connor se queda, dice que es por si acaso los vikingos llegan antes de lo esperado, le conozco, veo cómo mira a Freydis y no lo hace con indiferencia. ¿Me molesta tanto como al principio? No, pero eso no significa que no me preocupe por él, aunque sea mi hermano mayor y no sea ese mi cometido, le quiero y solo quiero que sea feliz y esté a salvo de cualquier mal.

—Volveré antes de que te des cuenta —dice mi madre mientras me abraza—. Cuida mientras tanto de mi pequeño milagro —añade mientras me acaricia el vientre abultado.

—Tened buen viaje —les deseo, intentando que la preocupación no haga mella en mí—. Os quiero —añado mientras mi padre me abraza, intentando aparentar que dejarnos atrás no le duele.

—Sé feliz, mi niña —su voz tomada por la emoción casi me rompe, y cuando me suelta, Cedric aparece a mi lado para darme su apoyo, sus brazos me rodean desde atrás—. Cuídala, MacGregor.

—Siempre. —Las lágrimas fluyen mientras observo cómo se alejan, ni Cedric ni yo nos movemos, a pesar de que todos lo han ido haciendo al perder de vista los jinetes que han partido rumbo a Girnigoe—. ¿Estás bien? —Asiento para no preocuparlo—. Volverás a verlos muy pronto, esposa.

—Lo sé —me doy la vuelta entre sus brazos—. Además, pronto, nuestro hijo no me dejará ni regodearme en la tristeza —intento bromear.

—Entonces te llenaré de hijos— sentencia, decidido, haciéndome reír de verdad—. Verte llorar me destroza, Gillian. —Detengo mis carcajadas al ver la realidad en sus ojos—. Te amo tanto que tu dolor es el mío y...

Me alzo de puntillas y lo beso para acallar su angustia y olvidar la mía. De inmediato, reacciona, podría pasarme toda la vida de este modo, pero debemos detenernos para recuperar el aliento. Cuando vuelvo a abrir los ojos, los suyos ya no están nublados por la preocupación, sino oscurecidos por el deseo. Sonrío victoriosa.

—Bruja —musita, dejándome en el suelo, somos conscientes de que este no es el lugar ni el momento adecuado—. Me vengaré.

—Estaré impaciente —asiento, arreglando mi cabello.

—Si ya habéis terminado... —Miramos hacia la entrada, Nessa nos mira entre asqueada y feliz.

—¿Suced algo? —pregunta su hermano con ironía.

—No —replica—. Solo estaba preocupada —se encoge de hombros.

—No creo que a Connor le hubiera gustado veros de semejante guisa —se cruza de brazos.

—¿Es una broma? —cuestiona Cedric—. Creo que mi cuñado es consciente de que hacemos algo más que besarnos, hermana. ¿Cómo crees que la he preñado?

—Cedric —exclamo escandalizada, se carcajea mientras me abraza—. Voy a matarte —mascullo azorada.

Me conduce de vuelta al castillo, no deja de reírse mientras por mi parte intento golpearle por decir semejante barbaridad. Su hermana no parece escandalizada, es más, me guiña un ojo cuando pasamos por su lado.

—¿De que os reís? —pregunta Maeve—. Me alegra, querida, que no te dejes atrapar por la tristeza.

—No, madre —Nessa continúa la broma—. Se deja atrapar por su esposo. —Me giro para golpearla, pero me esquivo—. No he dicho nada malo —se defiende corriendo hacia Maeve, quien nos mira intentando contenerse.

—Déjalos en paz, Nessa —dice con cariño—. Algún día entenderás como se sienten.

—¿Quieres decir que dejaré que un hombre me meta la lengua hasta...? —Gruño y corro hacia ella, damos vueltas alrededor de la mesa, ella riendo y yo blasfemando.

—Basta, esposa —Cedric me detiene—. Piensa en el bebé. — Intento recuperar el aliento, para mi desgracia y su suerte, ahora me canso con mucha facilidad—. Nessa, deja de molestar a Gillian.

—¿A que ahora ya no estás triste? —La miro con los ojos muy abiertos, ella, muy ufana, me regala una sonrisa de oreja a oreja con sus mejillas sonrojadas—. Al igual que Cedric odia verte llorar, sé que es entendible, es algo que yo tampoco puedo soportar.

Hace unos instantes quería matarla por burlarse de mí y avergonzarme delante de su madre, ahora lo único que quiero es abrazarla y lo hago. Primero me mira desconfiada, pero cuando mis brazos la rodean, me imita, suspiro ahora más tranquila.

—Gracias —le digo, ya que ni siquiera Cedric había conseguido que me olvidara de la marcha de mis padres del todo; ella, sin embargo, haciendo que me enfureciera, sí—. No vuelvas a hacerlo, Nessa —amonesto mientras nos separamos—. Pienso vengarme, llegará el día en que pueda pagarte con la misma moneda.

—No pienso salir de Dunmara —sentencia con convicción.

—¿Y qué hará tu esposo entonces? —pregunto frunciendo el ceño—. ¿Acaso tienes pensado alguno...? —Niega.

—Si me ama, se quedará conmigo. —Se sienta delante del fuego.

—Nessa, eso no funciona así —dice mi esposo.

—Dejad de hablar de eso. —Maeve se sienta al lado de mi cuñada—. Mi niña todavía es joven —la abraza como si no tuviera mi edad.

—¿Dónde están Connor y Ethan? —pregunto—. No los veo desde que se han ido mis padres.

—Han querido salir a vigilar —responde mi tía—. Temen que los noruegos vengan antes de tiempo, que ni siquiera el clima los detenga.

—Estamos preparados. —Miro a mi esposo, intentando que la preocupación no me invada—. Dunmara es segura.

Hablamos durante un rato más, pero lo cierto es que tantas emociones hacen mella en mí, decido subir y descansar un poco

antes de la comida. Cedric insiste en acompañarme, hace unos meses esto hubiera sido imposible, mi corazón y mi alma se sienten plenos.

—Descansa —dice, besando mi frente una vez estoy acostada—. Estoy a tu lado.

Cierro los ojos, siento su presencia. Su mano coge la mía, su calor me envuelve mientras el silencio entre nosotros se siente bien, ya no hay tensión ni secretos entre nosotros, ya no se siente forzada nuestra cercanía porque nace del amor más puro y de la necesidad más absoluta.

—Túmbate a mi lado —le pido medio adormilada—. Solo un poco... —lo hace sin rechistar, en cuanto se acomoda, lo hago yo. Mi rostro apoyado en su pecho para poder escuchar los latidos de su corazón. Una de sus manos acarician mi espalda mientras la otra sostiene mi mano, en ningún momento me ha soltado, como si supiera que necesito su calor, su fuerza para mantener la mía intacta.

—Cedric... —su mano no deja de acariciarme, mis párpados pesan cada vez más—. Gracias por volver a mí. Por volver a ser aquel niño del que me enamoré.

—Gracias a ti por permitirlo —susurra contra mi cabello mientras me abraza con más fuerza, pero sin dañarme—. Gracias por amarme aun cuando no lo merecía, perdona por cada lágrima que te hice derramar y por cada dolor que tuviste que soportar.

—Todo eso está olvidado. —No miento, ni siquiera dedico un instante de mi tiempo a regodearme en los recuerdos dolorosos porque él se encarga de crear hermosos cada día—. Te amo...

—Y yo a ti, para siempre.

Me duermo con una sonrisa en los labios.

# Extra



*Cedric*

**C**ada día que pasa siento que el peligro se acerca. El ataque será feroz, ya que lo esperamos desde hace demasiadas semanas. El tiempo ha mejorado mucho, ya no hay tormentas que impidan navegar y que Einar Thorsson no haya aparecido solo puede significar una cosa, algo está preparando y puede que no seamos capaces de aguantar la estocada del enemigo.

Cabalgo junto a mi hermano y mi cuñado, que todavía no se ha marchado a Girnigoe, a pesar de que es el heredero del clan Sinclair. En muchas ocasiones, le he visto pasar tiempo con Freydis y, aun así, no se decide, o es ella quien se ha echado atrás, lo único que sabemos es que nadie ha vuelto a hablar sobre un posible enlace político entre ellos.

—Padre me ha dicho que ha recibido misiva del rey. —Miro a Ethan, que parece tan preocupado como yo—. Dice que está furioso, no solo porque no hemos conseguido acabar con la rebelión, sino porque perdimos vidas. Teme que, si los noruegos atacan, si ponen un solo pie en las Tierras Altas, esto se convierta en una guerra.

—Imagino que está informado sobre la presencia de Freydis en Dunmara. —Asiente—. Entonces, sabe muy bien que ellos vendrán...

—No tiene por qué ser así —miramos a Connor, que observa el horizonte, estamos frente al acantilado, que nos muestra el mar en calma, por donde se supone llegarán los invasores—. Llevo postergando este momento semanas porque sé que la decisión no os va a gustar a nadie, mucho menos a mi hermana.

—¿De qué se trata? —pregunto, aunque sé de antemano la respuesta.

—Voy a casarme con Freydis. —Cierro los ojos—. Ella tiene razón, es la única manera de que su hermano detenga esta locura. Incluso podemos mentir y decir que está embarazada y...

—¿Te has encamado con ella? —interrumpe Ethan furioso.

—No la he tocado —exclama ofendido—. Es hermosa, pero puedo controlarme. He dicho que podríamos mentir, puede que un bebé llegue pronto o que no lo haga, en ese caso, diremos que lo ha perdido...

—Es una locura —mascullo—. Pero puede funcionar.

Mi hermano pequeño maldice porque sabe tan bien como yo que tengo razón, que el matrimonio es lo único que nos puede salvar. Sin embargo, que sea Connor quien deba sacrificarse...

—No actuéis como si fuera una sentencia de muerte —espeto—. Todos debemos casarnos algún día, ¿qué mejor que hacerlo con una mujer hermosa? —bromea.

—No pertenece a estas tierras —argumenta Ethan—. Nos odian, ¿crees todavía que es una buena idea?

—Freydis no nos odia —rebato.

—Su hermano ya lo hace por los dos —inquire—. ¿Se te olvida lo que te hizo?

—Créeme, no podré olvidarlo jamás —espeto—. Y no porque vea las heridas cada día, sino por la agonía que sufrí creyendo que iba a morir cuando lo único que deseaba era vivir para volver junto a Gillian.

—¿Estás dispuesto a emparentar con esa familia? —sigue interrogando—. Ese malnacido se convertirá en tu cuñado.

—No tengo que convivir con él —vuelve a encogerse de hombros—. No le temo, si fuera un hombre, vendría solo a por su hermana. Pero utiliza a sus hombres para atemorizar a los que considera sus enemigos.

—Nosotros fuimos hasta su hogar con hombres tanto Sinclair como MacGregor —les recuerdo, ambos gruñen por toda respuesta.

—Está decidido. —Eso da por terminada la conversación—. Ya lo hablé con mi padre antes de que se fueran a Girnigoe. Y no es lo que querían para mí, más lo entiende, aunque no lo comparte.

Puedo imaginar por qué, para nadie es un secreto que Malcom Sinclair estuvo casado antes de Rowenna. Fue un matrimonio político que no duró demasiado, ya que, desgraciadamente, su esposa murió en el parto al igual que el bebé. Pero de haber durado, ninguno de los dos hubiera sido feliz. Por eso entiendo por qué su padre no quiere lo mismo para su hijo.

—¿Cuándo? —pregunto mientras regresamos hacia Dunmara.

—Dentro de dos días —responde—. No hay tiempo que perder.

—Rezo para que no tengas que arrepentirte —dice Ethan—.

Suerte, primo.

—No la necesito —se jacta—. Deja de mirarme con pena o te daré un puñetazo —amenaza, comienzo a reír, de inmediato, lo hacen ellos dos, y de ese modo, la preocupación que sentimos desaparece.

\*\*\*

—Sigo pensando que esto es una locura —masculla mi hermano a mi lado mientras vemos cómo Connor y Freydis se casan.

Una unión sencilla rodeados de la familia, ni siquiera los Sinclair han venido, no han tenido tiempo, ya que corre en nuestra contra.

—Cierra la boca —reprendo—. Ya lo has repetido demasiadas veces como para que nos importe.

Moira y Gillian a nuestro lado observan, una más emocionada que la otra, al fin y al cabo, es su hermano mayor quien se casa. No ha dicho nada, no se ha opuesto, pero sé que su corazón sufre en silencio por Connor.

Cuando todo termina, los presentes deseamos felicidad a los recién casados. Nessa, como siempre, la más expresiva de todos nosotros, abraza a Connor que, aunque azorado por tal muestra de cariño, le devuelve el gesto.

La puerta se abre con brusquedad, varios hombres entran con el rostro desencajado, sé de inmediato que es lo que sucede.

—Los vikingos —exclaman—. Llegan, al menos, dos barcos.

—Gillian, sube —ordeno—. Aseguraos de que las mujeres se esconden.

Mi padre toma el mando de inmediato, no quiero dejarla, pero debo proteger a mi gente. Ella coge mi brazo, sus ojos húmedos por

el miedo.

—Cedric... —murmura—. Ten cuidado, vuelve a mí —me implora.

—Siempre lo haré. —Lo que no le digo es que no importa si lo hago vivo o muerto. La beso temiendo que pueda ser la última vez, acaricio su vientre y salgo raudo.

—Maldita sea —gruñe Connor—. No me deja ni casarme tranquilo.

—Ya dije que era una mala idea, es un mal presagio, imbéciles.

—Ethan nos mira enfurecido—. Pienso destriparlo.

—No vas a hacer nada —inquiero—. Veamos qué quieren.

—No vienen a hablar —rebate mi hermano—. Si no, no vendrían dos barcos armados hasta los dientes, Cedric.

—Salgamos. —Donnan MacGregor está preparado para la batalla—. Nadie debe entrar a Dunmara, ¿entendido?

—Sí —decimos los tres.

Dejamos hombres en la fortaleza, que serán el último bastión como defensa de nuestras mujeres si nosotros fallamos. El portón se cierra con un golpe que resuena hasta lo más profundo de mi alma. Los invasores deben subir por el acantilado escarpado y enfrentarse a nosotros si quieren llegar hasta Dunmara.

—Qué grato recibimiento, MacGregor —dice Einar cuando llega seguido de sus hombres—. ¿Dónde está mi hermana?

—¿Os marcharéis si veis que está bien? —pregunto, llamando su atención, la forma en la que me mira y sonrío me dice que no sin necesidad de que diga una maldita palabra.

—He venido a por ella —alza la voz.

—No vas a llevártela. —Connor da un paso al frente—. Marchaos por donde habéis venido.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes, escocés? —escupe enfurecido—. No hagas que entremos a la fuerza porque entonces no dejaré piedra sobre piedra de este maldito castillo.

—Soy el esposo de Freydis. —El silencio tras la afirmación es escalofriante—. Ya no tienes poder sobre ella. Mi esposa marchará conmigo a Girnigoe, por lo que tú y tus hombres daréis media vuelta y regresaréis a las Orcadas.

—¿Qué has dicho? —sisea, desenvainando su espada—. ¿Te has atrevido a ponerle las manos encima, cerdo?

No espera respuesta, ataca a Connor con una ferocidad que apenas puede contener, me dispongo a intervenir, pero mi primo me ordena que no lo haga. Un puñetazo lo hace trastabillara hacia atrás, Einar es enorme.

—No lo va a conseguir —gruño furioso—. Padre, deja que intervenga.

—Es su esposa —dice por toda respuesta—. No lo haremos a no ser que los noruegos ataquen.

Muerdo mi lengua para no contradecirle. Lo cierto es que no es necesario, una flecha vuela y rompe el aire clavándose en el hombro de Einar, de inmediato, otra la acompaña en el muslo. Todos miramos hacia arriba, a la torre para ver a Gillian con un arco en la mano, Nessa a su lado preparada también y Freydis mordiendo el labio inferior.

—Basta, hermano —le pide—. Deja en paz a mi esposo. No puedes atacar a mi familia.

—¿Tu familia? —pregunta entre dientes—. Tu única familia soy yo —le grita—. ¿Permites que me hieran?

—Solo está defendiendo a su hermano —argumenta—. No oses alzar tu espada de nuevo contra Connor.

—Esa zorra me acaba de atravesar —espeta, me muevo con rapidez lanzando un puñetazo que acaba por tumbarlo.

—Es mi esposa, bastardo —siseo—. Jamás vuelvas a referirte a ella con nada más que respeto o te cortare la lengua.

—Quietos —ordena al ver que sus hombres están listos para intervenir—. Ya habéis escuchado a Freydis. Su lealtad para con nosotros ya no existe, ha dejado que ese demonio pelirrojo me hiera...

Gruño mientras se levanta, estoy dispuesto a molerlo a golpes, pero mi padre me detiene, lo miro furioso, niega.

—Antes de que regreséis a las Orcadas, vuestra hermana podrá curaros —dice, me quedo con la boca abierta, ¿qué demonios hace abriendo las puertas de Dunmara al enemigo? —. Vuestros hombres regresarán a los barcos.

—¿Cómo sabemos que no le mataréis? —pregunta uno, parece el más mayor de todos y bastante curtido en batallas.

—Somos hombres de honor —espetea mi padre ofendido—. Si doy mi palabra de que vuestro líder no sufrirá daño a manos de mi gente, podéis confiar en que así será.

Escucho murmullos de desacuerdo, pero obedecen a Einar. El portón se abre para dejarnos paso, Freydis nos recibe, abraza a su hermano, aunque este no le devuelve el gesto.

—Deja que te cure —le dice mientras nos adentramos en el castillo, escucho cómo mi padre da órdenes de vigilar a los noruegos y reforzar la defensa de Dunmara.

—¿Por qué has salido de la alcoba? —le digo a Gillian, quien observa a Einar con odio.

—Una vez estuvo a punto de arrebatarme lo que más amo —sisea sin dejar de mirarlo—. No iba a permitir que matara a mi hermano.

Freydis arranca las flechas sin que el vikingo emita sonido alguno. No habla, no la mira. Aunque he ordenado a las mujeres que se marchen, no lo hacen, mi madre, mi hermana y mi esposa en la misma sala que un desalmado que ha perdido el juicio hace mucho.

—¿Estás preñada? —El silencio que sigue a esa pregunta es tenso—. ¿Por eso te has casado, o te han obligado?

—Nadie me ha obligado a nada —rebate—. Me han tratado con respeto, como una invitada de honor en Dunmara, que es mucho más de lo que pueden decir de ti.

—Responde a mi pregunta —grita, haciendo que se sobresalte. Escucho el gruñido de Connor, lo detengo antes de que se abalance sobre el gigante.

—Lo estoy. —Mascullo una maldición, sabía que mentiría—. ¿Vas a matar al padre de tu sobrino?

—Tú misma has elegido tu destino —sentencia, levantándose cuando la cura termina—. Y yo elijo el mío, en este mismo instante, dejas de ser mi hermana, para mí estás muerta.

Solloza, lo mira con un dolor tan desgarrador que siento deseos de matarlo. Nessa corre hacia ella para consolarla, me tenso por cómo Einar la mira, primero sorprendido, después pensativo, sin

embargo, me muevo demasiado tarde. Su brazo rodea el cuello de mi hermana como hace semanas el mío rodeó el de Freydis.

—Suelta a mi hija —brama mi padre, todos desenvainamos las espadas—. Si le haces daño, te destripare.

—Einar, suelta a Nessa —implora Freydis—. Ella no tiene culpa de nada.

—Una hermana por otra —se carcajea—. ¿Creeis que podéis humillarme?

—Maldito cerdo, quítame las manos de encima. —Ruedo los ojos al escuchar cómo Nessa, lejos de asustarse, no deja de insultarlo.

—Me gustan fogosas. —No parece ofendido—. Ahora vais a dejarme marchar, y tanto mis hombres como yo subiremos a nuestros barcos.

—Lo haremos cuando sueltes a mi hermana —le digo—. Hazlo ahora.

—No voy a hacerlo —masculla—. Tú me arrebataste a la mía y yo hago lo mismo —se encoge de hombros sin dejar de avanzar hacia la puerta.

—Deja que atraviese su negro corazón —sisea Gillian, el brazo aprieta más el cuello de Nessa, quien se asusta, nos deja claro que no está bromeando.

—No hagáis nada —ordena mi padre—. No le hagais daño...

# **Continuará...**

No puedo despedirme sin daros un pequeño adelanto de lo que encontraréis en el próximo libro. Ya está en pre venta en Amazon.

# Prólogo



*Dunmara Castle, Escocia 1472*  
*Nessa MacGregor.*

**L**os rostros de mi familia se encuentran petrificados por el terror, temiendo que el enemigo acabe con mi vida frente a ellos. Lucho contra mi captor, aun así, sé que cuando traspasamos el portón del único hogar que he conocido estoy completamente a su merced.

—Si me sueltas ahora puede que vivas para contarlo —espeto mientras tira de mí para que camine más rápido, sin embargo, lo único que hago es pelear con él por cada paso que damos—. Te recuerdo que una simple mujer te ha herido dos veces —me burlo, aprieta su agarre en mi brazos, contengo un gemido de dolor.

—Cuida lo que dices, prae! —masculla—. Muévete, no creas que retrasándonos vas a cambiar tu destino. Puedo tirarte por el barranco y acabar de una vez con esto.

Obedezco porque algo en su voz me dice que habla en serio, que no es una simple amenaza para aterrorizarme. Y no lo hago por miedo, lo hago por amor. Por amor a mi familia, por lealtad ya que si me mata aquí ellos van a atacar con la ferocidad de quien ha sido herido en lo más profundo, no dudo de su victoria, pero muchas vidas se perderían.

Cuando llegamos a la orilla y veo los barcos me doy cuenta de que todo lo que está sucediendo es una realidad, la mía. Hace una hora estábamos celebrando la boda de Connor y Freydis y ahora me encuentro en manos enemigas, me han arrancado de mi hogar, y temo no volver a ver a mi amada familia.

—Sube de una maldita vez —brama lanzándome sobre la cubierta, caigo al suelo, me levanto de inmediato porque no ha nacido hombre o mujer que me venza, soy digna hija de Donnan y Meave MacGregor—. Harás bien en aprender quien es tu dueño ahora, escocesa —escupe mientras los hombres pasan a nuestro lado raudos para alejarnos cuanto antes de la costa.

Escupo a sus pies, lo miro desafiante a la espera del golpe que sé que se muere por darme, sin embargo, por algún motivo que no logro comprender no lo hace.

—Observa por última vez tu hogar —se burla tras de mí, siento su aliento en mi cuello—. No volverás a verlo nunca más.

Esa sentencia cae como una losa sobre mis hombros. Mis ojos miran hacia lo alto del acantilado, y unas lágrimas traicioneras bañan mi mejilla cuando me doy cuenta de que los hombres de mi familia ven de pie e impotentes como el barco se mueve, alejándome cada vez más de ellos. Sé sin necesidad de palabras que vendrán a buscarme, que no me dejarán a mi suerte. Entonces el sacrificio de Freydis y Connor no habrá servido para nada.

—Maldito seas, Einar Thorsson —mascullo con rabia—. No sabes con quien te metes.

Aquí, frente al mar que me vio nacer tomo la decisión que sin duda cambiará mi destino para siempre. Seré yo quien ponga fin a esta absurda batalla, aunque tenga que matarlo con mis propias manos y perder mi vida en el proceso.

Cada vez Dunmara se ve más pequeño en la lejanía, me alejan de mi familia, del único hogar que he conocido y que no hubiera abandonado por iniciativa propia. Me veo en manos de los barbaros que hace unas semanas casi acaban con mi hermano, que han venido a las puertas de mi casa para amenazar a mi clan. La furia crece por momentos, mi cuerpo tiembla y no por miedo o frío a pesar del viento que azota mi cabello.

—¿Vas a quedarte ahí todo el trayecto? —pregunta mi captor—. Muerta no me sirves —espetá—. Ven conmigo —intenta cogerme del brazo, con un movimiento brusco lo impido. Me giro para encararlo, sin miedo.

—No me toques —siseo—. No vuelvas a tocarme jamás, cerdo.

—Ahora no estás bajo la protección del perro de tu padre — gruñe acercándose a mí—. Por lo que sería mejor que mostraras algo de respeto por tu amo.

—Tú no eres mi dueño —siseo—. Soy una mujer libre.

—Villikona —escupe, imagino que es algún tipo de insulto, alzo el mentón—. Voy a domarte —no es una amenaza, parece una promesa.

—Puedes intentarlo —le reto—. Veremos quién gana.

—Tienes tanto fuego como las mujeres de mi tierra... —dudo mucho que sea un halagado—. Disfrutaré mucho apagándolo... Si quieres comer algo me seguirás, de otro modo no probarás bocado hasta que lleguemos a las Orcadas.

No lo sigo porque quiera obedecerle si no por supervivencia. Necesito estar fuerte para todo lo que está por venir, porque una cosa tengo clara, si los hombres que me rodean me miran con odio, cuando lleguemos a la isla que mi rey le ha arrebatado el desprecio será mi amigo diario.

No me da gran cosa, pero es mejor que nada. Me obliga a sentarme alejada de sus hombres, veo como hablan en voz baja, unos parecen más fieros que otros, pero ninguno como Einar, el Lobo de las Orcadas.

Veremos quién gana esta guerra...

# Agradecimientos

Supongo que en estos momentos querréis matarme por cómo ha terminado la historia. Lo siento mucho, pero siento que ya no le corresponde contarla ni a Cedric ni a Gillian.

Ha llegado la hora de que Freydis, Connor, Nessa y Einar recorran el camino marcado que el destino les tiene preparado. En el próximo viaje nos embarcaremos hacia las Orcadas, viajaremos hasta Girnigoe Castle de nuevo con los Sinclair. Lo cierto es que estoy muy emocionada por lo que está por venir y espero que compartáis esa misma emoción conmigo.

Espero que los MacGregor y Sinclair os hayan robado un trocito de corazón, que os hayan hecho viajar, soñar y enfureceros, porque entonces habéis vivido lo mismo que yo y ese es mi mayor premio.

Gracias por ser y estar, por acompañarme en cada aventura, nos vemos en la próxima.

*Jane Mackenna*

## OTROS LIBROS DE JANE MACKENNA



La serie que lo comenzó todo.

Descubre a los Mackenzie, disponibles en Amazon y gratis en Kindle Unlimited.



## Serie MacNeil



Los MacNeil, hombres atormentados sin clan ni familia que encuentran el amor y la redención en brazos de las mujeres que aman.

Disponibles en Amazon y gratis en Kindle Unlimited.

---